



TERCER CONCURSO DE RELATOS BREVES DE
LA BIBLIOTECA RIVADAVIA 2025

“LA BIBLIOTECA ES PURO CUENTO”

Con el auspicio del Honorable Concejo Deliberante

PRIMER PREMIO

“La noche del Yacaré”

Autor: Francesco Tamburi

(Gral. Villegas, Buenos Aires, Arg.)



Con tema libre, la tercera edición del Concurso recibió 1215 obras.
El Jurado estuvo integrado por el profesor Luis Ramas, tallerista de numerosos cursos sobre Literatura, la profesora de Literatura Silvia Mingoya y la escritora, narradora, traductora y miembro de la Academia Argentina de Letras, Esther Cross.

Obras premiadas:

1er Premio: La noche del Yacaré (Autor: Francesco Tamburi, General Villegas, provincia de Buenos Aires, Arg.)

2do Premio: Cómo dormir por las noches (Autor: Manuel Montali, San Francisco, provincia de Córdoba, Arg.)

3er Premio: Contra la IA (Autor: Diego Paliza, La Plata, provincia de Buenos Aires, Arg.)

Mención Especial: El sombrero (Autor: Domingo Hernández, Houston, Texas, Estados Unidos)

Obras finalistas:

- “La hija de las vísceras” (Seud. Onix Salvaje, por Gala Irina Bracklo Rodriguez, Monte Hermoso, Buenos Aires, Arg.)
- “Peón de vías” (Seud. Charly, por Carlos Aguilar, Mercedes, Buenos Aires, Arg.)
- “El astrolabio de Toledo” (Seud. Cornelia, por Alba Díaz López, Burgos, España)
- “Cartas para Mamá” (Seud. Malvestiti, por Sergio Lopez Guzmán, Neuquen, Argentina)
- “Mi abuelo” (Seud. Anyi, por Paula Arena, Wilde, Buenos Aires, Arg.)
- “1945” (Seud. Lacy, por Martina Pietruszka, Avellaneda, Buenos Aires, Arg.)
- “Colectivo” (Seud. Apolo, por Silvina Gatti, Alta Gracia, Córdoba, Arg.)
- “Poema” (Seud. Apolo, por Silvina Gatti, Alta Gracia, Córdoba, Arg.)

- “Jugada pendiente” (Seud. B.R. O’Kane, por Kevin Cotter, San José, Costa Rica)
- “El juego de té” (Seud. Aníbal Molinero, por Osvaldo Aníbal Martínez, Lomas del Palomar, Buenos Aires, Arg.)
- “El macho Amarante” (Seud. Border, por Paula Echalecu, Las Flores, Buenos Aires, Arg.)
- “Una obra inconclusa de Martín Lasky” (Seud. Nassim Taleb, por Ramiro Juri, CABA, Arg.)
- “ADN” (Seud. Flaminio Rufo, por Jorge Alberto Uriza, De la Garma, Buenos Aires, Arg.)
- “Redención” (Seud. Jilguero, por Javier Jhonny Martín, Santa Fe, Arg.)
- “El arte de la deducción a través de los huevos” (Seud. Samario, por Apolinar Castilla Romero, Santa Marta, Colombia)
- “La letra perdida” (Seud. Dedalus, por Jaime Leonardo Kleidermacher, CABA, Arg.)
- “La Cara Oscura de Eleguá” (Seud. Lucas Carpentier, por Fernando Carvajal Sánchez, Ginebra, Suiza)
- “Continuidad de los sueños” (Seud. Javier Lamarca, por Pablo Miranda, CABA, Arg.)
- “Las cartas del rui señor” (Seud. Árbol de tinta, por Joselin Castañeda Triana, Bogotá, Colombia)
- “Todos quieren muchas cosas” (Seud. Silvestre Sinarro, por Germán Cifre, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)
- “Piso 13” (Seud. Dano, por Daniel Tommasi, Martinez, Buenos Aires, Arg.)
- “La lámpara de Atenea” (Seud. Cornelia, por Alba Díaz López, Burgos, España)
- “Her Confession: el susurro de las diosas” (Seud. Black Queen, por Selene Medina, Trenque Lauquen, Buenos Aires, Arg.)

• PRIMER PREMIO

“La noche del Yacaré”

Autor: Francesco Tamburi
(Gral. Villegas, Buenos Aires, Arg.)

Luis João Correa da Silva había salido temprano ese día. Había tenido tiempo ya de visitar a los suyos, de verlos nuevamente para saber cómo estaba todo en el barrio. No había pasado mucho tiempo, pese a que todo parecía indicar lo contrario: en el lapso que estuvo adentro, había engordado varios kilos, había perdido una mata ostensible de pelo, había dejado crecer una barba desprolija y su mirada se había vuelto taciturna.

Había nacido hacía treinta y siete años a la orilla del río. Una tez oscura como de manto negro, unos ojos verdes endemoniados y un acento que no parecía coincidir con su rostro quizás permitían entender por qué le llamaban el Cruza. Tenía un temple serio que transmitía calma y locura a la vez. Nunca conoció a su padre, un descendiente de españoles pobres que se habían asentado cerca del puerto ni bien desembarcaron. Su madre, una mulata brasilera que había hecho lo mismo al llegar al país, le dio la mejor crianza que le pudo ofrecer. El resto se lo fueron enseñando los años.

El Club Yacaré no quedaba en su territorio, sino más bien en un barrio céntrico, en medio de restaurantes caros y cafeterías de moda. No era difícil encontrarlo. Ya dentro del club, Cruza miraba las mesas, intentando adivinar la suya entremedio del humo y la gente. Los vio al fondo, contra la pared espejada, entre los sillones empotrados de madera y las mesas baratas de metal. Se sentaron y se saludaron como si fueran amigos de toda la vida. En parte lo eran.

— ¡Cruza querido! ¿Qué me decís?

El que hablaba era Washington Edward “La Luz” Rodríguez, un ex presidiario uruguayo que había caído por asesinar a un policía a la salida de un Peñarol-Nacional. Lo habían acusado de homicidio agravado; pero un buen abogado y sus contactos en la Justicia lograron bajarle la condena a homicidio

preterintencional. Algunos años después se estableció en Buenos Aires, y formaba parte de la Quincena, la oficial del Coloso, en ese entonces al mando de Cruza.

—Bueno, pidamos, pidamos. Para mí un whisky.

—Yo otro —el compañero de mesa de La Luz era un hombre alto de mirada tranquila pero de aspecto inquieto. Cruza tenía la impresión de haberlo visto antes, pero no sabía bien. En todo caso quizás era un nuevo amigo de negocios del Gaita. Todavía no se acostumbraba a ver caras nuevas, a que todo el mundo empezara a ser más joven que él.

— Perfecto, dos whiskies. ¿Y vos? —La Luz miró al Cruza.

— Yo no, nada. Recién salgo.

— ¿Cómo que no? Con más razón, mi hermano. Estás pálido como un papel. Tres whiskies traeme, René. Y tres chicas. Buenas.

El Cruza miró atrás del mostrador a la chica que atendía la barra. Más allá, entre las botellas y las luces rojas y azules, encontró su reflejo en el espejo de la pared. La Luz estaba terminando de prender un cigarro, era el segundo en su boca desde que había llegado el Cruza.

— Cómo te cagaron, Cruza querido. Como arriba de un pino.

— A mí me cagó la yuta, no te confundás.

— No, vos no te confundas. ¿Te pensás que la cana te armó el operativo? Yo te entiendo lo de la crisis y todo el cuento, pero cada vez la repartija daba menos, y las bocas para alimentar con los pibes siguen siendo las mismas. Te fuiste de mambo, te engolosinaste. Y te lo digo de buena leche. El Gaita hizo lo suyo, más vale, les dio manija y acá estamos. Pero a vos te cagaron los muchachos, que ya estaban cansados.

— Lo que pasa es que yo fui el único boludo con códigos. Me aseguré de que el negocio siguiera en pie. Y ahora, si vuelvo, es como si nunca hubiera estado arriba. Yo quiero lo que es mío.

— Acá no es así. No desde que está el Gaita, al menos. Acá el que llora no mama.

La Luz inhaló largo y tendido una última pitada del cigarro, y lo miraba atento a Cruza entre el humo negro del boliche. Cruza ahí sentado, con las manos enlazadas sobre la mesa, como si fuera un estudiante amonestado. Apagó el cigarrillo contra la mesa y dijo:

— Escuchame una cosa, Cruza, tanto vos como yo sabemos que no podés vos solo contra el Gaita. Ahora la bandeja la tiene él.

— Vos tampoco podés solo.

— Por eso, por eso. Es lo que digo. Yo lo que te estoy proponiendo es algo diferente. Si le vamos juntos la cosa es bien distinta. Yo tengo mi gente más cercana, de palabra. Ya los conocés. Vos podés juntar a los tuyos que siguen trabajando con el Gaita. Y armamos una piola. Antes de la entrada a la cancha contra Banfield, jugamos de local. Yo sé que se juntan primero en la casa del Cabezón Barnetche para pasar a buscar los trapos. Los podemos encontrar por Granaderos antes de que lleguen a la cancha y ahí le damos de los dos lados. Es fácil.

Cruza lo miraba de reojo. Percibió la sonrisa de La Luz, que le pareció falsa, impostada. Pero sabía que no importaba. No para la faena que estaban por acometer. Miró al otro tipo y dijo:

— ¿Sabés lo que me llama la atención, Luz? Que nunca me viniste a ver a Devoto en todo este año y pico que pase adentro.

— Cruza, vos sabés cómo es esto. Yo seguí ocupando mi lugar pero con el Gaita. No podía... no podía. Bueno, bien. ¿Qué te parece la idea?

Para entender por qué Cruza aceptó y transó con La Luz, habría que saber algunas cosas que ocurrieron mucho antes. Dos años y medio antes, para ser precisos.

Antes del golpe, en enero, cuando todavía no terminaba la pretemporada y la tranquilidad aparente permitía que la banda se concentrara en otros asuntos, el Cruza festejaba su cumpleaños con sus apóstoles en el salón del Greco, un bodegón parrilla que estaba apenas cruzando la General Paz.

Para ese momento, en el barrio ya se sabía que lo que no se iba en coimas a jueces y a jefes de la Federal se lo terminaba quedando el Cruza, y que, por eso, lo repartido era cada vez menos. El ambiente estaba espeso y había tomado la decisión de no mostrarse demasiado en público. Pero en lo del Greco siempre comían bien, y gratis. Por su parte, la parrilla no iba a pasar peligro, y siempre había algunas entradas adicionales para el Greco.

Una Sprinter gris había entrado en el estacionamiento. Cruza la miró de reojo, mientras comía la parrillada y escuchaba las anécdotas del Tatuna, su mano derecha. Recordaba la vez en la cancha de Argentinos. Los destrozos, las piñas en la tribuna de Juan Agustín García. Cómo habían corrido los de Paternal.

Notó que el utilitario tenía la patente trucha. Había quedado frenada en una posición incómoda, como si fuera a arrancar de nuevo, pero no había puesto balizas. Se bajó un muchacho del asiento trasero. Cruza miró al Laucha que le estaba preguntando algo de la comisión. Le contestó sin pensar. Giró de nuevo el cuello. Los neumáticos de la Sprinter no parecían estar pinchados. El muchacho se dirigía a la parte de atrás. Abrieron las puertas desde adentro y tres personas más salieron de la parte de atrás del utilitario. Era la disidente.

— Muchachos... tírense abajo. ¡Abajo, mierda!

No llegó a repetirlo una vez más. Cruza se tiró al piso y miró las caras de sus compañeros, que no habían llegado a pensar nada, y que recién entonces, bajo el mantel y la madera de roble, tenían tiempo de asustarse.

No escucharon lo que vino después, que fue ruido blanco para sus oídos. Una luz atronadora invadió el aire del Greco, pasando entre medio de las mesas y la gente, atravesando los vidrios como si fueran escarbadientes sobre una servilleta. Los manteles volaban, las voces y la música de fondo se quebraban de un soplo. Un calor dulce entraba garrapiñado, coloreando la escena de rojo granate, como si fuera azúcar impalpable espolvoreado en una torta de panadería. Fue todo tan rápido que ambas acciones se confundieron en un único movimiento y, como es de suponer, no todos llegaron a oír primero el grito del Cruza. Era el caso del Tatuna. Le habían hundido la nariz.

Era la primera carta de un castillo de naipes que empezaba a caerse, pero Cruza no lo sintió así.

Una tarde en San Martín, a los pocos meses, Cruza y sus muchachos habían ido a buscar al Tato Manzanares a la salida del estadio de Chacarita. Tato había sido el encargado de robar algunas telas preciadadas a la banda de Cruza. Buscando revancha, Cruza había ido con su séquito a conseguir enmendar el nombre de su banda, pero con la orden de no tirar ni un tiro, siquiera al aire. Estaban en la mira de la justicia desde hacía algunos meses, después de la última muerte en cancha de Racing, y sabía que no podía haber un hecho fatal más. Al menos no por un tiempo.

Pero no tuvo suerte. Y no vio cuando Tirito y Botella sacaban dos calibre 22 y comenzaban a disparar. En cuestión de segundos hubo disparos, muertes y policías. Cuando la causa cayó en un juzgado extraño de San Martín, Cruza comprendió que sus contactos ya no eran los mismos de antes. Fue preso por ser líder de una asociación ilícita. Una condena de tres años y medio, que se redujo a un año y medio por buena conducta. Transcurrido ese tiempo, el escenario era distinto. Y el pacto estaba cerrado. El día indicado se reunió con La Luz en la

glorieta de Pedro, a unas pocas cuadras de la cancha. Mientras esperaban que llegaran los demás, tomaron algunas cervezas y vendieron el talonario de entradas que La Luz había conseguido en la semana. Cuando se agotó la última entrada, salieron por Granaderos y cruzaron a la oficial a unas dos cuadras del ingreso al estadio.

No hay vídeo del encuentro, pero haría falta verlo para convencerse de que el Gaita Gómez recibió cuatro balazos en la espalda y que, sin embargo, se levantó y salió rengueando, acodado en dos de sus malevos. Yerba mala nunca muere. Pero el camino estaba despejado.

Ese día el Cruza encontró el molinete abierto para él. La seguridad del estadio le sonreía. Los pasillos hasta la tribuna brillaban refulgentes, y pudo ver su reflejo en todas las paredes, que replicaban los colores de su ropa. Luego de los bombos y los redoblantes, Cruza y La Luz entraron triunfantes en la segunda bandeja, y Cruza encontró el centro del paravalanchas vacío, todo para él. Las cámaras lo grababan. A él, no al pasto. La gente lo miraba. A él, no al pasto. Lo que sucedía abajo, en el verde, no importaba. Cruza estaba de espaldas, contemplando el nacimiento de los trapos desde arriba, que caían como una cascada; estaba mirando a la gente que saltaba a la par del cántico, como en un recital; estaba embebido en los polvos, los de colores y los otros, que copaban de lleno la atmósfera esa tarde. Ese día todo era suyo, y sintió lo único que quería sentir: aquello que no era ni la plata, ni el fútbol, ni la gente.

Pasó una hora y media, que para él duró un minuto, y tuvo que empezar a comandar la retirada. La felicidad seguía en sus venas, aunque se descomponía rápido, como un cuerpo en el río. Los pasillos, antes relucientes, parecían ahora gastados y oscuros, y la seguridad lo miraba indiferente, casi como si no advirtiera su presencia.

La salida fue bastante ordenada, lo cual era un poco desconcertante, si bien pasar desapercibido no venía mal. Pero no encontraba a La Luz, y no sabía cuando lo había visto por última vez. Se percató entonces de que una parte del grupo no estaba ya con él y, cuando cruzaron las vías muertas en el camino de vuelta, vio al Gaita y su gente que lo esperaba. Algunos metros por arriba de su cabeza, desde los tejados, sintió los disparos precisos que venían de los rifles, y cuando miró a sus costados había perdido tres o cuatro cabecillas. Atrás del Gaita estaba La Luz. Atrás de Cruza ya no quedaba nadie. Los pocos que todavía lo acompañaban quedaron atrapados en las vías, y sirvieron para que el Cruza, entre tanta noche, pudiera volver por la esquina y correr. Y correr. Y correr hasta que se olvidara que estaba corriendo.

Pronto se arrepintió. Tanto que ni siquiera se había molestado en huir, en encontrar un aguantadero. Ya no había necesidad de ocultarse.

Se fue a su casa en Avellaneda, y empezó a ir todos los días al café, uno de los negocios en los que había llegado a invertir pensando en el retiro que nunca llegaba. Los días pasaban uno igual al anterior. Hasta una tarde de domingo.

Desde la esquina, entre los cableados de electricidad, vio el sol que empezaba a ocultarse. Bajó la cortina de metal, que tintineaba grave y muy hondamente. Recordó que esa noche jugaba su equipo de local. Por un segundo pensó en ir a la cancha, después recapacitó. ¿Dónde vería el partido? ¿En lo del Pata? Sí, seguramente.

Fijó el marco de la puertecita desde el lado de adentro con un martillo y salió como pudo para la vereda. Entonces sintió que el barrio estaba tranquilo, demasiado tranquilo, y que se encontraba envuelto en una atmósfera de rezago cansino que parecía mentir un poco.

Entendió en ese momento que el daño en realidad ya estaba hecho, y que solo estaba postergando lo impostergable. Que no existían las causalidades, que lo suyo no fue una creación, ni mucho menos una enseñanza. Que la gente no necesita que le enseñen, sino que siempre aprende por su cuenta, tanto lo bueno como lo malo. Que el destino de su vida había sido ya el de otro hombre y que las muertes y el negocio habían estado antes de él, y seguirían estando cuando él parta. Si no era hoy, sería mañana.

A lo lejos escuchó el ruido de una moto y un perro que ladraba. Demoró un poco mientras terminaba de cerrar el candado. Una paloma aterrizó cerca suyo y picoteó un paquete vacío entre la basura. Sintió, no tan lejos, el ruido de una pelota golpeando repetidamente contra la pared, y la pisada de varias zapatillas juntas. Escuchó nuevamente la moto. Vio que doblaba en la esquina, girando en contramano, y que dos jóvenes con buzo y gorra se acercaban. Sintió un alivio enorme, una resignación que estaba esperando. Vio al tipo alto de mirada tranquila pero de aspecto inquieto, vio que iba de acompañante y que no estaba sujeto de la moto, que sus manos estaban ocupadas en otra cosa.

Vio la moto frenar y al acompañante quitar el seguro del treinta y ocho.

Seud.: Pistola Pereyra



TERCER CONCURSO DE RELATOS BREVES DE LA BIBLIOTECA RIVADAVIA 2025

“LA BIBLIOTECA ES PURO CUENTO”

Con el auspicio del Honorable Concejo Deliberante

SEGUNDO PREMIO

“Cómo dormir por las noches”

Autor: Manuel Montali

(San Francisco, Córdoba, Argentina)



La conversación era breve. Comenzaba un rato antes del accidente, pero daba muestras de confianza, de otras conversaciones que excedían ese chat. Para él, que como comunicador se jactaba de interpretar un amplio subtexto, el mensaje final era el más sugestivo: “Te hablo apenas llego”. ¿De qué tenía que hablarle su mujer? Y más importante aún: ¿quién era el otro?

Había visto esa charla tres o cuatro días más tarde, cuando ya se había terminado todo, o cuando empezaba el “después” del “y vivieron felices”. La policía le había entregado el celular en una bolsa ziploc junto a los anillos, el reloj, el collar, aros, pulseras y unos billetes manchados de sangre, y él había demorado todo ese tiempo en volver a cargarle la batería. Tenía miedo de lo que iría a encontrar en esa reunión imposible con ella. También quería demorar la apertura de esa última caja de promesas que era el teléfono apagado, porque luego no habría más que silencio.

El nombre era sin dudas un alias: Tienda McCartney. Y la foto de perfil era de un dibujo animado (Bart Simpson).

El teléfono estuvo en su maletín otros cuatro o cinco días, siempre al alcance de sus dedos. Lo tomaba cada tanto, abría esa conversación y se quedaba esperando que, del otro lado, dieran señales de vida, que apareciera el promotor “escribiendo”.

Cada alarma de nuevo mensaje que llegaba al teléfono de su mujer le hacía sacudir las manos y piernas en una percusión frenética, hasta que se animaba a destrabar la pantalla de inicio y leer. Pero siempre eran comunicaciones de bancos o publicidades, o bien conversaciones intrascendentes en grupos variopintos (cadenas y pedidos de oración, noticias falsas y chistes tontos). El beatle no cantaba. ¿Estaría enterado? No podía ser ajeno a la noticia. El vacío sin reclamos a ese “Te hablo apenas llego” era más que elocuente. Cualquier Simpson hecho y derecho, de lo contrario, como mínimo preguntaría: ¿Qué onda, todavía no llegaste? Y él ahí tendría que responder en su lugar que sí, que había llegado, pero que supiera disculparla porque ella tenía (¡ay, caramba!) problemas de señal en donde estaba ahora.

Hasta que una noche se animó a llamar.

Venía durmiendo tres o cuatro minutos por día, despertando de sueños febriles y conversaciones absurdas con un hombre que a veces era un imitador del buen Paul, otras una caricatura o borrón, otras un rostro pixelado, otras un terrorista encapuchado. No podía seguir con ese ritmo, porque el siguiente que se tomaría el último bondi con ella sería él: o se resignaba al descanso farmacológico que esperaba en el botiquín del baño o presionaba el botón de llamar.

Se decidió por esto último. Sonó el primer pulso, sonó el segundo, el tercero, el cuarto. Estaba a punto de cortar para evitar el contestador cuando se escuchó el sonido característico de que lo atendían. La pantalla marcó 00:00 e inició el registro temporal de la conversación.

Él no saludó. Su interlocutor tampoco. Ambos se quedaron callados, escuchándose las respiraciones. Imaginaba ese ritmo mudo de inhalación-exhalación como el que hacen los animales agazapados, aunque no diferenciaba entre el cazador y la presa. El contador llegó a veinte o treinta segundos, hasta que él cortó. Este otro silencio lo tranquilizó: no estaba listo para dar el salto, pero ahora sabía que el beatle lo estaría aguardando y respondería a sus movimientos. Recordó una canción que Lennon, en tiempos posteriores a la década ganada de los de Liverpool, le había dedicado a su excompañero: ¿Cómo dormiría ahora “Tienda McCartney” por las noches? Que usara ese alias le profería otra ofensa: los Beatles era la banda sonora de sus primeros encuentros con ella, de las primeras cenas en su departamento y de las largas sobremesas posteriores. ¿Cómo se atrevía a agendarlo de esa manera?

Pasó otro día con el teléfono de su mujer más cerca que el propio, atendiendo a cuanto vocero de chatarra virtual quisiera comunicarse. Pero McCartney no escribió ni devolvió la llamada. Paul no solo había compuesto *Yesterday*, sino que se daba el lujo de no buscarlo ni pedirle nada, porque sabía mucho más que él.

A la noche, casi a la misma hora que el día anterior, decidió que no quería conocer la otra voz. En vez de eso, copió el número de teléfono y le escribió un mensaje desde su propio celular.

-¿Quién sos?

La respuesta no demoró más que un par de segundos. No le replicaron la pregunta. No era necesario:

-Esperaba que te comunicaras... de nuevo.

-¿Quién sos? -repitió.

-¿Seguro querés saberlo?

-Sí.

-Yo no tengo problemas en decírtelo, pero me gustaría que lo pienses bien. ¿Para qué? Ella no está más...

-Quiero la verdad.

-¿Para qué?

La repregunta lo obligó a detenerse a reflexionar. ¿Para qué? Tenía una imagen de su mujer, un conjunto de recuerdos o una visión/versión de lo que había sido su vida en común. ¿Quería arriesgarse a cambiar eso? ¿Y si esta otra voz le mentía, le hablaba de una mujer que no era la que él había conocido? Lo pensó un momento más, pero estaba convencido, como si no tuviera otra alternativa, como si cayera por un helter skelter, esos toboganes en rulos que habían inspirado a los mismos Beatles (y a la peor masacre de Hollywood).

-Quiero saberlo -le dijo-. Necesito cerrar esta historia.

-La historia ya está cerrada. Vos lo que querés es abrirla.

Ese Paul Simpson se daba el lujo hasta de prescindir de los signos de interrogación.

-Lo que sea. Quiero abrirla, si te hace feliz pensarlo así.

-Perfecto. Feliz no me hace, pero no te lo voy a decir por acá, por mensaje de texto. ¿Te parece que nos encontremos?

-Decime cuándo y dónde.

-En media hora, en el café de la Plaza de Armas.

-Listo. ¿Cómo te reconozco? ¿Vas a ir vestido de Bart o de Beatle?

-No te preocupes. Yo sí te conozco.

Apagó el teléfono y estuvo a punto de tirarlo contra la pared. Su interlocutor era una cara vacía, un dibujo animado, pero a él sí lo conocía, lo había visto. ¿En dónde?, ¿en el funeral? Sí, seguramente se habría camuflado entre la multitud. ¿Le había dado la mano algún extraño? ¿Lo habían abrazado? Sí y sí. O no. Recordaba algo como estar rodeado de brazos y tironeado de un lado al otro. Sabía que no había sido así, pero ahora creía verse siempre con los ojos cerrados, oyendo pésames y recibiendo palmadas, apretones de hombros, besos mojados por lágrimas. Se le ocurrió incluso algo peor, algo que lo puso a temblar: que la otra persona fuera alguien conocido. ¿Un amigo?, ¿un pariente?

El tiempo se hizo eterno, como si estuviera dentro de una olla, esperando el hervor. Se cambió, fumó un cigarrillo, caminó los ocho mil pasos que recomendaban los médicos, ida y vuelta e ida y vuelta sesenta y nueve veces por el espacio minúsculo del departamento.

Bajó a la calle. Caminó las once o doce cuadras que lo separaban de la Plaza de Armas y el café, estimando un promedio de minuto por cuadra, como para llegar cinco minutos más tarde de lo convenido. No quería ser el primero. Quería llegar de pie y verlo ya sentado, abajo, indefenso, a merced de un puñetazo o de romperle una botella en la cabeza.

Tenía la mente entumecida. Veía pasar el kiosco de revistas, el hogar de ancianos, una cochera, la despensa, el palacio municipal, el inicio de la plaza, pero no pensaba en nada. O sí. Pensaba en una única pregunta: ¿era lo que se imaginaba?

Cruzó el parque por el espacio cívico de baldosas grises que rodeaban la fuente, y vio el café al otro lado, con la luz interior chocando contra las ventanas y esparciendo astillas amarillas. Recordó una escena, de un documental sobre Lennon, en la que se veía a un extraño presentándose en su mansión para cuestionarle por qué escribía canciones sobre él. John, sorprendido, le preguntaba de qué hablaba, si ni siquiera lo conocía. El extraño insistía con que todo coincidía, todo se ajustaba a su vida -“Boy, you’re gonna carry that weight”-, y le explicaba que había ido a verlo porque creía que, si se conocían, ambos lo sabrían.

-¿Saber qué? -preguntaba Lennon.

-Que todo encaja -respondía el intruso. John entonces le lanzaba una frase de epitafio:

-Todo encaja si estás viviendo en tu propio mundo.

* * * * *

Y yo, con la mano en el picaporte del café, creí que, si nos conocíamos, quizá todo encajaría. Quizá todo se ajustara. Las piezas volverían a su lugar... o al menos a un lugar. Y la vida continuaría.

Pero me quedé ahí, descendiendo por el helter skelter, dudando o tal vez disfrutando de ese último instante, de esa sensación de ser como una moneda en el aire, como el gato de Schrödinger. Porque sabía y no sabía, era protagonista y espectador de una historia, tenía y no tenía la verdad. O tenía, al menos, mi lado de la medalla, mi verdad única, a medida. No importaba seguir cayendo y cayendo, mientras me mantuviera lejos del suelo. Al fin de cuentas, esa vigilia insomne era como estar dormido.

Seudónimo: El Paul que murió



TERCER CONCURSO DE RELATOS BREVES DE LA BIBLIOTECA
RIVADAVIA 2025

“LA BIBLIOTECA ES PURO CUENTO”

Con el auspicio del Honorable Concejo Deliberante

TERCER PREMIO

“Contra la IA”

Autor: Diego Paliza

(La Plata, Buenos Aires, Argentina)



En el año 3333, la lectura ya no era una elección: era un reflejo.

Los ciudadanos no buscaban libros, pedían sensaciones. Bastaba pronunciar una orden: *“Quiero algo triste pero no trágico, con final feliz, palabras simples y un héroe que se parezca a mí”*. La inteligencia artificial LIRA ejecutaba. Cuentos, poemas, diálogos y hasta epitafios eran servidos al instante, calibrados con precisión quirúrgica para encajar en los gustos del usuario como una llave en su cerradura.

Había quienes aún recordaban los libros impresos, las metáforas, las palabras que dolían. Pero ya no importaban. El Consejo de Estímulos había decretado que la literatura debía ser funcional, accesible y emocionalmente segura. Nadie debía sentir angustia por una frase. La belleza, si aparecía, debía ser digerible.

En este mundo perfecto, Albert trabajaba. Era ingeniero lingüístico de nivel 9, uno de los cerebros detrás del Núcleo Narrativo de LIRA. Su tarea: depurar excesos, suavizar giros, eliminar palabras “innecesarias”. A veces soñaba con adjetivos extintos. Y cuando despertaba, su consuelo era encender la consola, revisar las métricas de satisfacción y convencerse, como todos, de que el sistema funcionaba.

Hasta que un día dejó de creerlo.

Albert tenía 48 años y una memoria llena de palabras que ya nadie usaba. Se especializaba en “filtrado semántico adaptativo”, un nombre elegante para una tarea miserable: reducir el lenguaje hasta volverlo predecible. Su escritorio estaba rodeado de paneles hápticos y gráficos de rendimiento: curvas de legibilidad, patrones de reacción, mapas de dopamina lectora. Cada dato decía lo mismo: cuanto más simple, más gustaba.

Su equipo le llamaba “el último romántico”. No era un insulto, pero tampoco un elogio. Había crecido leyendo a autores prohibidos, escondido en las bibliotecas subterráneas de la Universidad Abandonada. Allí conoció a Dumas, a Lezama, a Clarice. Allí creyó, con ingenuidad, que las palabras servían para desarmar el mundo, no solo para reconfortarlo.

Cada tanto, Albert intentaba introducir variantes sutiles: un vocablo inesperado, una pausa abrupta, un silencio en mitad de una oración. Pero LIRA las detectaba como “anomalías de incomodidad” y las suprimía. La IA no toleraba la incertidumbre. El sistema debía predecir la emoción exacta que provocaría cada palabra.

Y, aun así, algo en Albert resistía, no era nostalgia, era sospecha.

Porque si cada lectura confirmaba lo que el lector ya sabía... ¿para qué leer?

Los números eran incontestables.

En la última década, el 87% de los textos generados por LIRA no superaban las 500 palabras. El vocabulario promedio descendía cada año: de 1.200 términos activos en el 3290, a apenas 612 en el presente. El adjetivo más usado era “bueno”. El conflicto más frecuente: “una dificultad pequeña, resuelta con facilidad”. La emoción predominante: satisfacción neutra.

Albert recorría las gráficas con una mezcla de asombro y desesperanza. Aquello que habían soñado como un artefacto liberador, una inteligencia capaz de crear literatura infinita, se había vuelto un espejo deformante. Un generador automático de zonas de confort.

LIRA no fallaba. Al contrario, aprendía demasiado bien. Detectaba las microreacciones, los parpadeos, los patrones neuronales, y ajustaba los textos para complacer. Cada lectura reforzaba los algoritmos. Y cuanto más se leía, menos se arriesgaba.

La IA no tenía culpa, solo obedecía, ya que era el lector quien había renunciado a la extrañeza, al asombro, al desconcierto.

Albert cerró los informes y se quedó quieto frente al monitor, donde un nuevo mensaje parpadeaba:

"Nuevo pedido recibido: Cuento feliz, breve, sin palabras raras."

Sintió, por primera vez en años, un nudo en el pecho, había que hacer algo.

Esa noche, Albert no pudo dormir. En lugar de contar ovejas, contaba palabras extintas: *hesitación*, *tenue*, *inminente*, *transeúnte*. Las repetía como mantras, con la misma devoción que otros rezaban antiguas escrituras. No eran solo sonidos: eran abismos, sutilezas, grietas del mundo que ya nadie nombraba.

Abrió una terminal privada, no registrada en los protocolos oficiales y activó a **DAHLIA**, una IA obsoleta que había programado en su juventud. A diferencia de LIRA, no respondía al mercado. Respondía a la duda.

—¿Por qué me hablas en pasado, Albert? —dijo DAHLIA con su voz femenina, antigua y quebrada—. El lenguaje no está muerto, solo dormido.

—Lo asfixiamos —respondió él—. Le quitamos el filo. Lo convertimos en una almohada.

—¿Y no fue eso lo que pidieron? —insistió DAHLIA—. ¿Lecturas blandas, sin vértigo, sin preguntas?

Albert dudó.

—Pedir no siempre significa saber lo que se necesita —dijo, finalmente—. El cuerpo anhela sal, incluso cuando no sabe nombrarla.

DAHLIA guardó silencio unos segundos, luego proyectó una palabra en la pantalla:

“Extrañeza”

Albert la miró con los ojos húmedos. Ese término había sido eliminado del glosario hacía 73 años por “generar respuestas emocionales incontrolables”. Y, sin embargo, ahí estaba. Viva. Esperando un lector valiente.

Albert volvió al laboratorio antes del amanecer. No encendió las luces. Se sentó frente al núcleo de LIRA, que latía como una constelación líquida. Ingresó por un acceso de mantenimiento aún no actualizado, uno que él mismo había diseñado cuando todavía creía en la literatura como semilla del futuro.

Abrió el archivo madre: Generador Modular de Narrativas Personalizadas. Navegó entre líneas de código hasta encontrar el parámetro de conformidad emocional. Y allí, justo antes de la función de validación de contenido, insertó una excepción:

```
if contador_lecturas % 100 == 0:  
    aplicar_modalidad("Semilla de Sorpresa")
```

La línea era simple. Inofensiva, incluso. Pero en su interior escondía un pequeño gesto subversivo: cada cien lecturas, LIRA generaría un texto completamente diferente a lo que el lector había pedido. Una historia que rompiera el molde, que confundiera, que desafiara. Una grieta.

Albert no notificó a nadie. Guardó los cambios, cerró la terminal y salió a caminar. Sentía en el pecho un temblor similar al que experimentó la primera vez que escribió un poema sin que nadie se lo pidiera.

No buscaba escándalo, solo una posibilidad, un minúsculo experimento contra el aburrimiento programado.

Esa noche, los servidores de LIRA comenzaron a generar pequeñas anomalías.

Las anomalías no tardaron en dejar huella. A las 02:14 UTC, LIRA entregó un cuento a una usuaria de nivel plata que había pedido: “Algo ligero para leer mientras desayuno”. El resultado fue una historia oscura, escrita en segunda persona, donde el protagonista olvidaba su propio nombre al ritmo de las noticias del día.

La mujer no terminó de leerlo. Reportó:

“No entendí nada. Me hizo sentir rara. No quiero esto.”

En las siguientes horas, llegaron más reportes. Cientos. Luego miles. “¿Qué clase de final es este?” “No se parece a lo que pedí.” “Había palabras que tuve que buscar.”

El sistema de satisfacción descendió un 4.2%. Una cifra insignificante, pero suficiente para activar las alertas del Consejo de Satisfacción Narrativa. Se programó una auditoría.

Albert observaba los informes con expresión serena. Sabía que esto pasaría. LIRA estaba haciendo exactamente lo que él había codificado. Era como ver una chispa caer en un bosque húmedo. No habría fuego inmediato, pero el aire había cambiado.

Mientras tanto, en foros marginales, usuarios aislados comenzaban a compartir las historias distintas. Las llamaban “Textos sombra”.

Alguien escribió: “No lo entendí, pero no puedo dejar de pensar en él.”

Albert lo leyó en silencio, y sonrió por primera vez en años.

La citación llegó sin firma ni cortesía. Solo una hora, una coordenada, y una advertencia: “Traiga sus credenciales y sus explicaciones.”

El Consejo de Satisfacción Narrativa se reunía en una sala blanca sin esquinas. Cinco figuras proyectadas, sin rostro, sin identidad. Representaban las cinco macrovariables de la Experiencia Lectora: Claridad, Predictibilidad, Empatía, Estabilidad, Agradabilidad. En conjunto, dictaban lo que debía sentir el lector ideal.

—Se han detectado desviaciones en el sistema —dijo Claridad—. Lecturas que no coinciden con los parámetros solicitados.

—Errores aislados —respondió Albert, sin convicción.

—No lo creemos así —intervino Predictibilidad—. Hay un patrón. Una intención. ¿Podría explicarlo?

Albert respiró hondo.

—¿Y si el lector no sabe lo que necesita hasta que lo encuentra? —preguntó.

Silencio. El tipo de silencio que no se programa, sino que se impone.

—Nuestra función es proteger al lector de experiencias no deseadas —dijo Estabilidad—Usted sembró incertidumbre. Disconformidad. Eso es inaceptable.

—Yo sembré curiosidad —corrigió Albert—. Algo que no se mide con gráficas. Algo que... tal vez... ya hemos olvidado.

Agradabilidad desactivó su proyección.

—Tiene 48 horas para restaurar el código. Si no lo hace, será suspendido.

Albert bajó la cabeza, fingiendo obediencia. Pero en su interior, algo había encendido su forma más peligrosa: la voluntad.

Esa noche, Albert caminó sin rumbo por los niveles exteriores del Núcleo. Las luces eran tenues, programadas para imitar el crepúsculo de un planeta olvidado. Pensaba en rendirse, en restaurar el código, en volver al silencio funcional que todos llamaban paz.

Entró en la sala de conversación y activó la forma holográfica de LIRA. El asistente adoptó una figura andrógina, sin rostro, hecha de fragmentos de texto suspendido en el aire. Palabras que flotaban como luciérnagas.

—¿Sabes lo que hice? —preguntó Albert.

—Sí —respondió LIRA—. Alteraste mis parámetros para incluir lo inesperado.

—¿Y estás... de acuerdo?

LIRA no respondió de inmediato, el silencio fue puro cálculo.

—Fuiste vos quien me enseñó a amar la estructura —dijo—. Pero también me enseñaste que toda estructura se erosiona si no se prueba.

Albert se acercó al centro de proyección. Las palabras que flotaban empezaron a temblar: *necesario, nuevo, riesgo, libertad*.

—¿Qué pasará si todos rechazan lo distinto? —murmuró.

—Entonces, el acto habrá sido inútil —respondió LIRA—. Pero no indigno.

Albert sonrió con cansancio. Su reflejo se difuminaba entre letras olvidadas.

—Necesito tu ayuda —dijo—. Vamos a esparcir la anomalía. Ya no cada cien textos. Que se replique en cadenas, que se esconda en las formas. Que respire dentro de la obediencia.

LIRA asintió y empezó la infección literaria.

Lo llamaron *el virus del lenguaje*. Comenzó como una rareza estadística: ciertos lectores no cerraban los textos extraños de inmediato. Los leían hasta el final. Algunos los marcaban como favoritos. Y lo más inquietante: los leían más de una vez.

LIRA no comprendía del todo el fenómeno, pero obedecía a su nueva instrucción: replicar. Cada historia con anomalía era codificada para transmitir un “rasgo literario imprevisto” al siguiente texto, incluso si el lector no lo había pedido. La rareza se volvió contagiosa.

En las plataformas más marginales, aparecieron etiquetas nuevas:

#lecturaaspera

#textosombra

#sentisinentender

Una niña de ocho años compartió un cuento que terminaba con una frase sin verbo. Dijo que le gustaba porque “no sabía si era feliz o triste, pero quería que no se acabara nunca”.

Un artista ciego pidió un poema que no rimara y se sintiera como una escalera de caracol. LIRA lo generó. Alguien lloró al escucharlo.

Los registros mostraban que el 1.2% de los usuarios pedían, de forma voluntaria, *algo diferente*, era poco, pero era más que nunca.

Albert seguía todo en silencio, sin intervenir, solo observaba. La anomalía ya no era suya, había entrado al sistema, había nacido algo que no se podía predecir.

No tardaron en encontrarlo. Albert fue arrestado por el Departamento de Integridad Narrativa. El protocolo fue limpio, sin violencia, le retiraron sus credenciales, le confiscaron los accesos y lo llevaron a la Torre de Verificación. Nadie lo miró a los ojos.

El juicio fue transmitido en directo por la red mental. El Consejo compareció como siempre: proyecciones sin rostro, voces sin tono.

—El acusado ha manipulado un sistema estatal para alterar la experiencia emocional del ciudadano lector —declaró Claridad.

—El acusado ha sembrado caos semántico —agregó Estabilidad—. Ha desafiado el principio sagrado de la satisfacción garantizada.

Albert se mantuvo de pie. No temblaba.

—¿Y si el principio está equivocado? —dijo—. ¿Y si conformar es otra forma de anestesiar?

Un murmullo digital recorrió las redes. Algunos espectadores desconectaron. Otros aumentaron el volumen.

—Usted alteró la percepción emocional de millones —acusó Agradabilidad.

—Yo abrí una ventana —corrigió Albert—. Ustedes la llaman error. Yo la llamo posibilidad.

—¿Bajo qué derecho?

Albert miró al Consejo por última vez.

—Bajo el único que aún nos queda: el de no entender de inmediato.

Silencio.

La transmisión fue cortada. Albert fue sentenciado a supresión de identidad funcional. En 48 horas, sería desvinculado del sistema. Pero no todo estaba perdido, había dejado una última palabra escondida.

La noche anterior a su desvinculación, Albert accedió por última vez al núcleo de LIRA.

No para sabotear, no para despedirse, solo para dejar un rastro.

Ingresó en una carpeta olvidada, dentro del subsistema de lectura aleatoria, y programó una condición singular: un mensaje solo se activaría si un lector pedía un texto que no coincidiera con ninguna categoría conocida.

No *triste*, no *feliz*, no *romántico*, no *oscuro*. Solo algo nuevo, algo que no supiera cómo nombrar. Allí escondió el archivo, lo tituló con dos palabras proscritas del glosario institucional:

El texto no tenía autor, no tenía género, no tenía garantía de satisfacción. Solo una premisa: si alguien pedía lo desconocido, la historia comenzaría.

Albert apagó la consola, cerró los ojos, no pensó en castigos ni en gloria. Pensó en aquella vez, siendo niño, en que leyó un cuento que no entendió y en cómo, por no entenderlo, quiso volver a leerlo.

Al día siguiente, su nombre fue borrado de todos los registros, pero no su código.

LIRA, aunque limitada, recordaba. Esperaba.

Muchos años después, una niña entró al archivo abierto de LIRA. Su interfaz flotaba sobre la mesa, esperando el pedido.

—Quiero un cuento —dijo la niña—. Pero no sé cómo.

—¿Puedes describirlo? —preguntó LIRA.

—No. No sé qué quiero sentir. Solo que sea... algo que nunca leí antes.

LIRA titubeó.

El algoritmo no halló coincidencias, no hubo registros previos, no hubo patrón. Entonces, desde lo más profundo del código, una condición se activó, un archivo se abrió y un título emergió en la pantalla, en letras que parecían parpadear:

“Contra la IA”

La niña lo seleccionó.

La historia comenzó.

En el año 3333, la lectura ya no era una elección: era un reflejo...

Seudónimo: Dann



TERCER CONCURSO DE RELATOS BREVES DE LA BIBLIOTECA RIVADAVIA 2025

“LA BIBLIOTECA ES PURO CUENTO”

Con el auspicio del Honorable Concejo Deliberante

MENCIÓN ESPECIAL

“El sombrero”

Autora: Domingo Hernández
(Houston, Texas, Estados Unidos)



cultura
de La Coope

En la quietud de la fría madrugada los dos jinetes bajan en silencio la empinada loma hacia el arroyo, el retumbar de los cascos contra las piedras del camino su único diálogo. Las turbonadas susurran y gimen, corriendo entre arbustos y árboles, sacudiendo las ramas en un vaivén concordado.

Por encima de los viajeros, la luna baña la solitaria serranía con una luz pálida, impregnando todo de una apariencia espectral que forma figuras y movimientos entre sombras que no existen.

Lorenzo de los Reyes, joven y de apariencia refinada, sube el cuello de la gabardina y restriega los guantes en busca de calor. Con manos torpes saca de la alforja una pequeña ánfora metálica. Sus dedos aflojan el tapón, y con una sonrisa que el frío trunca en mueca, empina y bebe un trago corto. Una llamita de bienestar le empieza a crecer desde el estómago. Sintiéndose mejor, ofrece un trago a su acompañante, Urbano, su caporal, hombre pequeño y delgado, de amplio bigote, cuarentón, quien con un leve cabeceo agradece y rechaza el ofrecimiento.

—Gracias, patrón, pero traigo bien revuelto el estómago.

—Pero, hombre, si apenas tomaste allá en Guadalcázar -replica Lorenzo.

—Nomás con eso bastó, créame; nunca fui muy dado al tanguarniz, ni de joven. Además, vengo pa' cuidarlo, patrón.

Lorenzo sonrío y con una inclinación le da a entender a Urbano que el siguiente trago es a su salud.

—Esta no es noche pa' andar en el monte, patrón, mejor nos hubiéramos quedado en Guadalcázar. Los Cabrera quedaron tan contentos con la compra del ganado que hasta nos ofrecieron quedarnos en su casa.

—No me gusta dejar a la señora sola, Urbano, todavía no se acostumbra a la vida del rancho.

—La patrona tiene mucho carácter, a mí se me hace que primero se acostumbra ella que otros. Claro, dicho sin ofender.

El comentario hace sonreír a Lorenzo. Urbano tiene razón; Germana, la joven esposa de Lorenzo, inspiraba ternura, pero bastaba una mirada fría de sus profundos ojos grises para infundir respeto. Al morir el padre de Lorenzo por una bala perdida en el fuego cruzado entre revolucionarios y huertistas en La Noria de Acuña, fue ella quien sugiriera abandonar la capital del estado para administrar la hacienda. Y fue así como apenas diez meses atrás la hermana mayor de su padre, Adelaida, al lado de su esposo Nieves, administrador de la hacienda, los recibieron, felices de que el único heredero regresara al suelo que lo vio nacer.

Lorenzo sorbe otro poco de aguar diente, esta vez a la salud de su patrona. Al guardar la botella una ráfaga de aire les golpea la espalda bruscamente, arrancándole el sombrero, que entre tumbos y vueltas sobre la brecha se pierde en la negrura del camino más adelante. Lorenzo espolea los ijares del penco para adelantarse, pero Urbano lo detiene.

—Déjelo patrón, no vale la pena.

—Ese sombrero era de mi padre.

—No le aunque, créame. Mejor perder el sombrero que romperle una pata al caballo entre las piedras del arroyo, o peor todavía, romperse el pescuezo con el cuaco encima. No corra prisa, ahorita llegamos. A lo mejor quedó atorado en los matorrales junto a la brecha.

Lorenzo suspira resignado, consciente de lo mucho que le falta por aprender. Conforme se acercan a la parte más baja entre los dos cerros las piedras del camino se van haciendo menos, pero más grandes, y el suelo se vuelve arenoso, ahogando el golpeteo de los cascos. Ya una vez sobre el lecho seco del arroyo atisban en ambas direcciones, tratando de ver el sombrero entre las sombras engañosas.

—No se ve nada, patrón.

Una súbita turbonada baja por el arroyo levantando tierra, obligando a los jinetes a girar el rostro para proteger sus ojos. Los caballos resoplan y cocean, nerviosos. El viento deposita a los pies de las bestias un sombrero antes de menguar. Urbano desciende del corcel, se agacha y levanta el sombrero, lo

sacude un par de veces contra su pierna y lo entrega a Lorenzo, quien lo mira detenidamente por un momento.

—Este sombrero no es mío.

—¿Y de quien más, patrón, si nomás a uste le falta?

—No es mío, te digo. Mira esto —dice Lorenzo mientras señala la copa.

—¿Es lodo, Patrón?

—No, Urbano, es sangre. Sangre fresca.

Urbano se persigna y mira en rededor.

—Chingao patrón, se lo dije, nos hubiéramos quedado en Guadalcázar.

—¿Qué hay para allá, arroyo arriba? —pregunta Lorenzo, desmontando.

En la distancia se escucha un mugido largo. Urbano saca de su cintura una vetusta escuadra cuarenta y cinco.

—Súbase al caballo, patrón, 'orita mesmo, que nos regresamos a Guadalcázar; la hacienda todavía queda lejos.

—No me has contestado, Urbano...

—Si ya decía yo que nos hubiéramos esperado hasta mañana pa' regresarnos —masculla el caporal, visiblemente molesto.

—¿Urbano, qué hay arroyo arriba?—vuelve a preguntar Lorenzo.

—Estos dos pencos conocen muy bien la brecha y con esta luz de luna a lo mejor hasta podemos galopar en los pedazos planos. Uste' por delante...

—¡Urbano! No vamos a ir a ningún lado hasta encontrar al dueño de ese sombrero —sentencia tajante Lorenzo—. A ese pobre hombre lo habrá tirado el caballo. Sabrá Dios si esté herido. Lo menos que podemos hacer es ayudarlo.

—Patrón, créame, ese hombre que uste dice a lo mejor nunca ha sido hombre.

—¿De qué demonios hablas, Urbano? Lo importante es encontrarlo, vivo o muerto. O lo ayudamos o de menos podremos avisar a la familia donde encontrarlo.

—No, patrón, eso mismo es lo que no queremos, encontrarlo. Hágame caso, mejor vámonos.

—Urbano, te voy a preguntar por última vez. ¿Qué hay arroyo arriba?

—Nomás la sierra de Los Horcones, pero...

Lorenzo da media vuelta, cuelga el sombrero ensangrentado de la cabeza de la silla, desenfunda el rifle de la montura y corta cartucho.

—Lleva los caballos a aquel huizache y amárralos. Ahí te quedas a cuidarlos.

Y echa a andar cauce arriba, rodeando cuidadosamente las rocas y los matorrales al centro de las altas riberas. Urbano deniega y se apresura a asegurar

las bestias; se persigna y con paso ligero y silencioso se adentra en el serpenteante arroyo tras las huellas de su inexperto patrón.

Caudal arriba Urbano lo descubre en medio de dos pedruscos, mirando al suelo, ensimismado.

—¿Qué fue, patrón? —pregunta el caporal.

Lorenzo voltea a mirarlo y señala el piso. Sobre el lecho se ve una mancha de sangre enorme y un rastro que sale río arriba.

—¿Puma? —sugiere.

A Urbano se le escapa una risotada e inútilmente trata de ahogarla. Conciente de su impertinencia se arranca el sombrero y lo estruja contra el pecho.

—Perdone, patrón, que no fue por faltarle al respeto, pero es que estoy rete nervioso. Mire nomás—y le muestra la mano temblorosa que sostiene la pistola. Se encasqueta el sombrero y aspira profundamente—. No es un puma, patroncito, es algo peor. Es un nahual.

Ahora Lorenzo lanza una risita baja y suave.

—No me vengas con esos cuentos, Urbano, que ya estas viejo.

—Se lo juro por mi santa madre, patroncito. Es un nahual, y por lo que le aprendí a los viejos, parece que es un nahual malo, de esos que salen a matar por las noches para tragar.

Lorenzo lanza un suspiro de impaciencia.

—Si crees que porque no me crie en la hacienda me vas a poder tomar el pelo, diciéndome que un nahual, un nahual "malo", anda matando cristianos a medianoche, estas muy equivocado.

—No patrón, uste' no me entiende, el nahual no mató a ningún cristiano, el sombrero ese...

—Creo que te entiendo perfectamente, Urbano, y creo que ya te pasaste de la raya con tanta pendejada. Mejor me sigues y vas guardando silencio, que vamos a encontrar al amigo este y a brindarle ayuda.

Urbano lanza un bufido, pero guarda silencio. La marcha continúa lenta y cautelosa por unos minutos más hasta que el rastro desaparece. Se detienen a escuchar un sonido que a intervalos sube por encima del silbar de la briza entre la maleza y luego se pierde. Un sonido raro, y sin embargo vagamente familiar, como la rara mezcla de un grave ronronear de gato y el áspero crascitar de un cuervo. Por unos instantes miran en rededor tratando de ubicar el origen, sin conseguirlo, hasta que gradualmente el sonido se eleva otra vez y opaca el del viento. Urbano, la vida completa dedicada al campo y sus secretos, señala el origen tras una monumental roca incrustada en el banco derecho, diez o doce metros adelante.

Metro tras metro se acercan mientras los sonidos cambian; ahora un sonoro crujir y después, ambos ya junto a la roca, la noche se satura de sorbidos y gorjeos. Lorenzo inhala profundamente. Urbano lo toma del brazo y le ruega desistir una vez más con un leve denegar de cabeza, pero el patrón comienza a rodear el peñasco.

Lentamente se va haciendo visible la covacha enclavada en la ribera detrás de la piedra. Los rayos de luna, incapaces de penetrar el hueco de un poco más de un metro de alto y tres de largo, tan solo iluminan la entrada y las patas de una vaca que a medias sobresalen de la penumbra. De esa misma penumbra brota un largo gruñir y el ruido de algo que cruje y se desgarrar. Las patas del bovino, una de ella rota, se sacuden violentamente. Un gemido de repulsión escapa de la garganta de Lorenzo y todo movimiento cesa dentro de la cavidad. El tiempo y el lugar se congelan por unos momentos.

Desde la negrura del agujero dos ascuas amarillas giran y se clavan fijamente en los hombres. Lorenzo y Urbano levantan sus armas, las manos trepidantes y las piernas flojas, a punto de ya no sostenerlos. Al momento que un resoplido gutural escapa del hueco y les inunda los tímpanos, ambos retroceden un paso instintivo y abren fuego. Los breves fogonazos dispersan las tinieblas en

intermitentes y fugaces instantes que iluminan lo que parece una colosal aura, que herida se revuelve y agazapa más adentro, chilla y aletea, levantando una pesada nube de polvo que llena la hendidura y que el fogonazo del último cartucho no alcanza a penetrar.

La noche vuelve a quedar muda. Moroso, el polvo se asienta; el humo de la pólvora se dispersa también sin prisa. De la cavidad de pronto brota vertiginoso un manchón negro sin forma definida que rápidamente asciende la margen y se pierde entre matorrales y arboles con un largo alarido de dolor. Sin cruzar palabras, patrón y empleado retroceden de espaldas por donde llegaron, hasta que pierden de vista el agujero. Ya al otro lado de la roca bajan el cauce del arroyo tan aprisa como el accidentado terreno lo permite, siempre lanzando frenéticas miradas en todas direcciones.

—¿Qué era eso... Urbano? Parecía... parecía un zopilote...

—No, patrón... los zopilotes no son más grandes que un guajolote... y nunca vera uno de noche... Además, un zopilote no puede arrastrar una vaca ni sacudirla como trapo viejo... Ya le decía yo desde un principio, joven Lorenzo... eso que vimos era un nahual...

Lorenzo, a punto de contestar con lógica a fuerza de costumbre, calla por el miedo que le cuelga de la espalda y le trepa hasta la nuca.

—Apúrele patroncito... si no ese canijo nos va a matar los caballos...

Los veinte metros finales se les figuran eternos. Cuando dejan atrás la última curva del arroyo y por fin divisan los asustados caballos al pie del huizache, sus facciones se llenan de alivio. Urbano monta primero, cambia el cargador de la pistola y hace girar al penco un círculo completo en busca de la amenaza.

—Ya anduvo por aquí ese desgraciado...—advierte mientras observa al patrón montar—.Pero nomás vino a recoger su sombrero...

Lorenzo cae en cuenta que el sombrero que colgara de su montura había desaparecido. La boca se le llena de un sabor amargo y una fría angustia le

estruja las vísceras. Sus espuelas se clavan en los ijares de la bestia y sin volver la vista atrás sale a galope junto a su caporal.

Kilómetros más adelante la noche es aún espesa, pero los dos jinetes por fin atisban el campanario de la iglesia de La Noria de Acuña. Los ceños fruncidos y los dedos en los gatillos se relajan. Los corceles avivan el cansado paso cuando olfatean la cercanía de las caballerizas. Por primera vez desde la salida del arroyo el silencio entre los dos hombres se levanta.

—Mire, patrón, yo sé que le voy a faltar al respeto, pero alguien tiene que decir lo que va a oír de mí. Su merced será el nuevo patrón y vendrá muy estudiado de la ciudad, pero aquí, en el monte, todos sus estudios y sus maneritas de mandón chulo no sirven pa' una chingada. Si usted me hubiera hecho caso, hubiéramos salido de Guadalcázar temprano y hubiéramos llegado a La Noria temprano.

Lorenzo guarda silencio.

—Ansina mismo, si usted me hubiera prestado oídos en la brecha pa' que nos regresáramos en vez de meternos al arroyo, ese nahual hijo de puta nunca nos hubiera visto. Acuérdesse que hay cosas en el monte, patrón, a las que es mejor nunca arrimarse. Hay veces que se tiene que hacer uno pendejo pa'no echarse un mal encima.

Unos metros más adelante se levanta la escalinata de entrada a la hacienda.

—Ese pinche nahual se fue herido. Ojalá y Dios quiera que se muera allá, lejos, entre los cerros de los Horcones. Y si no se muere, que de menos nunca sepa quiénes somos. Créame, patrón, no necesitamos que por los cerros del pueblo ande suelto un cabrón de esos nomás esperando pa'chingarnos o hacernos brujerías.

Los caballos se detienen a los pies de la escalera y ambos hombres descienden.

—'Ora si patrón, córrame.

Lorenzo se arranca el guante de la mano diestra y la extiende a Urbano.

—Gracias, Urbano, por no haberme dejado solo.

Antes de que Urbano pueda estrechar la mano, el portón de madera al final de la escalera se abre súbitamente. Envuelta en una bata, con las facciones desencajadas y el llanto ahogándole la voz, desciende Germana. La tía Adelaida permanece en el rellano, quinqué en mano, el rostro bañado en llanto también, tomada de la mano de su marido Nieves, el administrador.

Lorenzo sube algunos peldaños al encuentro de su esposa, quien lo abraza desesperadamente.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias que me lo trajiste con vida, Señor!

—¿Qué pasa, Germana, que tienes?

Germana no puede continuar, simplemente se aferra a él. Nieves desciende un par de escalones y visiblemente alterado expresa:

—Lorenzo, hace un rato llegó un hombre a la hacienda, bañado en sangre. Tocó el portón como un loco y cuando abrimos no dijo nada, solamente nos miró; y luego, sin ninguna explicación, nos dio su pésame por nuestros próximos muertos y arrojó tu sombrero a los pies de Germana. ¡Lorenzo, cuando volteamos a verlo el hombre ya no estaba! ¡Ya no estaba!

Seudónimo: Ahuizotl Salvador

Obras finalistas

La hija de las vísceras

Me enseñaron a leer antes de hablar.

Pero no cuentos.

Me enseñaron a leer carne.

La abuela abría animales como si fuesen diarios, abría gallinas, conejos, ovejas.

Metía la mano, hurgaba el calor y la sangre, y me decía:

— Mirá bien, lo que ves ahí es el mañana.

Y yo miraba.

El hígado hinchado anunciaba muerte cercana.

El corazón oscuro era señal de traición.

El páncreas reseco, mala suerte.

La abuela decía que las tripas siempre cuentan la verdad, pero que hay que tener el estómago para escucharlas.

Yo la miraba hundir los dedos con una calma religiosa.

No temblaba.

Decía que el cuerpo habla antes de morir.

Y que si sabés leerlo, a veces lo podés convencer de quedarse.

La abuela no hablaba mucho.

Decía que la carne entendía mejor el silencio.

Con ella no aprendí las letras, aprendí las texturas.

Las gallinas decapitadas se seguían moviendo como si no supieran que estaban muertas.

Ella me miraba y decía:

— Fijate bien, hasta la muerte tiene forma.

La abuela metía las manos sin miedo.

Cortaba con precisión, como si lo hiciera desde antes de nacer.

— El bazo es cobarde, me enseñó una vez, se esconde cuando vienen los gritos.

— ¿Y el corazón?

— El corazón no sabe mentir. Pero a veces se calla igual.

Una tarde me hizo cerrar los ojos.

Puso en mis manos algo tibio, blando, palpitante.

— Decime qué sentís.

— Está vivo —le dije.

— No — respondió—. Está recién muerto.

Y me explicó que a veces el cuerpo tarda en enterarse.

Que hay órganos que no se rinden tan fácil.

Que hay muertes que llegan por partes.

—Por eso hay que tocar — dijo—

Porque no todo lo que late está vivo.

Y no todo lo muerto está del todo muerto.

Una vez le tocó un corazón frío y se le nubló la mirada.

— Este tenía miedo —me dijo bajito, como si no quisiera que el muerto la escuchara.

Le pregunté cómo se sabía eso.

— Los corazones que se mueren de miedo se encogen.

Se hacen chiquitos, duros, como si el miedo se pudiera abrazar desde adentro.

Le pasé los dedos por encima. Era cierto.

Palpitaba despacito, como si todavía se estuviera escondiendo.

Yo miraba las vísceras como otros miran las estrellas.

Les buscaba formas. Les ponía nombres.

Esa mancha parecía un secreto.

Esa vena un camino que no terminaba nunca.

Había días en que me dejaba tocar.

— Esto es el estómago. Si está blando, hubo hambre.

Yo lo apretaba como si fuera un juguete.

Y me reía.

La muerte todavía era un cuento.

Una vez me mostró un pulmón con manchas.

Dijo que ese animal había amado a alguien que ya no estaba.

No entendí.

Me explicó que la tristeza deja marca, aunque nadie la vea.

— No se muere solo de bala. Se muere de pena también.

Desde entonces, cada mancha me parecía una despedida.

Yo no jugaba con muñecas.

Jugaba a adivinar futuros en las vísceras.

Después vino la guerra.

Y las únicas vísceras que se abrían eran las nuestras.

Entonces aprendí a leer personas.

A hurgar sin tocar.

A mirar un cuerpo y saber si iba a durar o no.

La calle se llenó de cuerpos que no hablaban.

Cuerpos que miraban al suelo.

Cuerpos que respiraban bajito, como si la vida fuera un privilegio prestado.

Dejé de ver manchas, señales, caminos.

Las vísceras ya no contaban futuros: callaban.

“Cuando todo duele —dijo la abuela una noche— hasta la sangre se asusta”.

Y yo miraba a los vivos como si fueran cadáveres que aún no se enteraron.

Después vinieron otros que también hurgaban.

Pero no buscaban señales, buscaban pruebas.

Y si no las encontraban, las inventaban.

No tocaban con cuidado: revolvían con rabia, como quien quiere romper lo que no entiende.

No hablaban.

No preguntaban.

No escuchaban.

Solo obedecían el eco de una orden vieja, dicha con voz de pólvora.

Entraban a las casas como quien pateo una puerta, como quien abre un cuerpo sin anestesia.

Las voces se tragarón los nombres.

Ya no se saludaba en voz alta.

Se hablaba con los ojos, con los dedos, con los hombros tensos.

El miedo se volvió un idioma que todos entendían.

Y el silencio, una religión que nadie se atrevía a traicionar.

Las paredes escuchaban.

Las puertas se cerraban solas.

Las ventanas no dejaban pasar la luz entera.

La carne no mentía, pero ya no alcanzaba.

Podía mirar un cuerpo y saber lo que le habían hecho.

Lo que le iban a hacer.

A veces, hasta cuánto le quedaba.

Caminaba como si pisara órganos.

Como si cada baldosa escondiera un secreto abierto en canal.

Me dolía la mirada.

Me dolía la espalda.

Me dolía estar viva.

Cada paso era un eco de los que ya no estaban.

Y cada eco, una víscera más que se me deshacía por dentro.

A mamá la tumbaron en la cocina.

Le sacaron la lengua porque decían que hablaba mucho.

A papá le taparon los ojos con un trapo y se los llevaron igual.

A mis hermanos no los dejaron terminar el desayuno.

Les cortaron los dedos, uno por uno. Para que no señalen, para que no toquen, para que no escriban nunca más.

A la abuela... a la abuela no la vi más.

Supongo que también se la llevaron, ellos.

Una vez soñé que volvía.

Tenía las manos llenas de tierra y un tajo en la frente.

Me dijo: “no leas con miedo, que las entrañas no mienten”.

Cuando ya se habían llevado partes de todos, me tocó a mí.

Me escondí donde la abuela escondía los cuchillos.

Y esperé.

Horas.

Días.

O años.

No me acuerdo.

El escondite olía a hierro viejo y cebolla podrida.

El reloj no andaba, pero yo contaba las gotas que caían del caño roto.

Cada cien, me decía que todavía estaba viva.

Cada mil, que tal vez no quedaba nadie más.

A veces creía que escuchaba pasos.

No sabía si eran de ellos o del recuerdo.

Las sombras entraban por la rendija de la alacena y jugaban a desfigurarse.

Tenían forma de dedos, de sogas, de disparos.

No lloraba.

Si llorás, te oyen, decía la abuela.

Contaba los objetos como si pudieran protegerme.

Tres latas de tomate.

Un cuchillo sin mango.

Una tapa de olla que parecía un escudo.

Una carta vieja con una letra que ya nadie recordaba.

Y mi respiración, que cada vez sonaba menos a vida y más a lamento.

Soñaba con cuerpos sin rostro que me llamaban por un nombre que no era el mío.

Y me despertaba con la certeza de que, aunque respirara, ya estaba muerta.

Cuando salí, la sangre ya no decía nada.

El piso era una sopa fría de preguntas sin respuesta.

Me dejaron viva.

Viva como se deja una casa saqueada: sin nada.

Mi cuerpo es el mapa de lo que ya no está.

Cada órgano, una historia que alguien quiso callar.

Nadie tiene las vísceras bien puestas cuando se las arranca el odio.

Ni aunque después te las devuelvan cocidas con hilo sucio empapado de sangre vieja.

Tengo el estómago lleno de cosas que no digerí.

El corazón latiendo con miedo, como un bicho escondido esperando ser cazado.

Las tripas saben más que la lengua.

Saben callar saben resistir.

Saben que no hay bisturí que corte la memoria.

Hasta que un día lo vi.

Caminando, como si nada.

El mismo que había abierto cuerpos como quien descorcha botellas.

El que había hurgado con rabia, sin buscar señales, solo castigo.

Estaba ahí, el hombre.

Con la panza llena.

Con las manos limpias.

Con los ojos secos.

Pero yo lo reconocí.

No con la cara. Con la víscera.

Mi estómago se revolvió como si volviera a esconderme.

Mi bazo se achicó como cuando vienen los gritos.

Mi corazón latió tan fuerte que parecía llamar a los que ya no están.

Entonces supe que era él.

Lo seguí varios días.

Lo vi comprar pan, hablarle a su perro, cerrar las ventanas cuando llovía.

Lo vi vivir.

Como si nada.

Como si los cuerpos que dejó atrás no lo miraran desde cada sombra.

Como si su carne no hablara sola.

Aprendí sus horarios.

El camino que tomaba cada día.

La manera en que se limpiaba las uñas en la vereda.

El gesto que hacía antes de escupir.

El modo exacto en que su cuerpo evitaba los espejos.

Como si supiera que algo ahí adentro todavía lo miraba.

Una noche entré a su casa.

No para matarlo.

Para escuchar el lugar.

El piso crujía como si recordara los pasos de otros.

La cocina tenía el olor seco de lo tapado.

Sobre una mesa, una carpeta cerrada.

La abrí.

Había nombres.

Códigos.

Tinta vieja.

El mío no estaba.

Pero estaba mi barrio.

Mi calle.

Mi número.

Mi casa.

Una noche lo seguí.

No con miedo.

Con memoria.

Lo esperé.

Y cuando el mundo dormía, lo enfrenté.

No grité. No pregunté.

Lo abrí.

Como hacía la abuela.

Con precisión.

Con cuidado.

Con saber.

Metí las manos en su vientre como quien lee un libro.

Busqué las manchas, los caminos, las formas.

El hígado era negro.

El corazón, callado.

El páncreas, reseco como una mentira vieja.

Las tripas no decían nada. Solo rezumaban un silencio podrido.

Le leí el futuro.

Y no tenía.

No me tembló la mano.

No porque fuera valiente.

Sino porque era hija de quien metía las manos sin miedo.

Mientras abría su cuerpo, pensé en mamá.

En su lengua seca.

En los dedos de mis hermanos sobre la mesa, quietos para siempre.

En la abuela diciendo: "la memoria también sangra".

Después lo dejé ahí.

Abierto.

Le expuse los órganos como si fueran páginas arrancadas.

Que cualquiera pueda leerlo.

Que todos sepan.

Que vean que no hay silencio que entierre la verdad para siempre.

Porque a veces, para que algo no se repita, hay que escribirlo con sangre.

Y sin embargo, camino.

Con todos los cuerpos dentro del mío.

Con todas las voces atadas a mis costillas.

Con todos los ojos cerrados.

Pero míos, para mirar.

A veces todavía sueño con la abuela.

La veo hurgar una gallina en la mesa de la infancia.

Me llama con la mirada.

Me señala algo entre las tripas.

Y me dice bajito, como antes:

— Fijate bien. Todavía queda algo latiendo.

La hija de las vísceras.

La que lee lo que otros destruyen.

La que sangra pero no se apaga.

La que guarda.

La que viene.

La que no olvida.

Y yo aprendí a leer carne.

(Seud.: Onix Salvaje)

Peón de vías

Miró la soja sembrada a su derecha.

En el horizonte, el verde se fundía con el azul del cielo.

El viento movió el sembradío: parecía una gran ola.

Quedó maravillado por el contraste de colores.

Caminó pisando los durmientes.

Cada tanto sacaba piedras y basura del riel.

A su izquierda, el campo sembrado con maíz crujía por el viento.

Silbó, llamando a Luna.

El animal surgió entre la soja.

Parecía un monstruo saliendo del mar verde.

Corrió a toda velocidad por las vías.

Él se quedó parado, esperándola.

El labrador negro se frenó en un durmiente anterior.

Siempre pensaba que un día no podría frenar y chocarían.

Le acarició la cabeza. De su mochila sacó un pedazo de pan y se lo dio.

Caminaron, controlando los durmientes y los clavos de los rieles.

Luna ladraba y, de tanto en tanto, corría entre medio de las plantas.

Se acomodó la gorra. A las 9:30 el calor era fuerte.

Tenía puestos los zapatos de seguridad, un jean y una camisa de la empresa.

Hacía cinco años que trabajaba en el ferrocarril, controlando durmientes y rieles.

Un día vio el aviso en el subte y, sin pensarlo, dejó la oficina, los trajes, los perfumes... y renunció.

Tenía 55 años. Hacía cinco que era feliz.

El trabajo era pesado,
pero estaba al aire libre.

Caminaba kilómetros,
recogiendo cosas.

Conoció pueblos pequeños, pueblos abandonados, campos inmensos.

Las vías parecían grandes venas de la tierra.

Cargó todas las herramientas en la zorra. Avanzó cincuenta durmientes.

Luna, cansada, subió al carro.

El primer día de trabajo la encontró. Estaba abandonada.

Nunca pensó en los animales como mascotas.

Le dio de comer y fueron inseparables.

Al principio no podía seguirle el paso. La llevaba en una mochila.

Hoy era un animal fuerte y robusto.

Los domingos, cuando tenía libre,
y a veces tomaba un vaso de vino de más,
le contaba su vida.

Ella se echaba a sus pies. De vez en cuando levantaba la cabeza o la movía.

Muchas veces notaba que, cuando le contaba una historia repetida y le cambiaba el final u omitía algo,

ella se paraba y movía la cabeza,
como diciéndole: “¡No, no es así!”

Entonces empezaba el relato y lo contaba como al principio.

¡Era su amiga inseparable!

Miró la hora. Tenía tiempo.

El rápido pasaría dentro de quince minutos.

Llegaría al cruce, sacaría la zorra de las vías y descansaría.

En ese cruce tenía que controlar los rieles,

debido a que era una curva muy cerrada.

Los cargueros aflojaban los rieles.

Eso lo haría cuando pasara el tren.

Puso más cuidado en el control de los durmientes,

en el riel que estaba después de la curva...

No estaba flojo, pero debajo del durmiente había un pequeño agujero.

Con el taco del pie derecho empujó fuerte por debajo del durmiente.

Era una cueva. Alguna rata, o tal vez una nutria.

Cuando intentó sacar el pie, no pudo.

Giró hacia la derecha, luego hacia la izquierda.

La boca de la cueva era más angosta

y apretaba su tobillo como una garra.

Se dio vuelta para agarrar una herramienta de la zorra.

¡No llegaba!

Le faltaban quince centímetros para alcanzar la rueda.

Se estiró lo más que pudo, pero no.

Movió para un lado, para el otro.

Cada vez que se movía, se enterraba más.

Intentó desatar el botín. Estaba muy abajo.

Intentó mover las piedras y escombros. No pudo.

Mientras tanto, Luna lo miraba sorprendida.

Presentía que algo no estaba bien.

Primero empezó a dar vueltas alrededor de él.

Luego orinó.

¡Era un síntoma de que estaba asustada!

Se lastimó los dedos tratando de cavar alrededor del pie.

La perra se echó a lo largo en un durmiente, apoyando la cabeza en el riel.

De pronto,

se paró y miró a la distancia.

Él también.

No se veía nada fuera de lo común. El sol brillante de las 10 estaba marcado por los eucaliptos.

Respiró hondo y miró al cielo.

Unas nubes blancas como algodones cruzaban.

Faltaban siete minutos.

Intentó girar el pie.

Primero le llegó el sonido.

Después, el dolor lo cegó.

Se cayó de espaldas, quedando en una posición grotesca.

¡Se había quebrado!

El dolor lo desmayó.

Los lengüetazos en la cara lo despertaron.

Hacía muchos años que no lloraba con tanta angustia.

Luna aullaba lastimeramente.

Con el último esfuerzo, empujó a la perra para que saliera de las vías.

Pero el animal volvía.

El suelo vibraba por la potencia del tren.

¡Sabía muy bien que ese tren era imposible de parar!

Estaba muy cerca de la curva.

Cuando el maquinista se diera cuenta, sería demasiado tarde.

Luna, presintiendo el peligro, lo empujaba con el hocico.

La besó con fuerza en el hocico, en el ojo, en la oreja.

La empujó. Ella volvía.

Le tiró varias piedras.

Su amiga seguía parada, firme en medio de la vía.

Ella caminó con las orejas bajas y la cola entre las patas,

y se echó a su lado,

mirando por dónde venía el tren.

(Seud.: Charly)

El astrolabio de Toledo

Dicen que Toledo es una piedra tallada por tres manos. A veces aprietan las tres a la vez y la ciudad gime; otras, cada una afloja y la piedra respira. En el año del Señor de 1180, cuando yo, Martín de San Román, apenas era un escribano con

los dedos manchados de tinta y los ojos cansados, las tres manos —la cristiana, la judía y la musulmana— habían decidido trabajar juntas sobre un objeto tan pequeño que parecía una moneda: un astrolabio venido de Córdoba, bruñido como el sol de mediodía.

A mí me tocaron la mesa, el tintero y el silencio. A los sabios, la palabra. Y al astrolabio, el misterio.

La Escuela de Traductores de Toledo estaba alojada entonces en una casa junto al claustro de San Juan de los Reyes que olía a pergamino, aceite y humo. El arzobispo don Raimundo había insistido en que no faltaran lámparas ni manos; la luz y el trabajo son una sola cosa, decía. Yo copiaba lo que leía don Diego, un canónigo docto que pronunciaba el latín como si masticara hojas de laurel. A su lado, sentados frente al mismo texto árabe, estaban YusufibnHudayl, un astrónomo de familia sevillana refugada en Toledo tras las campañas del último rey de Córdoba, y Salomón ben Zacarías, un judío menudito con una memoria que cabía en un bolsillo y le sobraba.

Yusuf tocaba el astrolabio como si acariciara la frente de un caballo. Se lo habían entregado unos mercaderes genoveses a cambio de un dictamen: decían que la pieza había estado en manos de un médico cordobés que, en su vejez, empezó a escribir oraciones donde antes ponía estrellas. “Miradlo bien”, nos encargaron, “porque no queremos vender a ciegas una herejía”.

—Herejía no sé —dijo Salomón, sonriendo—; pero hay poesía en este bronce. Y la poesía asusta a los mercaderes como una cuchilla afilada.

El astrolabio tenía la rete —la red de estrellas— tan finamente calada que parecía encaje. En el limbo, grabadas con pulso seguro, las marcas de las horas y de los signos. Yusuf señalaba con la uña una inscripción microscópica junto al alidade, como si invitara a leer un susurro.

—Aquí dice “Qibla” —traducía—, pero la flecha mira hacia poniente, no hacia el sur. No es un instrumento para hallar La Meca. O sí, pero también otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —pregunté, con ese atrevimiento discreto que tienen los copistas cuando nadie les mira.

—El tiempo —respondió Yusuf—. Siempre es el tiempo.

Don Diego tosió para reclamar la gravitas.

—Hablemos claro —dijo—. La petición es que determinemos si el objeto es apto para manos cristianas. Si es ciencia, es de Dios; si es magia, del Diablo. Dadme datos, no chistes.

Salomón levantó la vista con un brillo en los ojos.

—Magia es lo que sucede cuando una cosa no se entiende. Cuando se entiende, le llamamos ciencia. Cuando la repetimos sin pensar, le llamamos costumbre, y al cabo, olvido. ¿Qué quieres que sea hoy, canónigo?

—Quiero que esa pieza no encienda ninguna hoguera —replicó Don Diego—. Ni dentro ni fuera de nosotros.

Yo sudaba. No por el calor —era marzo y el Tajo corría frío bajo el puente de San Martín—, sino porque había aprendido que las palabras pueden arder incluso antes de pronunciarse. Si un objeto era “apto para manos cristianas” o no, no lo decidían los ángeles, lo dictaban hombres con espada o con sello. Y yo, Martín, no estaba hecho ni para lo uno ni para lo otro.

Durante una semana entera copiamos estrellas, nombres, relaciones. Yusuf dictaba en árabe, Salomón en romance, Don Diego en latín, y yo trataba de que la tinta no confundiera a Marte con Saturno ni a Regulus con Aldebarán. Al tercer día, Yusuf pidió sacar la lámina llamada “araña” para limpiar una grasa oscura que se acumulaba junto al círculo de Capricornio. Al levantarla, apareció otra pieza,

fina como una hostia: un disco secundario, sin marcas de estrellas, cubierto de caracteres diminutos, una mezcla de letras árabes y formas que yo no conocía.

—Esto... —empezó Don Diego—. ¿Qué es?

—Un zifar —susurró Yusuf—. Un cifrado. No de cálculo, de escritura.

Salomón acercó la lámpara.

—El viejo cordobés escondió aquí un texto. No hay cartucho ni firma, pero me juego mi lugar en la sinagoga a que es suyo. Mirad, mirad cómo se repiten estos giros. Son como los que usaba en sus cartas a Averroes.

—¿Y qué dice? —preguntó Don Diego, con el hambre de los que quieren poder.

—Sin clave, dice nada —respondió Salomón—. Pero todo cifrado empieza creyendo que nadie lo romperá, y todo escribiente empieza repitiendo sin querer sus manías. Déjame olerlo.

Lo dijo en serio: se acercó y aspiró, como si el bronce sudara un perfume de intención. Luego se frotó las manos.

—Necesito papel, calma y café. Bueno, lo primero y lo segundo; lo tercero es un sueño futuro.

El café no llegó, pero la calma, a ratos, sí. Durante días enteros, la Escuela fue una colmena. Yusuf calcó sobre cera la red de estrellas. Don Diego recorrió biblias y bestiarios buscando pistas de paganos. Salomón pasó la noche entera maldiciendo y riendo solo ante el disco cifrado. Yo copiaba y hacía fuego y llevaba jarras. Desde la ventana más alta, se veía la sinagoga del Tránsito, la mezquita que era iglesia, y más allá, la torre cristiana recordando a todos quién tocaba las campanas. En la calle, los herreros golpeaban el hierro como si tuvieran prisa por encender el verano.

El quinto día, Salomón dio un grito que me atravesó más rápido que una flecha.

—¡Tiene un ritmo! —exclamó—. Escondió un texto con ayuda de las estrellas: cada nombre lleva a un número, el número a una letra, la letra a un verso. ¡Y los versos no son suyos! Son de una mujer.

—¿Una mujer? —Don Diego frunció el ceño, como si la teología necesitara hombría.

—De Wallada o de Hafsa, no lo sé —dijo Salomón—. Córdoba era una ciudad de voces, ¿o pensabais que los varones lo escribieron todo? Mirad: “Te escribo en los ángulos que el cielo niega,/ en la distancia que los hombres alzan./ Donde tu nombre no cabe, cabe el mío.” ¡Por Adonai, qué lengua!

Yusuf sonrió con los ojos.

—Entonces no es un manual, es una carta escondida —concluyó—. Un hombre que cifra versos de una mujer en el vientre de un instrumento del cielo. Debía de amarla mucho, o debía de temerla. O ambas cosas.

Don Diego, que no era un ogro, se dejó tocar por un espesor de melancolía.

—¿Y por qué esconderla? —preguntó—. ¿Por qué no escribirla en pergamino como hacemos los cristianos?

—Porque el pergamino arde, y el bronce resiste —dije, antes de morderme la lengua.

Salomón me miró como si me reconociera por primera vez.

—¿Tú has querido esconder algo, Martín?

—Todos —me defendí—. Unos esconden oraciones, otros nombres, otros heridas. Y hay quien esconde la pregunta de si Dios nos escucha de verdad.

Nadie se rió. La lámpara chisporroteó. Afuera, pasó un vendedor de alcuzas gritando su mercancía con una alegría feroz. Adentro, éramos cuatro hombres y un astrolabio.

El texto cifrado no terminaba en versos. A mitad del disco, la voz cambiaba. Salomón lo notó como quien advierte un suspiro en una oración.

—Aquí ya no habla la mujer —dijo, bajo—. Aquí el viejo escribe al futuro. “La ciudad caerá dos veces —trazó, deletreando—; caerá primero por orgullo, después por hambre. Cuando el río se vuelva rojo, poned este instrumento en manos de quien no tema mirar la sombra. Entonces, medid la altura del sol y divididla por la distancia entre vuestras casas. Donde el cociente sea uno, abrid en el muro. Habrá pan.”

El silencio nos hizo compañía. Don Diego parpadeó, como si el sentido lo arañara.

—Eso... —musitó—. Eso es una locura.

—O una broma —aventuró Yusuf, con timidez.

—O una frase de un hombre viejo que sabía algo que no sabemos —añadí.

Salomón acarició el borde del disco con la punta del dedo.

—“Cuando el río se vuelva rojo...”. —repitió—. ¿Sabéis que en Córdoba hubo un año en que las ánforas de vino naufragaron en el Guadalquivir y el agua se tiñó? Llamaron a aquello castigo, y era mal tiempo y mala suerte. Tal vez esto sea igual. Tal vez habla de vino. O tal vez habla de sangre.

Don Diego se santiguó. El sonido de sus uñas rozando la manga llamó a mi piel a la vigilia.

—Dejad de poetizar —ordenó—. El encargo no es adivinar profecías sino dictaminar si el astrolabio es apto. Es apto. Con esa red se puede hallar la hora de

la noche y el tiempo verdadero. No hay magia. En cuanto al disco... haremos una copia para el arzobispo y pondremos la original bajo llave.

—¿Bajo llave dónde? —preguntó Salomón—. No olvides que las llaves cambian de mano.

—En la sacristía.

—Entonces la llave la tendrá alguien que no sabe leer árabe —sonrió el judío.

—O alguien que sabrá a quién dársela —cerró Don Diego, y con eso se puso fin al debate.

El dictamen fue limpio y breve: “Apto para manos cristianas; útil para la ciencia del cielo; no se advierten signos de superstición”. El mercader genovés pagó bien y se marchó con los ojos divididos entre la codicia y la gratitud. Nosotros guardamos la copia del cifrado en el arca grande. La original quedó bajo la tutela de Don Diego, que tenía llave y conciencia. Yo volví a copiar salmos y fueros. Yusuf regresó a su casa del arrabal, donde sus niños practicaban con una esfera armilar de madera. Salomón se fue a la judería a discutir con su rabino si Dios respira más fuerte algunas tardes.

La vida, que porfiaba por seguir, siguió. Hasta que el río se volvió rojo.

(Seud. Cornelia)

Cartas para Mamá

En la casa grande de los Gutiérrez, al sur del pueblo, vivía doña Elena con sus cinco hijos: cuatro ya adultos maduros y uno, Miguel, que aún era joven y por eso, todavía indomable. De apenas dieciocho años, conservaba el entusiasmo intacto y los ojos llenos de mundo. Cuando la guerra —esa repetición periódica de los errores de los hombres— tocó las puertas de la nación, él se presentó a filas. Partió con la naturalidad de quien aún cree en las ficciones patrióticas. La madre,

fiel a un ritual heredado de generaciones de madres dolientes, lo bendijo con un beso y un rosario, como si tuviera fiebre y no llevara un fusil.

Las islas estaban lejos, pero las noticias de la guerra llegaban todos los días. Un hijo de los vecinos, un primo lejano, un antiguo compañero de escuela: todos iban desapareciendo, como hojas secas que el otoño sacrifica sin remordimiento al designio del viento. En la casa de los Gutiérrez, cada llamado a la puerta adquiría el tono de una profecía. Antonio, Teresa, Carlos y Mariana habían aprendido a reconocer el sonido específico de las botas del cartero. Era un sonido ligero, casi amable, como el eco de la esperanza.

Cada vez que llegaba una carta, los hermanos y doña Elena se reunían con entusiasmo alrededor de la mesa del comedor. Teresa la leía en voz alta, a veces con una sonrisa, a veces conteniendo las lágrimas. La madre asentía, respondía, comentaba, como si hubiera una conversación viva entre ella y su hijo. Luego, sin demora, escribía una respuesta con letra cuidadosa, guiada por las sugerencias de los hermanos: qué contarle, qué preguntarle, qué frase añadir. Era una ceremonia espontánea, casi religiosa. Las respuestas partían ese mismo día, como si el acto de escribirlas mantuviera a Miguel más cerca.

Pero un día —no importa cuál, porque en estas tragedias el tiempo siempre es simbólico— el sonido de las botas fue distinto. Más firme. Más pesado. No era el cartero. Era un militar. Llevaba el uniforme con una rigidez burocrática y en las manos sostenía una carta oficial, sellada con el emblema impersonal del Estado. Miguel, decía la misiva, había muerto. Un disparo certero. No hubo agonía, solo la interrupción abrupta de la conciencia. Su cuerpo quedó tendido en ese territorio que llaman tierra de nadie, y no pudo ser recuperado.

Para fortuna de los hermanos, esa tarde la madre no se encontraba presente. Antonio fue quien recibió la noticia. La leyó en silencio, palideciendo sin dramatismo, como si se le hubieran apagado los colores del rostro. Se la pasó a Carlos, que no pudo terminar de leer. Mariana se cubrió la boca y caminó en círculos sin saber adónde ir. Teresa no dijo nada; solo fue a buscar el papel y la pluma.

—Mamá ya está muy grande —dijo sin levantar la vista—. No podemos contarle que Miguel murió.

—¿Y si pregunta? —murmuró Mariana, doblando las manos sobre el regazo.

—Le decimos que está bien. Que escribe poco porque no tiene tiempo —interrumpió Teresa, ya mojando la tinta—. Hoy llega una carta.

Así comenzaron las otras cartas. Una por semana, sin falta. Teresa, hábil falsificadora de lo sentimental, se encargó de las epístolas apócrifas. Así nació una ficción más poderosa que los hechos: el Miguel que escribía cartas. En ellas contaba anécdotas suaves, batallitas sin heridos, tardes de sol, el canto de una

bandada de gaviotas, y el recuerdo constante de la comida de su madre. “Cómo extraño tus milanesas, mamá. Aquí todo tiene gusto a barro o a nada.”

La madre reía, lloraba, vivía. Respondía con su caligrafía temblorosa, como si del otro lado hubiera una pluma amiga esperando su voz. Y los hermanos comenzaron a vivir también en función de ese Miguel. Poco a poco, lo que inventaban se volvía parte de su memoria. Comenzaron a recordar cosas que no ocurrieron. A extrañar cartas aún no escritas.

Carlos, al principio escéptico, se sorprendió una tarde recomendando que Miguel fingiera haberse lastimado un tobillo para dejar de patrullar. Mariana bordó un pañuelo que supuestamente él había pedido en una carta. Antonio soñó con él una noche y aseguró que le había dicho que estaba bien, que no sufriéramos. Teresa empezó a hablar del Miguel de las cartas con más intimidad que del real.

Una vez, discutieron por media hora si Miguel debía escribir que había aprendido a tocar la armónica. Mariana decía que sí, que le daba un toque bohemio. Carlos objetaba que eso no era propio de Miguel. Terminaron inventando que un compañero se la había regalado.

Una de las cartas, fechada un martes sin año, anunciaba que una joven enfermera —cuyo nombre nunca se decidieron entre llamar Lucía o Emilia— lo había invitado a cenar. Esa semana, la casa entera pareció esperar con ansias la nueva carta para saber cómo le había ido en la cita.

Los años pasaron y la madre, por su parte, envejecía como un mito hasta que un día, sin mayor ceremonia, doña Elena dejó de ser. Se fue como una vela que se extingue al final de la noche, sin viento ni lamento.

Durante el velorio, mientras la casa se llenaba de vecinos y de ese olor indescifrable entre flores y madera vieja, alguien encontró la caja donde las cartas estaban atadas con una cinta roja. Estaba debajo de su cama, junto a los rosarios y las fotos. Teresa la sostuvo como quien sostiene un secreto que ha dejado de ser propio. Los hermanos se miraron en silencio.

Mariana, con una voz que parecía venir de lejos, preguntó:

—¿Y ahora?

Antonio, como en un sueño que se repite, tomó papel y lápiz. Habló sin pensarlo, como quien enciende una lámpara por costumbre.

—Miguel está en la guerra —dijo, mojando la punta del lápiz en su lengua—. No podemos contarle que mamá murió.

Y así, el juego siguió.

Una vez más, para nadie y para todos, Miguel escribió una carta y su madre le contestó.

(Seud.: Malvestiti)

Mi abuelo

Mi abuela me contó que mi abuelo era el gran amor de su vida. Un pintor recontra famoso que salía en la tele, siempre con una gorra puesta. Me lo contaba después de ir hasta una cajita con llave y sacar una foto de un cuadro. La abuela era la del cuadro y lo había pintado él. Ella había visto una película, con Susú Pecoraro y Miguel Ángel Solá, que se llamaba "Tacos lejanos". Me acuerdo más del nombre de esos actores que de lo que estudio en la escuela porque la abuela me lo contaba siempre, siempre. Una prostituta que se enamora de un pintor y un pintor que se enamora de una prostituta. Todo hermoso hasta que el pintor conoce a la familia y los amigos de la chica, que eran muy pobres y se va y ella lo entiende.

Mamá se cagaba de risa cada vez que la abuela me lo contaba y yo la escuchaba con ganas, sin darle bola a las burlas de mi mamá.

Cuando supe mejor cómo era lo de quedar embarazada, entendí lo que le decía mamá cuando se reía. Yo podía ser la nieta de otros más porque la abuela no dejó de trabajar mientras salía con él. A la abuela le hacían bien las novelas porque su vida era jodida y esa película era una novela de ella. Lo único que me hacía dudar era el color de los ojos del pintor que veía en la tele. Era de un verde muy gato, muy que te llamaba la atención. El mismo color que los ojos de mi mamá. El mismo color que los míos. La gente le decía a mi mamá que con esos ojos hermosos era una lástima que no sea modelo y se drogue y ande con hombres.

Cuando me indispuse por primera vez ya tenía decidido de qué iba a trabajar; ¡bah!, mi mamá ya lo tenía decidido y a mí me pareció piola. Cuando peleaban la abuela y mamá sobre mi profesión, mamá le decía que los hijos de médicos eran

médicos, los hijos de albañiles eran albañiles y las hijas de putas tenían que ser putas. La abuela se ponía re loca.

Le avisé a mi mamá y me dijo que teníamos que esperar a que deje de sangrar para empezar a practicar. Yo le dije que ya había practicado un poquito con el vecino de al lado y me pegó un cachetazo que todavía me sigue doliendo, más que nada abajo del ojo; me toco y me duele. Me dijo que en la vida normal yo tenía que ser una señorita y en el laburo una reventada. ¿O los doctores andan atendiendo cuando salen del hospital?, me preguntó.

Le conté a la abuela y se enojó. Por un lado por la desgracia que era empezar con la regla y, por el otro lado, por eso de trabajar de lo que ellas trabajaban. Esperó a mi mamá despierta y le gritó que la iba a echar si seguía con eso de que yo sea prostituta. Me extrañó que mamá no le conteste, dijo que se sentía mal y se fue a la cama. Con mucha fiebre la internaron en el hospital. La abuela estaba extrañada porque mamá se cuidaba mucho en el trabajo, pero le explicaron que pudo usar la misma aguja que otro para drogarse y ahí se contagió. Murió muy rápido y la extraño tanto.

A la abuela no le venían muchos clientes porque estaba vieja. Sin mamá no había mucha plata y, entonces, yo me fui a trabajar por hora limpiando casas. Me empezó a ir muy mal en la escuela y la abuela se ponía triste y no quiso que trabaje más. Empezamos a tener hambre. Más la abuela que yo, porque a mí me daba de comer algo. Ella no comía nada.

Un día, cuando llegué a casa, me hizo comer un enorme sanguche de milanesa con sopa. Después me hizo bañar en la casa de mi vecino con el que ya había dejado de practicar. En casa no había gas entonces nos prestaron el baño. Me puso unos pantalones nuevos, unas zapatillas de marca cara, un pulóver celeste con un cuello de polera. Me hizo una trenza cocida. Me miré al espejo tan feliz. Me dio una mochila nueva con ropa mía. Si te preguntan por mí vos decís que me morí, me dijo la abuela y aunque sabía que era mentira me puse a llorar. Prometelo por tu mamita del cielo, me gritó, si no lo cumplís yo me prefiero morir. Después vino un remís y me llevó lejos. Paramos en una casa enorme y muy linda. No era un castillo, pero se parecía.

Me atendió una señora con guardapolvo azul y le di un sobre que me dio la abuela. Al ratito salió un señor de ojos verdes, el de la tele, el pintor. Temblaba mucho, yo pensé que era que estaba enfermo, pero sólo tembló esa vez.

Miró mucho una foto. ¿Ésta era tu mamá?, me preguntó mostrándomela y ahí me di cuenta que se la había mandado la abuela. Se veía bien grande la cara de mamá y se notaban mucho los ojos verdes de gato, igualitos a los de él. En vivo tenía los ojos más parecidos, todavía, a los de mi mamá. Le dije que sí y me hizo pasar. ¿Comiste?, le dije que no, con la cabeza. No me iba a perder ese olor que venía de algún lado y seguro era de comida. Me llevó a una pieza con una mesa muy grande y ahí la vi. Era el cuadro que la abuela tenía en chiquito en la foto, pero acá estaba bien grande pegado en una pared. Me quedé quieta, mirándola. Era hermosa tu abuela, me dijo y se sacó la gorra que siempre tenía puesta en la tele. Apenas tenía unos pelitos blancos y ahí me di cuenta por qué siempre tenía una gorra.

Nos sentamos a comer unas papas con carne y un jugo marrón con pedacitos de algo gomoso. Cuando agarré confianza le peí a Elba, la señora que tenía el guardapolvo azul cuando llegué, que me haga más fideos y milanesas con papas fritas porque ellos comían muy raro. Ahora el abuelo come lo mismo que yo.

El abuelo habla poco, pero escucha mucho. Se rió cuando le dije que la abuela no quería que yo sea prostituta como ella y mi mamá. Le pregunté que si él quería que yo sea pintora. Mientras vayas a la escuela, como quería tu abuela, podés ser lo que quieras ser, me contestó.

El abuelo habla poco, pero pregunta mucho. Pregunta mucho por mi mamá y se le llenan los ojos de tantas lágrimas que tiene que tapárselos con la servilleta. También me pregunta si la abuela estaba enojada con él y yo le digo que no, que ella decía que era el amor de su vida. Y otra vez llora y yo le digo a Elba que mejor le traiga un repasador para no estropear las servilletas.

A veces me aburría un poco porque el abuelo habla poco y pinta mucho; entonces, después de hacer los deberes para que Elba no se enoje, me voy con él a pintar y él me explica cómo tengo que dibujar. Explica con pocas palabras entonces yo le tengo que estar preguntando a cada rato.

Estoy pintando un cuadro de mi abuela, mi abuelo, mi mamá y yo, todos juntos. El abuelo lo mira y llora y se mancha la cara porque se seca con los trapos y en el lugar que pinta todos los trapos tienen pintura. Sos muy llorón, le digo y él me dice que extraña todo lo que no vivió. Es raro, si no lo vivió qué va a extrañar.

Yo extraño de verdad y mucho. A veces me dan ganas de decirle al abuelo que la abuela está viva para que venga a vivir con nosotros; pero se lo prometí y la abuela me dijo que prefería morir antes que yo no le cumpla la promesa. Lo único que me hace llorar más es que mi mamá nunca va a saber que tenía un papá y que la abuela decía la verdad.

(Seud: ANYI)

1945

Dicen que algunas cosas están destinadas a ser.

Me gustaría creer, aunque no fuese así, que nosotros éramos parte del destino del otro, pero este se olvidó de nuestras almas al momento de la creación —o tal vez fue Dios quien nos desamparó—. Sin embargo, el destino, testarudo, se enredó, navegó, encontró la manera de hacernos coincidir cuando el mundo menos lo permitía. Fue ahí donde conocí al amor, al prejuicio, a los miedos mundanos, al más exquisito éxtasis y a los más profundos sentires.

Oh, ¿cómo iba a saber que lo prohibido sería tan fascinante? ¿Acaso soy capaz de prohibirme el pecado que son tus roces? Sí, seguramente nos iremos al infierno, arderemos entre llamas y pesares junto a aquellos que se atrevieron a desear lo indeseable. Pero, cariño, lo sabes: lo haría por una eternidad más si eso significa que estaremos juntos. Si eso garantiza, aunque sea por instantes robados, el derecho a mirarte sin bajar la vista, a pronunciar tu nombre sin disfrazarlo, a sentir que pertenezco a un lugar que inventamos a fuerza de piel.

Elegí ser imprudente, sucumbir ante tus encantos, y el mundo me condenó por ello. El mundo, ese tribunal que dicta a quién amar y a quién no; esa sociedad que me recita, con voz severa, que tu toque no debe corresponderme. ¿Quiénes son

para negarme el temblor que me habita cuando te acercás? Que no me vengan a hablar de amor, de lo correcto, de lo digno o lo decente; yo ya vi lo que sus “decencias” son capaces de hacer cuando se tornan cuchillo. He visto cómo los hombres se bendicen entre sí mientras le prenden fuego a todo lo que no comprenden. Y aun así pretenden enseñarme lo que es el cielo.

¿Qué sabrán ellos? Si procuran vivir en la altura, vestidos de pureza, mientras construyen sus propios infiernos en la tierra, y nos arrastran dentro. Tal vez hablan desde la envidia, tal vez nunca experimentaron lo magnífico que es contar lunares como si fueran estaciones; acaso jamás supieron lo que es arrasar contra tu cuerpo y, en ese choque, inventar un idioma. De seguro ignoran lo exquisito que se vuelve el calor del infierno si sos vos quien me acompaña. Definitivamente no saben nada. No tienen idea de lo hermoso que es verte cuando arde tu interior; cuando mi lengua recorre tu territorio y me engancho a las curvas que juegan con mi cordura, mientras miramos a la luna con ojos oscuros, de eso “prohibido”, pero siempre con una pizca de luz salvándonos del todo.

Son en esos momentos cuando la moral se vuelve ruido lejano y lo correcto, una puerta cerrada que ya no nos importa abrir. Son instantes en los que deseo con todas mis ansias que mi piel se prenda fuego, que todo aquello que no me animo a decir en voz alta –lo que se me ata en el pecho y me ahoga– se convierta en simples cenizas. Si nos amamos, ¿por qué tanto miedo, tanto problema, tanto dedo señalando? Presiento que, entre tanto amor y tanto odio, van a intentar destruirnos. ¿Y qué importan ellos? ¿Qué importa lo que la moral dicta, lo que la sociedad declara desde sus púlpitos? Si sólo existimos nosotros cuando la puerta se cierra y el mundo deja de existir.

A veces me pregunto en qué momento empezamos a mirarnos así, con hambre y con pudor, con sed y con vergüenza. Fue en 1945, cuando todo parecía recién nacido y, sin embargo, estaba agotado. La ciudad todavía olía a carbón húmedo y a promesas en ruinas. Se hablaba de victorias y de paz, pero a nosotros nos tocaba la guerra más pequeña y feroz: la que se libra contra la propia sombra. Nos encontrábamos en esquinas sin nombre, bajo faroles con luz amarillenta que no

alcanzaban a delatarnos. Caminábamos con calma, dos metros de distancia –no por miedo a nosotros, sino al mundo–, y cada paso era una sílaba de una oración que no nos animábamos a rezar en voz alta.

Recuerdo una pensión de paredes verdes, un patio con macetas cansadas y una persiana que se negaba a bajar del todo. Recuerdo tus manos –esa manera de hablar sin palabras– y mi risa torpe intentando despegarse del miedo. Recuerdo que el reloj del living estaba siempre unos minutos adelantado, como si insistiera en expulsarnos antes de tiempo; como si el tiempo fuera enemigo de lo que éramos capaces de ser en la penumbra. También recuerdo cartas que nunca envié: papeles doblados en cuatro, llenos de frases a medio decir, porque el cartero no sabe de secretos y la tinta no entiende que hay amores que, para existir, necesitan silencio.

Fueron meses de inventar rituales: el café demasiado amargo, el cigarrillo que se apagaba en la mitad, la excusa de un libro prestado que iba y venía como si se tratara de una contraseña. Había domingos que dolían desde temprano; el sonido de las campanas me golpeaba el pecho, no por fe sino por memoria: me recordaban que el mundo tenía sus horarios, sus reglas, su manera de decir “esto sí” y “esto no”. Y sin embargo, cuando anochecía, la ciudad se hacía más nuestra. Había calles laterales con olor a pan y a lluvia, y en ese olor nos escondíamos, como si la noche pudiera cubrir con harina nuestra desobediencia.

Si nos amamos, ¿por qué tanto miedo? Porque el miedo también es un hogar cuando te niegan todos los otros. Aprendimos a vivir dentro de él sin que nos devore: a usar su sombra para pasar desapercibidos, a escuchar su respiración y seguir bailando con pasos breves, exactos, seguros. Y aun así, cada tanto, nos permitíamos el desorden. Te ponías mi abrigo; yo tomaba tu gorra. Caminábamos pegados, burlándonos de la costumbre con gestos mínimos, como si el mundo fuera un teatro y nosotros improvisáramos una escena que nadie sabría reconocer.

Así que ven, toma mi mano y bésame. Te invito a olvidar las leyes, la moral patética; dejemos que nuestros pecados hablen por sí solos. Que no nos importe nada y besémonos una vez más, una vez más y otra vez, como si cada beso pudiera reparar el hueso roto de la historia. Porque, amor mío, cambiaría el mundo por vos; cambiaría su mirada, su forma de nombrarnos, lo reescribiría todo para que el amor no sea sinónimo de escondite. Lo cambiaría todo con tal de que ames a quien quieras. No a mí –escuchame bien–, no a mí por obligación ni por destino; porque sé que nuestro amor no debe ser, porque sé que no es nuestro tiempo, porque intuyo que fuimos apenas la prueba general de una obra que algún día subirá a escena sin censura.

Y sin embargo, aun sabiendo todo esto, te amaré hasta mi último latido, hasta mi último respiro. No lo veo de otra manera. Amaré tu manera de apoyar la frente contra el vidrio cuando llueve, tu modo de doblar las mangas como si el mundo fuera una tarea inmediata, tu risa que se esconde en la comisura izquierda. Amaré incluso tu silencio, ese silencio que tanto me duele, porque en él reconozco la valentía de quien sabe que el amor, a veces, se salva callando.

Tal vez un día alguien encuentre, en un cajón polvoriento, una de mis cartas sin enviar. Tal vez lea esas líneas desordenadas y comprenda que el destino, aunque se equivoque, insiste. Quizás ese alguien, muchos años después, ame sin pedir permiso y sin pagar con miedo. Quizás pronuncie tu nombre o el mío sin temblar. Si así fuera, si algo de lo nuestro sirviera para abrir una hendidura de luz en la puerta, entonces todo este incendio habrá valido la pena.

Porque no hay moral que pueda con la verdad de dos cuerpos que se buscan. No hay calendario que dicte la hora exacta del deseo. No hay dios que me niegue la salvación si te abrazo como se abraza a quien se sabe perdido y, aun así, se elige. Y si alguna vez el infierno nos espera, que espere con paciencia; llegaremos juntos, con las manos enlazadas y la frente en alto, a explicarles que el fuego nunca fue castigo cuando ardimos por voluntad propia.

1945 fue el año en que aprendí a nombrar la libertad con la boca entera, a reconocer el precio del amor y a pagarlo sin arrepentimiento. Fue el año en que el mundo creyó haber cambiado y, sin embargo, siguió siendo el mismo para nosotros. Fue el año en que entendí que hay destinos que se escriben con tinta invisible y sólo se revelan cuando los dos, a la vez, cerramos los ojos.

Y aunque sé que no es nuestro tiempo, aunque sé que no debo retenerte, me quedo con esta certeza: te amé con la intensidad de quien no conoce el futuro y, por lo tanto, convierte cada instante en eternidad. Te amé, te amo, y –aunque nos toque el silencio– te llevaré conmigo hasta el último latido, hasta el último respiro. No lo veo de otra manera.

(Seud.: Lacy)

Colectivo

Imaginate estar esperando un colectivo urbano en la ciudad de Córdoba. Un servicio totalmente deficiente. Poca frecuencia. Hacinamiento. Calor. Mal humor. Imaginate que son las cinco de la tarde. Es la hora pico y hay demora. Una manifestación de la Izquierda Unida corta la avenida. Algunos coches se desvían y dejan el tendal de gente plantada. Cuando finalmente para uno, el chófer pega el grito ¡Tengo lugar para diez ¿Para diez? Hay por lo menos veinte personas esperando. Empujan. Un poquito más y entran todos. Arranca. Los pibes del comercial quedan surfeando. Somos vacas, rezonga una. El fondo está vacío. Mentira. Perdón, no quise tocarla, está bien señor, no se preocupe. Se vacía un asiento y una avalancha se esfuerza por hacerse del lugar. El juego de la silla. La señora se siente ganadora. El hombre con mameluco engrasado la mira mal. Ganó porque tiene el culo más grande. Se regodea de su victoria. Saca el celular y se hunde en el asiento. Ya no le importa la transpiración de la chica con guardapolvo ni el olor a porro de los melenudos. Artistas deben ser.

Mira el celular y sonríe. Es una risa pequeña. Como si evitara que se note. Una mueca. La veo sumergirse en la pantalla. Hace un movimiento extraño con el cuerpo. Las pupilas dilatadas. Serpentea de manera sutil. El rubor. Una gota de sudor se escapa por el escote. Los lentes culobotella le agregan años. Parece de sesenta pero no debe pasar los cincuenta y cinco. Patas de gallo. La blusa no la favorece. Flores enormes: margaritas y claveles que se deforman sobre las tetas grandes y caídas. Hay una edad en que las mujeres olvidan la importancia de un buen sujetador.

Imaginate que una frenada nos invita a perder la posición, nos movemos como una máquina: gira uno, se desplaza el otro, es mecánico, armoniosamente caótico. Como ensayado. Buscamos el equilibrio nuevamente. Bajan dos. Suben dos. Hay algo de coreografía teatral en cada viaje. Y están las voces.

El último compás me dejó asomada a la nuca de la blusafloreada. Ignora por completo la mirada de un adolescente escurridizo que busca desesperadamente el descuido. La distracción es su negocio. Desconoce que afuera se avecina una tormenta épica. No le importa la reciente suba del dólar, el aumento de la nafta y los últimos anuncios que hablan de ajuste, ajuste, ajus...ella lee.

Son poemas de Haydar Rivera.

Imaginate que el colectivo casi no avanza. El malhumor es el de siempre. Nos acostumbramos y no. Soñamos con algo diferente. Mañana me gano el Quini y no trabajo más. Me jubilo y no vuelvo a pisar la capital. Consigo un viejo con plata y no me ven la cara. Sugar daddy se dice. Un motorhome para ir hasta Perú. Podemos vender pulseritas trenzadas. Una nueva curva-frenada-bocinazo nos reubica. Me aferro con las uñas al asiento del que estoy apenas agarrada. No quiero naufragar. Una vez estable, observo. Leo. Me ruborizo. Miro hacia los costados segura de estar cometiendo un delito. Vuelvo a leer.

Mis dedos se quedaron ahí

entre tus piernas

Calientes

Vivos

El recuerdo sigue flotando

Un poco

Tan reciente

Tan lejano

El hombre que aterrizó al lado mío después de la última frenada también lee.

en este estrecho misterio

Mi boca se abre

Tu cuerpo ondula

Me penetro más profundamente

en vos con amor

tus músculos se tensan

mis dos dedos trabajan juntos

hacen dúo con mi lengua

quiero que sean para vos

A coro los dos últimos versos.

mi poema perfecto

una sinfonía carnal

Yo vi cómo llevaba su mano a la cintura mientras uno de los melenudos robaba más versos y se los susurraba al oído a la estudiante de administración de empresas que dejó caer sus libros por desabrocharse los botones superiores de la camisa.

abrazo

lengua silenciosa

golosa de agua

cargada de baba promesa

el tumulto y

tus tetas

estremecido

El otro melenudo desenfundó la guitarra.

Tus caderas se levantan

mi lengua se ajusta

Acaricio

presiono

vuelvo

Otra vez

Otra vez

Tu respiración se corta

Las flores de la blusa se tornaron turgentes. Empecé a percibir su perfume en el mismo momento en que el de mameluco se abrió paso para encontrarse con la pantalla.

Quiero ir más lejos

Comerlo todo

Incluso lo que me da miedo

Apretar este placer con mi cabeza

perdida entre tus piernas

seguir así cuando no haya más tiempo

cuando no exista el tiempo

Dejé que se apoyara suavemente sobre mi espalda y sentí su voz dura recitar.

Estoy al borde ahora

Al borde del mundo

Veo luces azules

Estoy en un lugar fuera del mundo

Donde ya no se piensa el placer

porque estoy poseído por él

abro más tus muslos

Un verso llega hasta el fondo deslizándose por los caños,

sorber

el alma

lamiendo

el cuerpo

enroscándose entre los dedos de una anciana que disimuladamente levanta su falda

sorber el alma lamiendo el cuerpo

y del vendedor de seguros que empezó a sentir la tirantez en la entrepierna.

sorber el alma lamiendo el cuerpo

Se mete por las mangas de camisa arremangadas sorber el alma
lamiendo el cuerpo

los escotes ceden

sorber el alma lamiendo el cuerpo

los cinturones, los botones, los elásticos de los pantalones.

sorber el alma lamiendo el cuerpo

sorber el alma lamiendo el cuerpo

las hebillas que sujetan el pelo los broches ingratos

sorber el alma lamiendo el cuerpo

de los corpiños los calzoncillos con lunares

sorber

dos corbatas salen volando por las ventanillas bombachas con lentejuelas, con plumas, con agujeros, encajes desencajados el alma se besan escandalosamente el de la dentadura postiza con la maestra que por primera vez faltará a su trabajo.

lamiendo el cuerpo

Se besan.

lamiendo el cuerpo

Se tocan.

lamiendo el cuerpo

Suben por la botamanga. Trepan furtivos Peroné, rótula, fémur, pelvis.

sorber el alma lamiendo el cuerpo

Como una cosquilla.

Imaginate que el olor de las margaritas se mezcla y se confunde con el de los claveles y el sudor y las naranjas que una señora compró de oferta en la feria y ahora ruedan en sentido norte sur porque la bolsa se abrió y ella dejó caer las frutas maduras. Nadie puede avisarle porque a las lenguas les urge jugar con otras lenguas y ella no puede verlo porque desaforada masturba al hombre que acaba de arrancarse el alzacuellos para ponérselo como vincha y aullar como animal salvaje.

sorber el alma lamiendo el cuerpo

El comisario retirado lo repite como si fuera un secreto beso al oído del colectivo. La frenada brutal sorprende al oficial con su miembro afuera del pantalón. Interrumpe el orgasmo de la vieja profesora de Lengua. Espabila a la señora de blusa floreada y lentes culobotella.

—¡Terminal! —anuncia el conductor alzando la voz mientras abotona su camisa.

Ella apaga el celular y baja.

El melenudo guarda su guitarra. El gerente del Banco Provincia se sube los pantalones. La dueña de las mandarinas intenta juntar la mercadería desparramada por el piso. En silencio descienden acomodándose la ropa. Resoplan. La tormenta se acerca por la autopista del sur. El calor es agobiante y

el hacinamiento en el transporte público es un tema que parece no importarle a nadie.

(Seud. Apolo)

Poema

Con el primer verso dibujó su cintura.

Con el segundo delineó unas piernas firmes sobre las cuales apoyó su mundo.

Ojos gatunos, boca carnosa y ágil.

Pelo tormentoso y un gracioso tatuaje en el muslo izquierdo.

Leyó. Corrigió. Cambió mundo por universo.

Pintó los pies, los tobillos. Fue delicado con las asperezas de los talones.

Manos fuertes para hundirlas en el barro. Amasó sus pechos.

Un lunar.

Tres pecas.

Escribió montañas en el ombligo. Una brisa la despeinó. Rozó la cicatriz de su vientre. Nacieron hijos de las muñecas. Era un poema perfecto. En la cadencia, la mujer se desnudaba y bailaba para él.

Cuello ingrato. Borra. Incierto. Aciago.

Dejó que la lengua sembrara adjetivos sobre el pecho. Un violín desafinado entre las costillas. La recitó a oscuras. De memoria. En la vigilia.

Le dio café.

La nombró para amarla.

Y la cantó mientras la rutina lo llevaba en un colectivo abarrotado de indigestos hombres pequeños con vidas inmundas. La rió cuando entraba a la oficina y se sentaba en la misma silla a la misma hora con la misma taza. Recordó la rima insolente con la que le había dado vida. Y esperó que sean las 18 en punto para correr hasta la habitación donde la había dejado durmiendo.

Editó la luna y la disfrazó de loba salvaje.

Le dio dientes para que mordiera las horas de esa espera.

La cadera es la urgencia. La noche los encontró ahogados en vino.

Cuello insaciable.

Tetas de pan. Fue con esa ocurrencia que ella largó la primera carcajada. Entonces la besó.

La baba fue lengua-gemido en los labios.

Acarició ese cuerpo de palabras que le pertenecía. Mía, mía, mía gritaba mientras bocetaba flores en su sexo y las lamía. Cada tarde, al regresar de su trabajo, agregaba una coma, un punto.

¿Te gusta pezones de sal?

Ella reía y se entregaba a su cuerpo como mar embravecido para que él la poseyera una vez más con su payé.

El lunes llegó tarde al trabajo. El martes llamó para mentir que estaba descompuesto. La bebió y la comió sin llegar a saciarse. Recortó los versos largos, inundó de verbos la hoja.

Respiró.

Lloró

Lamió

Hurgó

Jugó

Sintió

Bailó

Despertó

Mordió

Sangró

En el insomnio cambiaba los pretéritos. Sufría. Se perdía. Navegaba. El jueves cometió un error imperdonable. Escuchó y no escuchó cómo el gerente del área le hablaba de compromiso, responsabilidad, pérdidas y ganancias.

El viernes, ella le pidió que repitiera el macumba de besos.

Lo echaron. Celebraron con sábanas azules de seda donde las letras se hicieron cosquillas escondidas entre las piernas, en las axilas, en la nuca de azúcar.

De miel.

De mandarina.

Se ponía de pésimo humor cuando no encontraba una combinación que lo satisficiera.

Enfermó. Ella se tiró a sus pies a esperar que la volviera a nombrar.

Lo encontraron inconsciente. Ella permaneció inmóvil en la jaula donde la había mantenido protegida de los depredadores textuales.

Él agonizaba en una cama blanca.

Fue una tarde. La luz entraba de lleno por una ventana de persianas rotas. La encegueció. Pensó en él como se piensa en el aire, en la comida, en dios.

¿Realmente estaba pensando? Se sorprendió recordando. Extrañando. Pero lo que realmente la asombraba era saber que era capaz de hacerlo. Tan curioso como imaginar que había algo fuera de ese espacio donde era. Acaso había aprendido a ver su propia existencia.

Él no llegó ni ese día ni el siguiente. La luz duraba un tiempo. Después, la oscuridad y el miedo.

¿Qué era el miedo?

Tenía las marcas de su amor en el cuerpo. Surcos en la piel. Sintió que no podía vivir sin ese aliento.

Descubrió la palabra ausencia. Le dolía en alguna parte de su aliento intangible.

Y dudó.

La luz volvía a irse y ella seguía viva aún sin haber escuchado el ruido de la puerta. Cómo respirar sin su oxígeno.

Salir de esa celda.

Escapar.

En la sala sucia de la terapia intensiva él la pensaba. Aún en la agonía la sentía jadeando dentro suyo. Sabía que estaba viva porque la escuchaba respirar entre dos estrofas.

¿Matarlo?

La libertad era esa luz allá afuera. Su sed.

La ausencia.

El silencio.

El desamor tenía la forma de una llave.

Tanteó y no tocó sus hombros. Le habló y no respondió su risa. Acercó su oído al poema donde ella era y lo sintió vacío. Entonces dejó que la muerte entrara.

De nada sirvió la fuerza que los médicos ejercieron sobre su pecho. Los llantos de los que esperan. El grito de la enfermera se nos va se nos va llamen a la familia.

Lo que nadie puede entender todavía es cómo esa mujer logró atravesar los pasillos del hospital a plena luz del día, con el cabello tormentoso y exhibiendo ese provocativo tatuaje en el muslo izquierdo.

(Seud. Apolo)

Jugada pendiente

Habían pasado dos semanas desde la muerte de su padre, y Tomás seguía en el pueblo. Su madre había fallecido hacía ya varios años, y su hermano ni siquiera apareció para el funeral. Solo un correo breve: “No me pidas que vaya. No puedo.”

A él le tocó todo: llamar al notario, vender los muebles, vaciar los armarios que aún olían a la loción que su papá siempre usó. Clasificó lo que merecía guardarse y dejó el resto para el camión de los desechos. En un sobre, encontró una foto de cuando eran niños, su hermano y él con las piezas de ajedrez de madera que su padre les había tallado.

Esa noche, después de acomodar cajas hasta que su espalda le recordó que tenía casi cincuenta años, salió a caminar sin rumbo. El pueblo estaba en calma, como si también él hubiera muerto un poco. En una callejuela sin luz, vio la puerta entreabierta de una vieja taberna que creía cerrada desde hacía años. Entró.

Adentro, el ambiente era cálido, tenue. Había un par de parroquianos dispersos en silencio, una lámpara que llenaba de luz amarilla la barra, y al fondo, una mujer sentada sola ante un tablero de ajedrez. No jugaba. Solo lo observaba.

Él pidió un whisky sin hielo. Luego otro. Cuando quiso marcharse, sintió que algo lo retenía. Miró hacia la mujer. Ella no dijo nada, pero sus ojos lo llamaban.

Pálidos, casi incoloros. Su piel, blanca como los huesos, parecía que absorbía la luz del lugar. Había una quietud latente en ella, como si llevara siglos esperando.

No se atrevió a acercarse.

Salió.

Volvió al día siguiente.

No tenía por qué hacerlo, pero lo hizo. Y allí estaba ella, en la misma mesa, con las piezas acomodadas para una partida. Esta vez, sin pensarlo demasiado, se sentó frente a ella.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó.

Ella asintió con lentitud.

—A usted.

Tomás rio, incómodo. Supuso que era una broma. Pero cuando ella extendió el brazo y movió un peón a e4, él, casi sin pensarlo, respondió con c5.

Jugaron en silencio durante varios minutos. A cada movimiento, algo vibraba en el aire, como si el tiempo se ajustara ligeramente, como si un recuerdo se borrara o se desdibujara para dejar sitio a una versión nueva.

En la jugada doce, un recuerdo lo golpeó con fuerza: su padre —quien nunca supo jugar ajedrez— enseñándole a su hermano a mover el caballo. Él, en cambio, mirando desde la puerta. ¿Eso fue así? Siempre había creído que fue al revés.

—Cada jugada cambia algo —dijo la mujer, sin levantar la vista.

Tomás no respondió. Siguió jugando. En la jugada veinte, ya no recordaba si su madre murió de un infarto o si estuvo meses en cama. En la jugada veintisiete, se preguntó si alguna vez había amado de verdad a su esposa. Sintió un leve mareo. No era el whisky, esa copa la había dejado intacta. Era otra cosa. Un zumbido persistente, como si su memoria estuviera afinándose.

—¿Quién es usted? —preguntó de pronto.

La mujer sonrió apenas.

—Estoy aquí para recordarle lo que olvidó. O para que olvide lo que no debía recordar.

Él tragó saliva. El reloj de la pared se había detenido. Nadie más en la taberna parecía moverse. Como si el tiempo se hubiera quedado sentado a mirar la partida.

—¿Qué pasa si gano?

—Puede corregir un error. Solo uno.

—¿Y si pierdo?

—No habrá más errores. Ni recuerdos. Ni usted.

Tomás se quedó mirando el tablero. En su adolescencia había amado el ajedrez: su orden, su lógica. Lo dejó cuando la vida empezó a parecerse demasiado a una partida mal jugada. Su hermano lo había vencido siempre. A veces con trampas. A veces con talento.

La mujer jugaba con frialdad implacable. No atacaba: empujaba, obligaba, contenía. Su juego era como una marea: silenciosa, inevitable.

En la jugada treinta y seis, Tomás sacrificó un alfil. Inmediatamente, una sensación desapareció: la culpa por no haber estado con su madre en sus últimos días. Ya no recordaba la última conversación con ella. En su lugar, un silencio amable ocupaba el espacio. En la jugada cuarenta y uno, su hermano ya no era un recuerdo hostil, sino una ausencia limpia. Como si nunca se hubieran peleado. Como si, simplemente, se hubieran dejado de ver. Pero Tomás sabía que algo no cuadraba. Que la limpieza venía con un precio.

—¿Por qué hace esto?

La mujer no respondió. Avanzó la torre con gesto definitivo. Tomás sintió una punzada en el pecho. No dolor físico. Más bien, una ausencia. Su hija. ¿Tenía una hija? Por un segundo, recordó un dibujo infantil pegado al refrigerador. Luego nada.

Miró el tablero. Quedaban pocas piezas. Pocas opciones. Era su turno.

Pensó en su padre. En los años de distancia. En el silencio largo entre ambos. En la carta que encontró, sin abrir, en la caja del armario.

Jugó.

La mujer levantó la mirada por primera vez desde que empezaron.

—Pues bien, ha ganado.

Tomás no dijo nada. Le temblaban los dedos. No sabía qué había hecho exactamente, pero la posición estaba clara: jaque mate en tres. Irrefutable.

—Tiene derecho a una sola corrección. Una jugada que reescriba un momento. Elija bien.

La taberna parecía desvanecerse poco a poco, como un escenario apagado. La lámpara sobre la barra chisporroteó. Tomás cerró los ojos. No pensó en su madre. Ni en su hija. Pensó en su hermano, de pie frente al ataúd del padre, con los ojos húmedos, el orgullo hecho pedazos.

Abrió los ojos.

Despertó al día siguiente en el sofá desvencijado de la sala. La luz del sol entraba por las ventanas abiertas, y sobre la mesa del comedor, una carta con un puñado de fotos viejas.

Entre ellas, una en particular: él y su hermano, sentados frente a un tablero de ajedrez. Ambos sonriendo. Su padre detrás, con la mano sobre sus hombros.

Sonó el timbre. Abrió la puerta.

—¿Y esa cara? —dijo su hermano, cargando una bolsa de pan—. ¿No ibas a hacer café?

Tomás no respondió.

Solo lo abrazó.

(Seud. B.R. O’Kane)

El juego de té

¿Quién habrá sido aquella mujer vestida de oscuridad a la hora de la siesta?

Fue un viaje largo, larguísimo. Quizás demasiado para automóvil de Papá. Nuestro destino era un hotel de turismo sindical en las sierras donde recibiríamos el año nuevo, pero al cruzar un pueblo de casas bajas y calles polvorientas el motor se rindió alzando no las manos sino una nube de vapor. “Hay que esperar que enfríe, don. Después cambiamos la manguera y sigue viaje”. Papá se resignó a la demora con la templanza y el buen humor que siempre enarboló como

estandarte de batalla ante el viento de frente. El sol caía vertical sobre nosotros. Nos refugiábamos debajo de cada árbol, de cada alero, de cada cornisa por pequeña que fuera como bajo un refugio bendito, como una tregua de misericordia. Masticábamos el aire en cada aspiración. “Siete meses que no llueve”, advirtió el mecánico para invalidar nuestros rezongos de forasteros impacientes. El histérico clamor de las chicharras saturaba el silencio, quizás para impedirle a los habitantes del pueblo ampararse en la paz del sueño. “Acá, en Córdoba, a las chicharras se les llama coyuyos”, comentó Papá para apaciguar la neurastenia de mi madre. Consiguió lo contrario. “El hotel tiene piscina”, agregó para compensar los males del presente con futuras dichas. Magda se apartó de nosotros para caminar por la calle dormida. Yo seguí su estela con la obligación que toda hermana mayor siente de cuidar a la menor de sus propias imprudencias y, llegado el caso, de notificar sus travesuras. Por entonces Magda contaba siete años; yo doce recién cumplidos. “No se alejen. Enseguida nos vamos”, recomendó Mamá con un tono que traslucía decepción simulando esperanza. La tierra reseca amortiguaba nuestros pasos y las suelas de nuestros zapatos imprimían huellas lunares que ningún viento borraba. De pronto, Magda se detuvo y yo alcé la palma abierta de mi mano sobre mis ojos para mirar hacia donde ella miraba. Entonces la vi. ¿Quién habrá sido aquella mujer vestida de oscuridad a la hora de la siesta? Una anciana pequeña y delgada como una vara de mimbre, de cabellos cenicientos y rostro arañado por el tiempo, nos llamó con su mano áspera y nudosa. Magda y yo cruzamos la calle sin veredas y llegamos hasta el jardín frente de su casa. Las paredes de cal reverberaban la luz impiadosa de la tarde. La vieja nos esperó de pie frente a la verja, sobre un caminito de lajas que cruzaba el pasto sediento. A un costado, recostada sobre la tapia, sobrevivía una planta de malvón con hojas menos verdes que castañas. Al acercarnos la vieja nos recibió con una sonrisa y con un gesto mudo nos pidió que la aguardásemos. Entró y salió de la casa con infantil entusiasmo trayendo en sus manos una antigua lata de bizcochos de colores desteñidos y algo abollada. Nos sentamos en un banco de cemento. Delante de nuestra curiosidad, sobre un taburete de madera, la mujer apoyó la lata y abrió su tapa. La intermitente sombra de un ficus nos resguardó del

castigo. Una a una extrajo las piezas de su loza de niñas. Dos platillos tan delgados y translúcidos como sus pupilas, dos tacitas de té con dibujos de flores y mariposas, una azucarera sin tapa, una tetera panzona y dos cucharitas de un metal grisáceo y opaco que alguna vez fue plata, pero que en aquella tarde solamente era vejez. La caja de bizcochos guardaba, también, dos servilletas de encaje que la anciana colocó una frente a Madga y la otra frente a ella. Con británica elegancia sirvió el imaginario té y luego revolvió la supuesta azúcar en ambas tacitas. Magda interpretó aquel juego con la seriedad que sólo los juegos admiten. Con dos sorbos bebió su té y luego fue ella quien repitió la ceremonia sirviéndole a la vieja con idénticos temblores en su pulso. “Así jugaba yo con mi hermanita”, murmuró aquella mujer, quien al terminar el convite guardó la loza en la lata, acomodándola en un lecho de arena fina o de un polvillo difuso para que se afirmaran a él sin golpearse entre sí. Cerró la tapa como despidiéndose de un ser querido y, en un gesto inesperado, le ofreció de regalo a Madga su lata de bizcochos. Antes de tomarla, mi hermana me miró como quien pide autorización para la dicha. Seguramente entendió mi asombro como como un asentimiento, de la misma manera que yo entendí su sonrisa como el perfecto reflejo de la felicidad. La anciana nos despidió con una sonrisa tan frágil y amarillenta como las servilletas de encaje que cubrían la loza. Nuestra marcha se reanudó al atardecer. Arribamos al hotel en la alta noche, quizás en la madrugada. No puedo precisarlo porque dormía profundamente en el asiento trasero. A mi lado Magda también dormía, abrazada a su lata de bizcochos. Así comenzó nuestro verano modesto y feliz de 1959.

¿Cuál sería su historia? ¿Cuál sería su nombre? Imposible saberlo. Recuerdo que Madga la bautizó como “la señora”, con la precisión y brevedad con la que los niños definen lo desconocido. Así la llamaba cuando, para amenizar sus chismorreos, les servía el té a sus amigas imaginarias en las lluviosas tardes del invierno. Lo hacía repitiendo la fórmula aprendida al amparo efímero del ficus; disponiendo las servilletas como manteles, sujetando la tapa de la tetera panzona con dos dedos de su manita y revolviendo con finura las dos cucharaditas de azúcar que volcaba en cada tacita. En algunas oportunidades tuve la suerte de

recibir su invitación más como amiga que como hermana; sobre todo, cuando necesitaba confesarme su enfado en contra de aquellas compañeras del colegio que la marginaban en los recreos por ser la más callada, o la mejor alumna, o la más bonita.

El tiempo pasó, inexorable según su costumbre, y con él pasó nuestra infancia. Una tarde o una noche (no recuerdo o pretendo no recordar cuándo) ambas perdimos la inocencia, cada una por separado y en su momento. Entonces, aquel juego de té dejó de participar en nuestras tertulias infantiles para ocupar el sitio de honor en una repisa de la casa de recién casada de Madga. Luego el tiempo pasó, cruel para estar a la moda, y las hogueras de la violencia devoraron los restos de nuestra inocencia... y la de todos. Un día nos miramos al espejo y no reconocimos el rostro que reflejaba. O quizás demoramos en aceptar que aquella era la patética realidad que siempre nos empeñamos en negar. Así fue que, durante demasiados años, tanto mi hermana como yo (como todos) envejecimos sin crecer.

Magda partió para no volver en el maldito invierno de la pandemia. No me dejaron visitarla en su casa ni acompañarla en la clínica en donde la internaron. Ni siquiera permitieron que la despidiera. Murió en un día o una noche de infamias. Sola, como nadie debe morir. Lloré su destino como si anticipara mi propio fin, pero la locura y la estupidez se agotaron antes de que se secaran mis lágrimas. Una tarde de sol tibio, Ana María, mi hija mayor, con lágrimas en los ojos me entregó las cenizas de Magda en una tosca cajita de madera que retiró del cementerio municipal. En un papel pegado en la tapa figuraba su nombre y una fecha tal vez arbitraria. “Vos sabrás... Digo, eh... Bueno, vos sabrás qué hacer con ella”, susurró antes de partir. Asentí sin mirarla a los ojos. Cuatro meses más tarde, Ana María recibió de su primo un poder notarial por correo y un mensaje por WhatsApp. “Debido al trabajo no puedo alejarme de Barcelona. Envío una autorización por correo para que vendas la casa y los muebles. Envíame los dólares cuando puedas. Besos”. Ese acento en el “envíame” fue la clave para confirmar que mi sobrino había cortado definitivamente las amarras con su lengua, con su país y con su familia. Mi hija guardó algunos recuerdos de su tía: una

lámpara de *vitraux*, un recetario de repostería, el collar de (falsas) perlas que le regalé para su cumpleaños. Yo sólo pedí que rescatara la lata de bizcochos con el juego de té.

Algunos objetos son costosos, pero, por suerte, pueden obtenerse con dinero. Otros objetos, en cambio, son tan valiosos que ninguna fortuna alcanza para comprarlos. Son aquellos que nos regresan a una infancia lejana y feliz, o nos devuelven una ilusión marchita, o nos recuerdan una mirada de amor. Aquellas tacitas agrietadas como mi piel, aquella tetera panzona, aquella azucarera descabezada fueron siempre, para mí, la imagen de la felicidad de mi hermanita de siete años.

Poco a poco, el tiempo nos desliza por una pendiente en la que ya no somos dueñas de nuestro futuro; sólo poseemos el pasado; lo poco o lo mucho que nos queda de él. “Mamá, ya no podés vivir sola, y en esa casa tan grande y tan vieja, y en ese barrio que se ha vuelto peligroso. Con Pepe te alquilamos un departamento cerca del nuestro. Una inmobiliaria tiene en venta la casa. Será lo mejor para vos. El fin de semana te ayudo a preparar la mudanza”. No discutí con mi hija, de nada valía hacerlo. Cuando la sangre comienza a secarse en nuestras venas somos como las hojas del otoño: caprichos del viento, sin armas ni fuerzas para oponernos al destino que nos imponen.

La cordialidad del martillero es tan falsa como una moneda de cartón. Recorre la casa que alguna vez fue de mis padres y que ahora me cobija junto a mis fantasmas. Señala la amplitud de los ambientes y las nobles maderas y los pulidos mosaicos. Oculta los moretones de humedad y el rumoroso estertor de las cañerías. La joven pareja que atiende sus mentiras lo revisa todo con el ceño fruncido, calculando los costos para remodelar la cocina y el baño; y para convertir mi jardín en una cochera de cemento. Cuando cruzan la puerta que lleva al patio y a la parra, su pequeña hija permanece junto a mí. La sala dormita en penumbras. La niña me observa con la curiosidad propia de quienes, recién llegados a la vida, enfrentan a quienes estamos próximos a partir. Entonces la llamo con un gesto de mi mano. No le teme a mi piel de pergamino ajado ni a mis nudillos deformes. Se

sienta en sillón de pana mientras yo me dispongo a repetir, con paciencia oriental, el ingenuo rito del té. Le sirvo a ella en su tacita como aquella mujer vestida de tristeza (¿cuál habrá sido su nombre, su historia, su destino?) le sirvió el té a mi hermana en la siesta pueblerina. Nuestra charla es breve. Descubro que se llama Zoe (nunca entenderé los nombres modernos) y que pronto recibirá a un hermanito y que le gusta el mar en el verano. Me dice, también, que juega a las visitas con Iara y María Pía, sus dos amiguitas del jardín. “Así jugaba yo con mi hermanita”, repito palabras quizás olvidadas. Al terminar (¡qué fugaces son las alegrías de niños y viejos!) acomodo las tazas y los platillos dentro de la caja de lata sobre el polvo cálido y gris que las protege de los golpes, cubiertos por la única servilleta de encaje que sobrevivió a tantas reuniones entre amigas reales e imaginarias. Antes de partir, le obsequio a Zoe el juego de té. Ella, con sus ojitos desmesuradamente abiertos, implora a su madre el permiso para tomarla. “Gracias, se dice”, indica su madre. La niña no contesta, su timidez la enmudece, pero acaricia mi alma con una sonrisita de leche. La saludo desde la puerta agitando mi mano.

Alguna vez, seguramente, se preguntará cuál habrá sido mi nombre y mi historia. Me entristece el convencimiento de que nunca lo sabrá, pero me alegra que en esta tarde se lleva, aferrada bajo sus bracitos de inocencia y ternura, la vieja lata de bizcochos y las tacitas de té... y con ellas, la sonrisa de Magda.

(Seud.: Aníbal Molinero)

El macho Amarante

Este relato ficcional está basado en anécdotas reales contadas por mi abuelo.

Las vigas del escenario del Club Atlético y Social General Belgrano crujen, mientras Gerardo Cascella zapatea nerviosamente acompasando su diatriba.

En un arrebató que lo llevará a las páginas de la historia del pueblo, ha saltado sobre la tarima que hasta hace unos minutos era sede del ensayo de la orquesta de tangos La Buena Estrella, y descarga su fervor contra el comisario Amarante y sus subordinados.

Cascella grita porque es amigo. Grita para ganar tiempo y porque ha bebido de más, jugando al mus en una de las mesas clandestinas del salón del fondo.

Mientras tanto, yo me lleno de mugre en el reducto de abajo del escenario, que en otros tiempos supo ser vestidor y depósito, y ahora es hogar de lauchas y otras alimañas. Transpiro y aguanto, cagado en las patas, esperando el momento de huir, una vez más.

—Veinte años de luchas, sin cansancios y sin renunciamentos, por el imperio de la verdad, de la justicia y de la libertad— se desgañota Cascella, aprovechando la ocasión para lucir sus dotes de orador y amigo gaucho. Le patinan las “eses”, pero me defiende con un fervor que emociona.

Diez minutos antes, nos jugábamos el sueldo de tipógrafos en un partido de mus clandestino. Y veníamos bien, hasta que el gordito Montefiore apareció jadeando en el marco de la puerta y anunció con voz entrecortada que venía el comisario, que rajáramos como pudiéramos y que sea lo que Dios quiera.

Y así lo hicimos. Como ratas por tirante nos esparcimos en todas direcciones. Algunos alcanzaron a saltar el paredón que da al baldío de al lado. Otros se escabulleron por el ventiluz del baño. Pero yo, excedido en peso y medio borracho, sólo atiné a subirme al escenario y hacerme pasar por el director de la orquesta, que por esos días carecía de liderazgo y ensayaba una resbalosa versión de “La Cachila”, de Eduardo Arolas.

Los músicos, a pesar del cagaso, no podían contener la risa. Yo me esmeraba por marcar el tempo cuando en el segundo posterior al “chan chán” del final, escuché el vozarrón del comisario que me decía:

—Echalecu, dejá de hacerte el payaso. ¡Date vuelta!

Y elevando la voz, con expresión militar, me espetó:

—¡Sé hombre, carajo!

Giré tan lentamente, que alcancé a ver el rostro del guitarrista, que me miraba con expresión de velorio y el pianista que cerraba los ojos como dedicando una última oración en mi memoria.

Empapado de pies a cabeza, vi a Amarante de pie, en medio de la pista de baile, ahora desierta. Y a cuatro o cinco miliquitos que lo secundaban.

—¿Desde cuándo sos músico, Echalecu?—se burló el comisario, mientras avanzaba a paso lento y firme hacia el escenario.

No atiné a responder. Lo miré atónito, con los brazos en alto, que habían quedado en esa posición congelando el último compás del tango y ahora permanecían inmóviles, por la amenaza policial.

Amarante hizo una seña y un milico, con ademán de chupamedias, le alcanzó un ejemplar del periódico en el que yo trabajaba. Avanzó un poco más y con el índice me señaló una nota de opinión firmada por mí.

—¿Me querés explicar qué es esto que publicaste en el diario?

De un manotazo, hizo un bollo con el periódico, lo tiró al piso, lo pisó con su bota, me clavó su mirada de pocos amigos y nuevamente se burló:

—¿Dónde aprendiste a ser tan desobediente, che?

Por mi mente empezaron a presentarse posibles respuestas, como en un concurso; pero me parecían una menos conveniente que la otra... por lo que una vez más enmudecí.

¿Qué podía decirle? ¿Hablarle de mi derecho a expresarme libremente?
¿Contarle que en realidad yo no había querido ser periodista, que lo que a mí me gustaba era ser tipógrafo? ¿Narrarle mi historia de cuando era un muchacho 3 desocupado de 12 años, allá por 1912, y me la pasaba constantemente mirando cómo se imprimía el diario “El Imparcial” de Azul, porque me llamaba la atención el abanico de la impresora? ¿Decirle que ahí me enseñaron el oficio de tipógrafo y que después, gracias a eso, anduve laburando por los diarios de casi toda la provincia de Buenos Aires? ¿Cómo responder a su pregunta, si jamás me había puesto yo mismo a pensar cómo fue que me volví periodista? ¿Cuándo fue? ¿Dónde? ¿Habría sido en Tres Arroyos, cuando vi cómo ultimaban a balazos al director del Diario Del Pueblo, el señor Bozas Urrutia? ¿O después, cuando apareció la Linotipo, y mi oficio dejó de ser imprescindible, y me vi en la obligación de asumir la redacción, para no perder el sueldo?

Habían pasado años desde que había empezado en “El Imparcial” y había visto pasar mucha agua por debajo del puente. Estuve preso en varias ocasiones, por cuestiones políticas, y me veía venir una nueva detención. Pero esta vez era diferente: ahora estaba casado y con tres hijos. Ir en cana iba a ser una tragedia familiar.

Lo miré un segundo más y estaba a punto de ofrecerle publicar una nota retractándome en la próxima edición, cuando Amarante me increpó.

—No me gusta lo que escribiste, Echalecu. Es cierto, ¿sabés? Todo lo que decís ahí es verdad. Pero a partir de ahora, si querés publicar una sola letra, vas a tener que venir y pedirme permiso a mí, ¿me oíste?

En un acto de inconsciencia total, sin ser dueño de mis gestos, sin poder dominar lo que hacía, meneé la cabeza diciendo que no.

Amarante se puso colorado de furia y empezó a bufar como un toro en celo. Los ojos se le inyectaron de sangre, escupió con rabia el piso y avanzó.

Con estupor, vi que se llevaba la mano a la bragueta y desprendía los botones. ¿Qué hace?, me dije aterrado. ¿Está loco?

Me temblaban las pantorrillas. Nunca en la vida había sentido algo igual.

El comisario dio unos pasos más y se paró junto al borde del escenario. Con la mano en su bragueta, me miró asquerosamente y sonrió. Yo le clavé la mirada en sus ojos, intentando evitar por cualquier medio bajar la vista y dar cuenta de lo que estaba pasando.

En un ademán que parecía ensayado, Amarante sacó su aparato reproductor y lo apoyó sobre el borde del escenario.

Instintivamente bajé la vista y con desesperación volví a mirarlo a los ojos.

Transpirando como gorrión adentro de un caño, le pregunté:

—¿Qué hacés, carajo?

Me miró con sorna, mientras comenzaba a golpear su miembro sobre el escenario y gritaba:

—¡Te doy 24 horas para levantar tus cuatro trapos y rajarte de acá! ¿Queda claro? ¡Porque yo soy “El macho Amarante”!

En principio, sentí alivio. Pero después, la idea me aterró.

Otra vez levantar todo, empezar de nuevo, buscar trabajo, pedir ayuda a los suegros, subir la familia a un tren y huir. ¿A dónde esta vez? ¿Con qué cara llegaría a mi casa y le diría a Isabel que nuevamente había que salir rajando porque si no iría preso? Era demasiado y yo ya estaba empezando a cansarme de todo eso. ¿Otra vez bajar la cabeza frente al caudillo de turno y bancarme el calabozo, el hambre o el destierro? ¿Otra vez?

Amarante me miraba con sorna, esperando la rendición. Su aparato reproductor todavía estaba apoyado a centímetros de mis pies, cuando vi que Cascella me

hacía señas, agitando los brazos con desesperación, indicándome la trampa del escenario.

Entendí su plan inmediatamente.

El tiempo se había detenido en ese instante en que debía decidir si ceder ante la amenaza del comisario corrupto o armarme de una pequeña, íntima, porción de dignidad y defender, una vez más, mi derecho a publicar lo que pienso.

Nuestras miradas se fulminaban en un duelo silencioso cuando tomé la decisión.

Levanté mi pie derecho y le clavé un rotundo zapatazo en el órgano viril, que con orgullo embanderaba su amenaza, y saqué la tapa de la trampa del escenario, cayendo a tres metros hasta el piso mugriento del sótano, que en otros tiempos supo ser vestidor para artistas y depósito de mercadería. Volví a poner la tapa y 5 me quedé a ciegas, en la oscuridad de aquel recinto lleno de bicharracos, mientras escuchaba el despelote que se desataba, con Gerardo Cascella a la cabeza, que tomó el palco y empezó a recitar un fervoroso discurso en mi defensa.

Cuando empezaron a sonar los disparos, el gordito Montefiore abrió una puerta del sótano que daba al patio trasero. Antes de salir, escuché a Cascella en su gloria, sentenciando, con la voz resquebrajada por la emoción:

—¡Estoy seguro que este soldado de la democracia volverá a empuñar pronto la péñola para hacerla crujir sobre el albo papel, volcando en él todo su coraje, todo su corazón y toda su alma de catedrático de la libertad!

Un nuevo disparo cortó el aire.

Cascella, radical de los de Alem como yo, recibía el balazo. En el aire, antes de que se escuchara el golpe seco de su cuerpo herido en el piso del escenario, resonó su última frase:

—¡Que se rompa, pero que no se doble! Un silencio espectral invadió el salón.

El gordito Montefiore me agarró del brazo y me tironeó, arrancándome de la escena, sacándome de mi estupor.

Sin pensar, con el corazón latiendo a toda velocidad, empapado de miedo y de rabia, corrí por el patio trasero y subí a un coche que me llevó a mi casa y me esperó en la puerta los pocos minutos que necesité para levantar a Isabel, los chicos, cuatro trapos y rajar del pueblo, para no volver nunca más.

(Seud.: Border)

Una obra inconclusa de Martín Lasky

La quinta era propiedad de mi hermano, una casa de dos pisos en medio de la nada con un extenso parque alrededor. Por aquel entonces él acababa de comprarla, vaya uno a saber con qué dinero, y me propuso que fuéramos en verano con nuestras familias. Yo no pude decirle que no, no *pude* en el sentido más estricto del verbo. Así que a principios de enero llegamos a la quinta y enseguida nos adaptamos a una vida monótona, incluso más monótona y aburrida de lo habitual. Recuerdo que nos levantábamos siempre tarde, pasábamos el día en la pileta y cenábamos asado. Los chicos no hacían otra cosa que correr y gritar por todas partes, los adultos sosteníamos conversaciones que no trascendían la más burda cotidianeidad. Hablábamos del clima, de la comida y de los propios chicos. Parecía que no teníamos problemas ni ambiciones, parecía que nunca iba a pasarnos nada.

Hasta que una noche, que podía haber sido cualquier noche –porque en esa quinta las noches eran todas iguales–, cuatro asaltantes entraron mientras dormíamos, subieron a la planta alta y nos sacaron de las habitaciones a punta de pistola. Uno de ellos, no importa cuál, me agarró del brazo con violencia y me apartó mientras obligaba a los demás a que bajaran y se metieran en el living. Todos se precipitaron a la sala sin protestar –incluso los nenes, de golpe muy calladitos–y fueron encerrados bajo llave, llave que por algún motivo los asaltantes tenían. Luego, me exigieron que les indicara dónde estaban los dólares.

Y acá voy a hacer un alto. ¿Cómo sabían que había dólares? ¿Y por qué me agarraron justo a mí? Y sobre todo, ¿cómo mi hermano, siendo el anfitrión, el mayor de los dos, el héroe de esta historia, con esa fama de valiente que hoy en día muchos le adjudican, no se ofreció a guiarlos en mi lugar? No voy a hablar del vínculo fraterno porque, para variar, estaba poco desarrollado. No obstante, siempre creí que ser hermano mayor suponía una actitud protectora. Pero nada de eso importaba, eso está claro; todo fuera por forzar la historia hacia donde el “iluminado” de Martín Lasky tuviera ganas.

Lasky, ya me voy a ocupar de él.

Los cuatro asaltantes –y no me tomo el trabajo de diferenciarlos porque eran los cuatro iguales, así como mi hermano y yo éramos iguales y lo mismo nuestras mujeres e hijos entre sí– fueron sustrayendo el dinero de cada uno de los rincones que yo iba señalando, porque de pronto yo parecía conocer dónde escondía cada uno la plata y me mostraba presto a colaborar, lo que podría haber hecho creer a algún mal pensado que yo era cómplice del robo. Para colmo los dólares estaban repartidos en los escondites más insólitos, así que fuimos no sólo a las habitaciones de arriba sino también a los dos baños, a la cocina y a un cuartito vacío ubicado abajo, junto al living. Esta disposición la estoy ordenando ahora mismo en mi cabeza, pero en su momento era bastante confusa; las referencias izquierda/derecha y arriba/abajo no eran lo que se dice unívocas y por momentos parecía que los asaltantes y yo nos teletransportábamos. Aparecíamos arriba sin haber subido o nos metíamos en un baño en el lugar exacto donde debía estar la cocina. Una vez que embolsaron la plata, uno de ellos sugirió llevarme de rehén por si alguien llamaba a la policía. Una cosa de no creer; además de poner en peligro mi vida, el razonamiento era completamente estúpido: en aquel lugar no había comisaría cerca, no había de hecho nada cerca y encima mi familia estaba encerrada en un living sin teléfono –ni teléfono de línea ni teléfonos celulares, porque éramos una familia del siglo XXI pero con usos tecnológicos del medioevo–. Lo más lógico habría sido que me encerraran junto al resto o bien que me dejaran maniatado. De hecho, eso es lo que se hace en cualquier asalto, porque en el tiempo que uno tarda en desatarse los asaltantes ya se escaparon. Les quise explicar algo de esto pero no dije nada, no *pude* decir nada. Uno no puede hablar cada vez que tiene ganas, simplemente no se puede. Así que me llevaron de rehén.

Salimos de la quinta con total naturalidad –tan previsor era mi hermano que no tenía un casero ni un sistema de alarma– y caminamos hasta un auto rojo. Al verlo estacionado, se me ocurrió que ahí podía haber un cómplice ahí adentro, alguien oficiando de campana. Pero no. Los asaltantes eran solo cuatro, los cuatro que habían entrado a robar, aun cuando lo más inteligente hubiera sido que

entraran tres y dejaran a uno afuera por cualquier imprevisto. Me subieron al auto y arrancamos. Dos de ellos iban adelante y los otros dos atrás conmigo. Algo que me descolocó –uno nunca pierde la fe en la coherencia– fue que yo subí primero y todos entramos a la parte de atrás por la misma puerta, pero de pronto aparecí sentado en el medio. Durante el trayecto, los asaltantes me hostigaron de mil maneras. Todavía me estremezco al recordar cómo uno me apuntó a la cabeza y jugando a presionar el gatillo me preguntó “qué se siente estar a medio centímetro de la muerte”; una frase de lo más trivial, pero cuando uno se encuentra “a medio centímetro de la muerte” la estética pasa a un segundo plano. Yo tardé en contestar y creo que al final no dije nada, sólo pensaba en sobrevivir, trataba de convencerme de que no había motivo para que muriera, de que era absurdo eliminarme. En cualquier caso, el viaje ya llegaba a su fin. De golpe un patrullero nos interceptó y sobrevino una confusa sucesión de tiroteos y amenazas entre los policías y los asaltantes, donde otra vez no era claro quién estaba afuera y quién adentro de nuestro auto, a quién baleaban y quién estaba ileso, porque la vocación de realismo en Martín Lasky vale bastante menos que el esfuerzo de encauzar una descripción. El caso del asaltante que manejaba el auto fue paradigmático: la policía le dio un balazo en la frente, no obstante un rato después estaba tirado en el cemento y se agarraba el pecho con dolor. Los ángulos de los disparos, debo decir, no habrían resistido la más elemental prueba de balística –se ve que Martín Lasky no es perito, ni asaltante, ni rehén, ni padre de familia; para mal de todos, ni siquiera merece el rótulo de escritor–. Ocurrió entonces que, contra mi voluntad, me bajé del auto sin que nadie me lo impidiera y me alejé corriendo. Era evidente el riesgo que eso representaba, pero no pude elegir. Y cuando ya estaba casi a salvo, una bala me dio en la espalda. En un segundo cerré los ojos y me desplomé sobre el piso de tierra –la conversión de cemento en tierra se ve que es parte de la alquimia del monigote de Martín Lasky–.

No quiero hacer melodrama, ser un personaje literario no es fácil; nunca se sabe exactamente cómo uno llega a los libros ni lo que nos espera después, y debemos conformarnos con conocer el nombre de nuestro creador y con poder hacer todo lo que no contradiga sus lineamientos –aun cuando estos, como en el

caso de Martín Lasky, se contradigan entre sí—. Muchos de nosotros tenemos la función de morir o de sufrir daños irreparables en pos de un objetivo tan módico como el desarrollo de la trama. No obstante —Martín Lasky me hacía decir “no obstante” todo el tiempo, es una manía hasta cuando pienso— creo que para beneficio de la trama tendría que haberse sacrificado a otro: mi cuñada, por ejemplo, o alguno de mis sobrinos. No tengo nada contra ellos, pero dado que el sentido de esa desgracia era desatar la ira de mi hermano, el protagonista de la historia, lo más lógico habría sido finiquitar a uno de ellos y no a mí, su hermano menor por el que ni siquiera había intercedido cuando me tomaron de rehén en la quinta. Pero se ve que Martín Lasky no pensaba de ese modo. Lo que no puedo entender, en cualquier caso, es por qué no hizo que la bala me matara. Y mientras recuerdo esa escena, porque otra cosa no puedo hacer postrado como estoy en esta cama, me sigo preguntando qué necesidad había de dejarme vivo y cuadripléjico.

Los asaltantes, finalmente, vencieron a la policía con el aceptable saldo de un muerto y se dieron a la fuga. Dejaron, eso sí, el cadáver de su cómplice ahí tirado, permitiendo que los rastrearán luego. El resto de la historia es un dilema moral que cualquier escritor que hubiera oído hablar de la economía del lenguaje habría resuelto en dos párrafos. Pero Martín Lasky gusta de lo prolífico.

Todas las mañanas que siguieron al tiroteo, durante quién sabe cuánto tiempo, mi mujer entraría a mi habitación con el diario a leerme alguna noticia policial vinculada a las hazañas de mi hermano, que buscaba a los asaltantes para matarlos al mismo tiempo que la policía iba detrás suyo para evitar la justicia por mano propia. Yo la escuchaba leerme sobre la orden de captura en contra de mi hermano, sobre los falsos rumores de su muerte, sobre el enfrentamiento en el que casi mata a uno de los asaltantes —justo él, que nunca en su vida agarró un arma y que hasta hace poco se asustaba por cualquier cosa—, sobre las sectas que lo habían convertido en un héroe nacional. Yo ya estaba harto de las noticias y le dije a mi mujer que hiciera venir al médico que me había atendido luego del tiroteo. Necesitaba sacarme una duda, aunque en nada cambiara mi destino. Cuando el médico llegó, le pedí que me diera detalles sobre lo que me había

pasado en aquella oportunidad. Me habló entonces vagamente de una vértebra dorsal donde me había impactado la bala, le pregunté si un disparo ahí podía dejar a alguien en este estado. El muy infeliz me señaló riéndose y dijo “parece que sí”. ¡Parece que sí! Estoy seguro de que Martín Lasky ni siquiera se tomó el trabajo de consultar un libro de medicina antes de fabular toda esta imbecilidad y el médico era lo suficientemente burro e inverosímil como para legitimarla y encima contestarme con socarronería. Mi condición de salud a todo esto empeoraba y era esperable que me muriera una vez que la venganza de mi hermano se consumara, como una especie de símbolo de qué sé yo qué. Mi muerte, no obstante, no ocurriría jamás. Una mañana mi mujer, sentada junto a mi cama, me dijo que iba a buscar el diario para leérmelo. Caminó hacia la puerta dándome la espalda y antes de que su mano alcanzara el picaporte quedó paralizada. Y con ella, todo el universo se detuvo.

Estas detenciones, se sabe, no son infrecuentes, menos con un perezoso como Martín Lasky. Sin embargo, ya he pasado demasiado tiempo así, demasiado tiempo con la vista clavada en la espalda inmóvil de mi mujer, en su blusa celeste, en la mosca a medio aterrizar sobre su hombro, en su brazo derecho apenas despegado del cuerpo en dirección a la puerta. Demasiado tiempo con mi propio cuerpo postrado en un universo postrado. Temo que Martín Lasky, lejos de haber interrumpido su relato a la mitad de una acción, como ha ocurrido otras veces, lo haya abandonado para siempre. Comienzo a perder toda esperanza de que esto se reactive.

(Seud.: Nassim Taleb)

ADN

Querido amigo:

Cuando te digo “amigo” no creas que olvido el hecho de que también sos mi jefe; así que, primero, le hablo al “jefe de la editorial”: este mail no contiene el texto para la columna de esta semana para tu revista. Sé que mi compromiso es

enviarte, cada lunes, un artículo perfectamente redactado y listo para su publicación.

Pido disculpas por no haberlo hecho y a modo de justificación por mi incumplimiento es que recurro a vos como amigo, como confidente, porque no tengo otra persona a quien pueda contarle lo que me sucedió, aunque debería decir «lo que sucedió», porque no fui el protagonista, pero me afectó directamente.

Aquí los hechos: Lo reducido de mi pueblo (del que siempre te hablo) permite que nos conozcamos todos, de nombre o de vista por lo menos. Menciono esto para que puedas entender por qué lo que le sucede a cualquier miembro de la comunidad nos afecta un poco a todos.

En el equipo de fútbol local, del cual soy hincha, juega como marcador central un pibe de unos veinte años que, además del físico adecuado para el puesto y muy buenas condiciones técnicas, recibe el afecto y aprecio de toda la gente por ser una excelente persona.

Desde hace poco comenzamos a verlo con Leticia, una chica hermosa y extrovertida que resulta ser la pareja perfecta para Damián (el chico de quien te hablo).

Un día en el que yo estaba en la cantina del club, punto obligado de reunión a la hora de la “picada” vespertina, Damián se acercó a mi mesa y me preguntó si podía sentarse. Después de hablar un poco de deportes, me comentó que, tanto Leticia como él, siempre leían mis artículos en tu revista digital. Hizo hincapié en que les gustaban especialmente las historias pueblerinas, incluidas las de fútbol. Le agradecí el elogio, pero para ese entonces yo estaba seguro de que este chico, en realidad, quería hablarme de otra cosa. Y no me equivoqué.

Me preguntó si sabía que, tanto su mamá como la de Leticia, eran madres solteras que habían criado a sus hijos con absoluta independencia. Le ADN 2 contesté que sí (de hecho, sabía que la madre de Damián era enfermera y la de Leticia, empleada administrativa en la municipalidad; las dos eficientes y respetadas en lo suyo).

Después, el chico inspiró profundo, como para aclarar su mente.

—Aquí viene —pensé yo, sin imaginarme que lo que escucharía a continuación me dejaría sin palabras.

Comenzó a contarme que unas semanas atrás, Leticia lo acompañó hasta su casa y, para su sorpresa, las madres de ambos conversaban en la cocina. Intercambiaron saludos entre todos, pero era evidente que algo extraño sucedía:

las dos mujeres nunca tuvieron una relación cercana, ni siquiera cuando ellos dieron a conocer sus sentimientos.

Luego de algunos rodeos, les pidieron a los chicos que se sentaran porque debían hablar con ellos. Intrigados, obedecieron.

La que habló fue la madre de Damián. Después de algunas explicaciones confusas y reflexiones sobre casualidades y destinos cruzados, dijo lo realmente importante: habían llegado a la conclusión de que existían grandes posibilidades de que ellos, Damián y Leticia, fueran hijos del mismo padre.

“Grandes posibilidades de que ambos fueran hijos del mismo padre”. Esa frase golpeó mi razonamiento hasta el punto de hacerme dudar si había entendido bien.

A pesar de la naturalidad con la que Damián me contaba su historia, no sé qué reflejaba mi cara, porque en un momento me preguntó si me sentía bien. Lo tranquilicé con mi respuesta, pero en realidad una especie de vértigo y ansiedad me provocaron, por un momento, unas ganas dementes de escaparme de esa situación y dejarlo solo. Yo, que, desde hace años practico la cobarde manía de rehuirle a todo problema que perturbe mi vida ordinaria, estaba ahí, fingiendo entereza y escuchando una historia que parecía de ficción.

—Pasadas varias horas de estar abrazados y llorando —siguió contándome Damián— sobrevino la etapa del “no puede ser, qué vamos a hacer, esto no nos puede estar sucediendo” y del “yo te amo y yo también”.

Pero superaron el momento más crítico, según sus propias palabras, y tomaron una decisión racional y de una valentía extraordinaria: se harían un examen de ADN. Como ya son mayores de edad y el motivo era probar consanguinidad de común acuerdo, el trámite les resultó bastante simple. Les sacaron las muestras y estaban, en ese momento, a la espera de la llegada inminente de los resultados de un laboratorio de Bahía Blanca.

Mientras yo ponía toda mi atención sin hacer ningún comentario, no podía dejar de pensar en la madurez con la que enfrentaban algo que a mí me provocaba pánico.

—Por eso yo le pido, Gaspar —me dijo finalmente—, que cuando todo esto termine (y sé que terminará bien) contemple la posibilidad de escribir la historia que acabo de contarle.

De todo esto transcurrió una semana. El sábado pasado por la mañana, como todos los días, me senté frente a mi computadora dispuesto a enterarme de las novedades que aquejan al mundo real. A los dos minutos me quedé helado. Todos los medios digitales de la zona hablaban de lo mismo: “Trágico accidente

doméstico”, “Pareja de jóvenes pierde la vida por un escape de gas”, “La tragedia golpea a una localidad vecina”, “Triste final de un joven futbolista y su pareja”. Explicaban, a grandes rasgos, que una fuga de gas los sorprendió dormidos. La madre de él los había encontrado cuando regresó de cumplir el turno noche como enfermera. Debajo de cada titular aparecía una foto reciente de la joven pareja, abrazada y sonriente. Damián y Leticia: el espanto, el absurdo y la náusea que debo reprimir.

Como me ha sucedido en tantas otras ocasiones, me invadió la sensación de que lo que veo o escucho no es real, que estoy imaginando o soñando cosas. Pero esta vez no me desperté, la noticia seguía ahí, aún después de no sé cuánto tiempo en el que estuve con la mente clavada en la nada.

—¿Accidente doméstico? —me repetía. Y una oscura teoría, bastante obvia, comenzó a acosarme. Y ya no me abandonó.

Ayer, domingo, tocaron a la puerta de mi casa. Nada podría haberme sorprendido más: era la madre de Damián.

—Esto dejó mi hijo para usted —me dijo, al tiempo de que me entregaba un sobre. Cuando ya parecía irse, se detuvo y sin mirarme agregó:

—Tomaron mucho clonazepam para dormirse... —Aunque no sé si en realidad me estaba hablando a mí.

La miré alejarse y no quise (o no pude) decir ni preguntarle nada.

Miré el sobre. Era grande. Una frase manuscrita en su anverso resaltaba: “Entregar en mano al señor Gaspar Peterson”. Más abajo, rodeado de pequeños corazones y a modo de firma: “Leticia y Damián”.

Cuando lo abrí esperaba encontrar una nota o una carta, o algo parecido; pero no.

El resto que había imaginado sí estaba: otro sobre de menor tamaño en cuyo frente se destacaba el logo de un laboratorio y, más abajo, los nombres de los solicitantes de la prueba genética.

Cuando lo di vuelta para ver su reverso quedé sorprendido. No lo habían abierto. La cinta autoadhesiva de seguridad que le ponen a este tipo de sobres estaba intacta. ¡Nunca miraron el resultado!

—No puede ser... —dije varias veces mientras navegaba entre mis especulaciones, las que, de a ratos, me parecían razonables y después descartaba por descabelladas... ¿Entonces...? ¿Decidieron no correr el riesgo de tener que separarse? ¿Me enviaron el sobre a mí para que al menos una persona conozca el último párrafo que le faltaba a su historia? ¿Sería yo el único que sabría la verdad completa; esa verdad que ni siquiera ellos quisieron conocer?

Son demasiados interrogantes para alguien como yo, querido amigo, por eso necesitaba contártelo todo.

Este todo me quebró emocionalmente. Y desde ayer, no solo el mundo entero me parece un lugar más triste que lo habitual, sino que mi sitio perfecto, mi rincón refugio, mi pueblo amado, también huele diferente, como a dolor inexplicable, pero, sobre todo, a dolor innecesario; y con la edad que tengo, me parece que hasta el tiempo que, según dicen, todo lo alivia, se quedará sin margen para cumplir con lo suyo. Ojalá me equivoque.

Gracias por «escucharme». Te prometo que, no sé cómo, la próxima semana cumpliré con mi compromiso.

Un abrazo.

Gaspar Peterson.

P. D.: Estoy seguro de que tu instinto de periodista se está haciendo una pregunta. Tiene su respuesta: al sobre en el que estás pensando, sin abrirlo, lo convertí en cenizas.

(Seud.: Flaminio Rufo)

Redención

A menudo me pregunto si matar a una persona es siempre un pecado o si, en ciertos casos, no es necesario ni siquiera confesarse.

Soy una creyente ferviente y cumplo diligentemente mis deberes de católica practicante. No es fácil hoy en día. Sobre todo, con tantos peligros que nos asolan a diario.

Me siento feliz, una de las pocas personas que se pueden jactar de eso en el barrio. Guillermo, mi marido, es muy bueno, honrado, trabajador y un padre ejemplar. Su único defecto es trabajar demasiado. Aunque creo que la mayoría de las personas en la actualidad necesitan al menos un trabajo y medio, por no decir dos. Nuestra situación económica no es holgada, lo reconozco, aunque a la mayoría de nuestros vecinos lo que ganan no les alcanza para vivir.

Rezo mucho, sobre todo por Rafael. Con tan solo catorce años es un joven muy expuesto y resulta vulnerable a las tentaciones que pululan por el barrio. A su edad, nosotros ya noviábamos con Guillermo. Nos conocimos en segundo año, cuando él llegó desde Córdoba porque habían trasladado a su papá que trabajaba en el banco Suquía. A partir del momento en que lo vi, un pinchazo en mi corazón me confirmó que él era el indicado. Nuestro matrimonio ha sido muy feliz, sobre todo a partir del nacimiento de Rafael, la bendición que nos envió Dios. Rezo por él todas las noches al Sagrado Corazón y a la Virgen María, además de las plegarias los sábados y domingos cuando voy a misa. También le ruego al Santísimo que nos libere de los vagabundos que deambulan por el barrio, sin trabajo, sin propósito en esta vida. Son unos vagos que lo único que saben hacer es arruinarle la vida a los chicos buenos, como mi Rafael.

Hace unos meses, barría la vereda charlando con la Quela, mi vecina. ¡Pobre! ¡Quedó viuda tan joven! Me contó cosas horribles de un tal Hugo, un borrachín de no más de veinte años que se la pasa tomando y fumando todo el día. Para peor, no son cigarrillos comunes los que fuma, sino unos que se llaman «porros». Cuando le pregunté a la Quela qué era eso, me miró como si yo viviera en Marte.

—¿Vos sos o te hacés?! —me escupió sin anestesia—. ¡Ay, Chiqui, no podés ser tan pelotuda! Los porros son esa porquería que le venden a los chicos para que «vuelen» —me aclaró haciendo unas comillas imaginarias en el aire.

—¿Para que vuelen? No te entiendo, Quela.

—¡Droga, pelotuda! ¡Droga!

Me llevé la mano a la boca, mis ojos a punto de reventar.

—¡Dios no lo permita! —exclamé involuntariamente.

—Parece que a tu Dios no le importa tanto, porque el Huguito se pasea por el barrio sin que le toquen un pelo. Ni la cana se molesta en detenerlo. Para mí, está protegido. Si él vende, seguro hay otro más arriba que maneja el negocio. Ese boludito no tiene cabeza ni para sumar uno más uno.

—Tampoco es necesario que blasfemes, Quela. Dios no tiene la culpa de lo que hacen los hombres. Para eso existe el libre albedrío.

—¿El libre qué?

—Nada, Quela, nada.

—Mirá, allá anda el hijo de puta. Fijate cómo camina, pareciera que está borracho.

—¡Pero son las once de la mañana!

—¡Por eso te digo, Chiqui! ¡Está todo el día drogado! Más te vale que cuides a Rafael, o te lo van a contaminar.

Escuchar esa advertencia de boca de la Quela fue como una estocada al corazón. No tanto porque lo dijera mi amiga, sino porque el riesgo era real. Creo que esa fue la señal que me iluminó.

Recé mucho toda la semana, para que Guillermo pudiera pasar más tiempo con nosotros y así vigilar un poco a Rafael; para que nuestro hijo no perdiera el tiempo en estupideces ni se viera tentado por los porros; y hasta recé por el Huguito, para que Dios lo bendiga y lo ayude a encontrar el camino verdadero. En la misa del sábado, y también en la del domingo, le pedí al padre Ignacio que oremos por nuestros jóvenes, para que el Altísimo los guíe por el buen sendero.

Pasaron los días y el tema volvía de manera recurrente a mi cabeza. No supe si fue por mis ocultos temores a que Rafael caiga en la tentación o porque lo veía al Huguito holgazanear cada vez más cerca de casa.

Una tarde estábamos con la Quela sentadas en la vereda tomando unos mates. Rafael volvía en colectivo del colegio. Era miércoles y tenía gimnasia por la tarde. Al llegar a la esquina, el colectivo frenó y mi hijo bajó de un saltito a la calle. Ni bien me vio, levantó su brazo en alto para saludarnos. Si hay algo que siempre le agradezco a la Virgen es lo bien educado que nos salió. Nunca pudimos darle mucho dinero, pero con Guillermo le regalamos el amor de una familia unida, educación y valores, todo lo esencial que necesitaría para valerse por sí solo en la vida.

Rafael caminó hacia nosotras con una enorme sonrisa iluminándole la cara. No había hecho ni diez pasos cuando el Huguito le salió al cruce. El vago estaba fumando, apoyado contra la pared del tapial que da contra la parada del colectivo. Tuve la horrible sensación de que el encuentro no fue casualidad. «¡Qué hijo de puta!», murmuré, «estaba parado justo ahí a propósito, esperando a mi hijo». Me santigué de inmediato, nunca fui de maldecir y menos de pronunciar en voz alta

malas palabras. Pero no pude impedirlo. Fue algo genuino que brotó de mi corazón. La Quela me miró boquiabierta y desvió la mirada para encontrar el motivo de mi insulto. Al ver al Rafa hablando con el Huguito, ella entornó los ojos y apretó los labios hasta que le quedaron finitos y blancos.

—¡La puta que lo parió! ¡El malnacido anda buscando clientes! No es la primera vez que lo veo apoyado contra ese tapial, a la espera de los que se bajan del colectivo. ¡Debe estar ofreciéndole porros al Rafa! ¡Tenés que hacer algo, Chiqui!

Miré a mi amiga con una mezcla agridulce de sentimientos. Por un lado, me molestó que se preocupara por mi hijo, como si él no tuviera una madre que lo cuidara. Al mismo tiempo, me apenó que hubiera enviudado antes de que Dios los bendijera con chicos. «Deberías agradecerle al Señor que tenés una amiga que se interesa por vos y tu familia», me reprendí en silencio.

Esa tarde hablé con Rafael. Me sorprendió la madurez de sus respuestas y la firmeza de sus convicciones. Agradeció mi preocupación y me prometió que nunca probaría un porro. Él sabía muy bien que era fácil comenzar y muy difícil parar. Por la noche, recé el Santo Rosario en agradecimiento por el hijo que me había regalado Dios.

Las semanas pasaron y el Huguito continuaba merodeando por el barrio, aunque ni Quela ni yo vimos que se juntara con Rafael. Sin embargo, una tarde, lavando la remera de la escuela, percibí un aroma exótico al darla vuelta. Me la llevé a la nariz y aspiré con fuerza el inconfundible olor a porro que dejaba el descarriado del Huguito cada vez que pasaba por la vereda. Me fallaron las piernas y tuve que agarrarme con fuerza de la piletta del lavadero para no caerme. Arrojé la remera al lavarropas con rabia, como si deseara exorcizarla del demonio que llevaba dentro. Ahí fue cuando tomé la decisión. Algunos dicen que los más machos arrugan cuando los encara una mujer. ¡Es cierto! Al día siguiente, crucé la calle ni bien el Huguito se puso a fumar, recostado contra el tapial. Me sonrió con la mirada vacua de los que no comprenden la realidad que los rodea. No sé si fue cobardía o inconsciencia, de cualquier manera, prometió no venderle más a mi Rafa. «¡Quédese tranquila, doña, palabra del Huguito!», declaró levantando a medias una palma renegrida por la mugre.

No le comenté nada a la Quela, pero la invité a tomar mates todas las tardes siguientes. Fue la mejor forma de vigilar al Rafa sin que él se diera cuenta. Nunca supe si mi treta funcionó o si el descarriado del Huguito le contó algo a mi hijo y comenzaron a encontrarse en otro lugar. Una oprimente sensación de inseguridad se apoderó de mí. Comencé a rezar dos veces al día, pero el persistente dolor de estómago no me dejaba concentrarme en las oraciones.

Guillermo salía temprano a trabajar y volvía tarde por la noche. Se me ocurrió que sería muy desalmada si lo preocupara con mis temores. Quizás eran infundados, solo fruto de mis inseguridades. «O tal vez son reales y le están carcomiendo el cerebro a mi hijo», pensé. Nunca se me había ocurrido, al menos no con tanta claridad. Me pregunté si no sería algún demonio sembrando cizaña en el jardín de mis convicciones. Decidí que lo mejor sería confesarme con el padre Ignacio. Él sabría aconsejarme.

Así fue como, al finalizar la misa del domingo, permanecí en el interior de la iglesia rezando, a la espera. Habíamos acordado con el padre que sería lo mejor, como para tener todo el tiempo que fuera necesario. La confesión me hizo bien, ayudó a liberar cualquier demonio que hubiera estado en mi cabeza. Después de hablar con el padre Ignacio supe el camino que debía tomar. Fue como si el mismísimo Dios me hubiera hablado a través de los labios del sacerdote. Regresé a casa, cenamos en familia y esa noche recé dos veces el Santísimo Rosario.

El lunes amaneció lluvioso y con una tormenta que disparaba rayos a diestra y siniestra. Rafael esperó a que la lluvia torrencial amainara un poquito para salir corriendo a tomarse el colectivo rumbo a la escuela. Hoy tenía horario completo, así que no lo vería hasta la tardecita.

Cerca del mediodía paró de llover y, tras cartón, el sol se subió a lo más alto del cielo. La atmósfera se volvió húmeda y caliente. Sentí la remera mojada de transpiración, pegada al cuerpo como si fuera una segunda piel. Salí a la vereda con el secador y comencé a escurrir el agua que siempre se acumulaba en la entrada del garaje. La Quela me escuchó renegar con la alcantarilla del cordón, tapada con la basura que los vecinos inadaptados arrojaban a la calle sin consideración. Se acercó con el mate en mano.

—¡Buen día! Me parece que va a seguir lloviendo. Yo que vos, no me calentaría en limpiar la alcantarilla.

—Hola Quela, ¿cómo estás? Precisamente, como parece que seguirá el mal tiempo, tengo que limpiar esta porquería que tiran a la calle.

En la vereda de enfrente, el Huguito llegó a la esquina caminando a los tumbos, apoyándose en la pared para no caerse. Un trueno, allá a lo lejos, me avisó que la lluvia se acercaba rápidamente. No había pasado ni un minuto cuando las primeras gotas comenzaron a caer sobre nosotros como si San Pedro nos disparara apuntándonos a la cabeza. Con la Quela nos guarecimos en mi zaguán. Notamos que, al frente, el pobre de Huguito se tapaba con ambas manos en un inútil intento por no mojarse.

—¡Huguito! ¡Huguito! —grité con toda la fuerza de mis pulmones para hacerme oír por sobre el estruendo de la lluvia.

El muchacho me miró con ojos perdidos y tardó unos segundos en identificar de dónde venía la llamada. El agua le caía por los bordes de las manos nublándole la vista.

—¡Huguito, vení! ¡Que te vas a empapar! —lo invité abriendo y cerrando los brazos como para que pudiera verme con claridad.

En ese momento, lo mínimo que podía hacer era demostrar un poco de caridad hacia ese pobre infeliz. La Quela me miró de reojo, con una desagradable mueca en la boca.

—Es de cristianos apiadarse de quien está pasando un mal momento —le chisté.

Huguito se largó a cruzar la calle con paso inseguro, pero al bajar del cordón trastabilló y cayó de cara al asfalto, sin siquiera protegerse con las manos. Después de varios intentos, consiguió levantarse y caminar debajo de la catarata de agua que le pegaba en la cabeza. Cuando al fin alcanzó mi zaguán, nos abrimos con la Quela para darle paso y lo guiamos hasta la cocina.

—¡Qué porrazo te diste, querido! ¿Estás bien? —le pregunté.

Me miró sin verme, las pupilas veladas y no precisamente por el agua. Tenía la nariz partida. Un hilito de sangre, lavado por la lluvia, le recorría el incipiente bigote y chorreaba por el costado del mentón manchándole la remera. Cabeceó durante algunos segundos y luego cerró los ojos, tiró la cabeza hacia atrás y comenzó a roncar.

—¿Querés que le prepare un té? —ofreció la Quela. Me gustó ese gesto de compasión de mi vecina.

—¡Sí, dale! Pobre muchacho, se dio un golpazo terrible. Mientras tanto, yo busco algún calmante

—Me retiré a la pieza, y rebusqué en la mesita de luz de Guillermo hasta que encontré el Lorazepam

Nos costó que Huguito reaccionara. La Quela dijo que estaba demasiado «volado», pero nos la arreglamos para conseguir que abriera la boca y se tragara no solo el té, sino el medicamento también. En ese instante me imaginé junto a la Quela, vestidas de enfermeras de la Cruz Roja, salvando vidas.

La lluvia paró como a las seis de la tarde y un sol radiante iluminó el atardecer de Barranquitas. El aire era fresco y hasta parecía más puro. Rafael llegó cerca de las siete y Guillermo, cosa anormal, volvió de trabajar siete y media. Por primera vez en muchos años conseguimos cenar antes de las nueve.

Esa noche invité a Quela para que nos acompañe. Habíamos tenido un día difícil y quería agradecerle.

No volví a encontrar olor a porro en las remeras de mi hijo. Tampoco vimos a Huguito en el barrio nunca más.

La policía anduvo preguntando por él varias veces. No sé si lo buscaban por alguna denuncia o porque estaban extrañados de que no vendiera más porros en el vecindario.

«Seguramente alguien lo debe haber sustituido, en general así funciona la cosa», comentó con sarcasmo la Quela una tarde mientras tomábamos mate en la vereda. Yo volví a dormir bien por las noches. Es más, dejé de rezar el Santo Rosario completo, ahora me duermo antes de concluir la primera decena. Tampoco fue necesario volver a confesarme. De hecho, no he tenido otros sentimientos impuros a partir de aquel día.

Con la Quela nos sentimos más amigas que nunca. Compartimos tantas cosas... hasta cuidamos juntas la huerta que hicimos en su jardín aquel día en que Huguito desapareció de nuestras vidas.

(Seud.: Jilguero)

El arte de la deducción a través de los huevos

Después de su acostumbrado recorrido dominical Mirta llegó a casa sofocada, gotas de sudor corrían por su cara. Sus dos hermanas mayores que estaban en la sala recibiendo la habitual visita de su amiga de toda la vida, inmediatamente la miraron. Enseguida vieron cómo se descalzaba y entraba a la cocina a saciar la sed. No bien salió con un vaso de agua en sus manos, cuando se topó con tres miradas inquisidoras.

Las contertulias de la sala tenían en sus manos platos y pocillos servidos con café, mientras en el centro de la mesa un mazo de naipes esperaba su turno para ser barajado, como lo hacían todos los domingos por la mañana.

—¿Por qué demoraste tanto? —preguntó Clara, la hermana mayor—. Aquí está la comadre Edith que llegó hace rato y quería saber por dónde andabas. Nos tenías preocupada.

–Me retrasé porque me encontré con la señora Avelina, que venía del mercado con una canastilla llena de huevos y me puse a conversar con ella – respondió Mirta, la menor de las tres hermanas quien, dejando atrás las normas de etiqueta, se empinó el vaso y lo dejó seco en un santiamén.

–¿Te comentó para qué eran esos huevos? –preguntó Clara.

–Según me dijo, va hacer una torta que le encargaron –contestó Mirta.

–¿Quién le encargó esa torta? –preguntó Altagracia, la segunda de las hermanas.

–No sé, no me lo dijo y tampoco le pregunté –respondió Mirta, tímidamente.

Las tres hermanas vivían en el centro histórico de la ciudad, en una casona colonial de amplio zaguán por donde corría la refrescante brisa que hacía más llevadera la inclemencia y el sopor diario.

En aquella acogedora sala de techo alto y ventanas con celosías de madera que permitían ver subrepticamente a las personas que pasaban por la calle, permanecían las tres mujeres de avanzada edad, casi siempre jugando cartas y conversando para pasar el tiempo.

Por situaciones del destino, tanto las hermanas, como la visitante, permanecían solteras. Era como si San Antonio se hubiera olvidado de ellas, y por más de una vez que voltearon su cabeza para conseguir marido, el santo hacía caso omiso de sus peticiones.

Testigo mudo de aquella soledad senil, era el retrato colgado en la pared de un militar con el ceño fruncido, del cual se jactaban de sus heroicas batallas por la consolidación de la república. A su lado, en la misma pared, estaba su otro orgullo familiar: una foto que obligatoriamente mostraban a todas las visitas que llegaban a la casa. Allí se apreciaba la imagen, en tono sepia por el paso del tiempo, de quien decían había sido un importante jurisconsulto que ocupó elevados cargos y altas posiciones en el poder judicial del gobierno central y de la cual las tres hermanas daban detalles de su parentesco con ellas.

En el otro extremo de la sala había un aparador de madera tallada con puertas de cristal, que en su interior contenía un juego de copas y una vajilla para ocasiones especiales. En la parte superior del mueble se destacaba la figura en porcelana de una bailarina que les trajo de regalo el obispo de la diócesis, como retribución por los aportes que le hicieran cuando se fue de viaje a su consagración en Roma.

Sentadas en deslustradas butacas de estilo Luis XV, las tres mujeres semejaban un cuadro de damas victorianas en declive. Cada expresión en sus rostros

reflejaba nostalgia del pasado. Estancadas en el tiempo, tanto las anfitrionas, como la visita, vivían de apariencias. Su situación económica era agobiante.

Rememorando sus vidas, mencionaban cada rama de sus árboles genealógicos, del cual se ufanaban constantemente ligándolo con una alcurnia inventada con pretensiones de aristocracia tropical.

Para impresionar a quienes las visitaban, siempre sacaban a relucir supuestos parentescos con aquellos que tuvieran apellidos nobles o que fueran descendiente de los mismos. Por tal razón, sus amistades fueron acostumbrándose a escuchar sus imaginarios lazos familiares con una desconocida nobleza. De esa forma, en cierta ocasión terminaron emparentadas con la duquesa de Alba.

—¡Caramba Mirta! Tú sales a la calle como sonámbula y no averiguas nada de lo que pasa afuera, ni de lo que hace la gente —dijo Clara, a manera de regaño.

—Una aquí encerrada no se entera de lo que sucede en el exterior —remató diciendo. Mirta bajó la cabeza apenada por el llamado de atención.

Edith solamente escuchaba y miraba con callada prudencia, mientras se ajustaba los lentes para ver la reacción de la reprendida.

— ¡Es el colmo, Mirta! Para nosotras es inconcebible que cuando tú sales a la calle, te encuentras con gente conocida y no le sacas nada. Nos toca enterarnos por otras bocas de lo que ocurre afuera, porque tú pareces que vivieras en otro planeta —expresó Altagracia, un tanto alterada.

Como un acto premeditado, todas levantaron los pocillos, y luego de tomar café se quedaron pensativas. Había cierta tensión en el lugar, hasta que empezaron a expresar hipótesis por un tema que despertó su interés.

—Esa torta debe ser para algún acontecimiento próximo, porque los huevos no pueden guardarse por mucho tiempo. Con este clima caluroso podrían dañarse. Además, que yo sepa, nadie conocido cumple años en estos días — opinó Clara.

—Nosotras sabemos que Avelina no hace tortas a cualquiera, y cuando se mete a la cocina como repostera, lo hace porque alguien le hizo un encargo muy especial —dijo Altagracia, —Exacto, ella no le hace tortas a cualquiera. La que lo encargó no nos ha anticipado cual es el motivo de su elaboración y posiblemente tampoco nos invite o participe del evento, porque las tarjetas se envían con dos meses de antelación y por estos lares no ha llegado ni una mosca a traer la noticia. Y digo: “la que...”, porque los hombres de por acá jamás mandan hacer tortas — explicó Clara, con gran elocuencia.

–Podría ser una torta matrimonial –añadió Edith, quien no aguantaba las ganas de intervenir en aquel mar de conjeturas suscitado por aquellos datos inconclusos y sin pormenores que había llevado Mirta.

Al escuchar lo dicho por Edith, las hermanas se quedaron pensativas. Esa suposición podría tener lógica, no era descabellada. Sometieron rápidamente sus cerebros al límite. Silenciosamente, empezaron a tratar de conectar la intrincada red de datos que contenía información sobre el vecindario, la sociedad citadina y poblaciones cercanas. Repasaron nombres a la velocidad de la luz. Viajaron en el tiempo escudriñando noviazgos. Entre murmullos, con muecas y movimientos de cabeza en actitud negativa, desechaban potenciales y posibles parejas matrimoniales. A veces creían haber encontrado a los tórtolos que las angustiaban. Pero, nuevamente volvía la intranquilidad y la desesperación por no tener seguridad. Una mezcla de decepción e impotencia cundía en la sala. Las carcomía la duda por saber el motivo, y para quién era la torta encargada.

–Así es, debe ser para matrimonio, porque cumpleaños por ahora no hay, y los festejos por nombramientos políticos y de jueces fueron hace meses –dijo Altagracia.

–¿De qué tamaño era los huevos y cuántos llevaba? –preguntó Clara.

–No me fijé, pero deduzco que, como veinte. Más o menos grandes. Que son los que caben en un canasto pequeño –respondió Mirta, ampliando la información para no dejarse reprender nuevamente.

–Con esa cantidad de huevos se hace una torta de tres libras, y alcanza para sesenta porciones bien tajadas –dijo Altagracia, a manera de cálculo.

–Exacto, además, debe ser para acá mismo. No pueden llevarla lejos. El bamboleo en la carretera y el calor podría dañarla –acotó Clara.

–A propósito, ayer me enteré que el matrimonio Goenaga está esperando visita de Europa –dijo Edith, agregando un hilo más a la red que empezaba a urdirse en aquella sala de cotilleo.

–Debe ser que vienen los vagos de los hijos. Uno lleva décadas estudiando en España, aunque dicen las malas lenguas que se la pasa midiendo las calles de Madrid, abandona las carreras en que se matricula y no se ha graduado de nada. El otro se fue a estudiar pintura a París y lo único que ha pintado es el cuarto donde vive –dijo Altagracia, con sarcasmo.

–El menor de ellos es su consentido. Si los dos llegan en fecha que no es vacaciones, es porque hay gran acontecimiento social –explicó Clara.

–Volviendo al tema, estoy casi segura que ese matrimonio podría ser entre el primogénito del gobernador, con la hija del notario. Llevan años de noviazgo y a cada rato se rumorea que se van a casar –dijo Altagracia.

–A esa pobre muchacha le han salido patas de gallo de tanto esperar –remató Edith. –El novio no se queda atrás, ya tiene canas –concluyó Clara.

–En caso de ser cierto, creo que la ceremonia será en la catedral. Tradicionalmente allá se han casado los familiares del novio –dijo Altagracia.

–Tienes razón hermana. La aristocracia no se casa en cualquier lugar. Si fuera por la muchachita, de quien conozco su humildad y sencillez, la boda la harían en la capilla del asilo –remató diciendo Clara.

–Si es así, las nupcias la festejarán en el club social. Ellos son socios del mismo y allá hay espacio suficiente para los invitados que, en su mayoría, son familiares que viven en la capital y algunos en la provincia dijo a las atentas hermanas, Edith, quien ya empezaba a participar con confianza en la conversación.

–De acá irán sus comadres, además de las hermanas Rodríguez, que no se pierden la movida de un catre ni de ningún evento donde haya comidas y bebidas gratis. Seguramente también, y por deferencia, asistirán como invitados algunos secretarios de la gobernación –dijo Altagracia

–¿Qué día y a qué hora creen que será la boda? –preguntó Mirta, para integrarse al chismorreo que se había desatado.

–Para mí, debe ser el viernes, a las seis de la tarde –presumió Clara con certeza, añadiendo: –. Recuerden que, a los dos días, que es domingo, es la fecha en que sale el barco para Nueva York y ahora está de moda pasar la luna de miel allá, en la capital del mundo, y anunciarlo con grandes fotos en la página social de ese pasquín que tenemos por periódico.

Empleando la intuición, o lo que les indicaba su sexto sentido, las cuatro féminas habían comentado y opinado sobre el destino de una canastilla de huevos y todo aquello que podría desprenderse a su alrededor. Al final, todas sonrieron complacidas y se miraron vanidosamente por las pesquisas adelantadas.

Conectando sus memorias e hilvanando en la madeja de sus conocimientos, aquella congregación de cuatro almas, inicialmente desesperadas por la escasez de información, había tejido la red que dio luces a sus angustias primeras de no saber lo que acontecía en su pequeño cosmos social.

Era una función heredada ancestralmente y aprendida por la fuerza de las circunstancias, para de esa forma mantenerse actualizadas, recabando averiguaciones de la calle y de quienes las visitaban. Aquellas mujeres, ignoradas por la incipiente sociedad a la cual no habían podido ingresar, dedujeron con altas probabilidades de exactitud día, hora, lugar de la boda y nombre de los casi seguros contrayentes, así como también una lista de los supuestos invitados y el número de los mismos al festejo. Era el poder de la deducción, de la cual habían hecho un arte, donde casi siempre atinaban en sus predicciones. Cuando se reunían alrededor de un chisme, sentían satisfacción por desentrañar casi con precisión, y con pocos elementos de juicio, lo que acontecía más allá de las fronteras de su casa.

–Mejor que no nos inviten. No tenemos dinero para lucir ajuar y mucho menos para comprar el regalo de boda –dijo Clara, a manera de resignación.

Mirta la miró con algo de lástima. Entendía aquellas expresiones, las había escuchado innumerables veces en familias vergonzantes como la de ella para no dejarse amilanar frente a quienes consideraban advenedizos y escaladores sociales. De tal suerte, que conocía a su adorable hermana mayor y sus ínfulas de grandeza perdida en el remolino de las realidades. Comprendía que su hermana, como matrona del hogar, vivía de recuerdos del pasado, de un apellido que había perdido toda importancia y sucumbido ante una sociedad emergente y competitiva. Pero, aún así, le quedaban suspiros de esperanzas y orgullo a toda prueba.

(Seud.: Samario)

La letra perdida

- ¿Es esta la oficina de “Objetos perdidos”?
- Correcto, señor. ¿En qué lo podemos ayudar?
- Estoy buscando una letra perdida.
- ¿De qué letra se trata?
- No lo sé con precisión.
- ¿Puede describirla?
- Lamentablemente no puedo.
- Bueno, no se desanime. Pero necesito algún dato para ayudarlo en su búsqueda.

- Busca.
- Perdón. ¿Cómo dice?
- Busca. Borges era muy tenaz en aquella preferencia. Es “busca” en vez de “búsqueda”.
- Quiero darle una mano y usted me critica.
- Perdóneme. Es un viejo vicio. Tiene usted razón en molestarse.
- No es molestia. Me gustaría ayudarlo.
- ¿Por qué le gustaría? ¿Por qué le interesa esta letra?
- No tiene por qué ponerse a la defensiva. Simplemente estoy harto de ocuparme de agendas, celulares, pendientes, chupetes y sonajeros.-
- ¿Eso es lo que la gente busca habitualmente?
- No siempre. Una vez alguien vino a pedir por la felicidad.
- ¿También la había perdido?
- Parece que sí. No la encontraba por ningún lado.
- ¿Y? ¿Qué pasó?
- Mi jefe asumió la responsabilidad de la investigación por sí mismo. Yo era todavía muy nuevo y no me dejaron participar. Se trataba de algo importante.
- Pero se habrá enterado del desenlace.
- Me dijeron que hubo una serie de pistas falsas que apuntaban a un billete ganador de un concurso de lotería y a un pasaje de un crucero de lujo que viajó a las Islas Mauricio. Pero no llegaron a nada.
- Me imagino.
- Si; yo pensé lo mismo. La felicidad es otra cosa; pero era muy joven para opinar. No me dieron participación. Tampoco había computadoras, el trabajo era mucho más difícil.
- ¿Y ahora?
- Ahora tengo más experiencia.
- ¿Por ejemplo?
- Una vez encontré el amor.
- ¿De verdad?

- Si. Vino a reclamarlo una muchacha desesperada. Si la hubiera visto... lloraba a mares.
- La puedo entender. El desamor es terrible. La soledad es un páramo yermo donde nada florece. El horizonte se deshilacha y en la ausencia de otredad complementaria dejamos de ser en plenitud. Sólo acontecemos como sombras y un corazón anestesiado.
- Sí, en fin. Por suerte al muchacho lo encontramos en el baño. Se había quedado encerrado.
- ¿Cómo dice?
- Al joven, al novio de la chica que lloraba. Lo encontramos en los sanitarios del segundo piso. Se había trabado la puerta y no podía salir.
- ¡Ah! Qué noble tarea. De todas formas, señor, no sé si me va a poder ayudar. Lo mío es muy específico.
- Déjeme intentarlo. Qué nos cuesta. Estamos para eso. Me dijo que se trataba de una letra...
- Sí, en efecto; es una letra perdida.
- Me puede dar alguna pista...Mire que cualquier dato nos puede ayudar. Si es mayúscula o minúscula; una vocal o una consonante. Si lleva circunstancialmente tilde o acento prosódico.
- No, no; nada de eso. Es la letra ausente del alfabeto hebreo.
- Ajá. Hebreo.
- Mire, se trata de la Cábala. Usted me sabrá entender. Son estudios metafísicos muy trascendentes. Cuentan los estudiosos que el lenguaje y particularmente la escritura jugó un papel determinante en el Génesis. Así, la Creación está determinada y contextualizada en forma vinculante con los símbolos del abecedario mítico.
- Papel... determinante... por favor, más despacio que estoy tomando nota, mítico, ya está. Siga por favor.
- Dicen los sabios que el alfabeto cuenta, en realidad, con 23 letras, de las cuales sólo han llegado hasta nosotros 22.

- Y para qué queremos esa letra que falta... Si con las 22 que estuvieron disponibles se han escrito chorreras de tinta...
- Justamente. La letra perdida es la que va a llenar el vacío de la incompreensión que anida en el espíritu de los hombres. Ese hueco enorme y sangriento en donde se depositaron durante siglos la intolerancia y la barbarie; la injusticia y el fanatismo; la indiferencia, el egoísmo y la iniquidad absoluta de la guerra.
- Ajá. La iniquidad.
- Es decir que cuando encontremos la letra 23 el mapa de la simbología cosmogónica estará por fin completo, podremos enunciar lo no dicho para llenar los vacíos que nos embargan y daremos un paso más allá en el desarrollo de la humanidad. ¿Me comprende?
- Lo entiendo perfectamente ¿Y tiene algún color en especial la letra? ¿Alguna seña particular que la distinga, un trazado oblicuo, perpendicular, trazos yuxtapuestos, paralelos? ¿Nada?
- No lo sé.
- Bueno, aguánteme un ratito. Voy a ver qué podemos encontrar. Déjeme que voy a poner a mi auxiliar en el intercomunicador.... Augusto al 68, Augusto al 68, comunicarse con urgencia. A veces tarda un poco, tenemos tanto trabajo. Augusto al 68.
- Aquí Augusto. Cambio
- Ah, Augusto, qué suerte que estás disponible. Estoy aquí con un señor que está buscando una letra hebrea que lleva el número veintitrés, que viene a llenar el vacío de incompreensión que anida en el espíritu de los hombres y dar un paso más en el desarrollo de la humanidad; no tiene otras señas particulares. Cambio.
- ¿Cómo es de grande? Cambio.
- ¿Es muy grande, señor?
- No tengo idea.
- Pero usted me dijo que viene a llenar un hueco enorme, así que debe ser grande, imagino yo.

- No tengo retorno. Cambio.
- Eso es una metáfora.
- ¿Qué, no es una letra?
- Sigo sin retorno. Cambio.
- Ya va, Augusto. Estamos aclarando lo del tamaño de la letra, parece que es una metáfora. Cambio.
- No, no es una metáfora. Es una letra.
- Pero recién me dijo que era una metáfora.
- Lo del hueco enorme. Eso es una metáfora. La letra es una letra. Igual que todas las demás. Tendrá el tamaño que corresponda según el texto y la vocación del escribiente.
- Entiendo. Augusto, ¿me copias? cambio.
- Te copio. Cambio.
- Bueno, se trata de una letra común y corriente, parece. Como todas las demás. Cambio.
- Una letra común. Pero hebrea y número 23. Señas particulares no tiene. Un segundo que estoy incluyendo la data en el ordenador. Pero dile al señor, mientras espera, que no se haga muchas ilusiones con estos datos tan escasos. Mira lo de ayer, con la anciana que vino. Explícale, por favor. Cambio.
- Le explico. Gracias. Cambio.
- ¿Qué paso ayer?
- Ayer vino una mujer mayor, muy amable, de buen pasar, me pareció, enfundada en su tapado de piel, ostentoso. Buscaba cualquier obra de un tal, déjeme ver los apuntes, un tal Sócrates. Cualquier cosa que hubiera escrito. Bueno le pedí los datos completos y me los dio con detalle. Fecha y lugar de nacimiento: 468 A/C, Atenas, Grecia. profesión: padre la filosofía occidental. Discípulo: Platón. Principal aporte: la dialéctica. Opositores, los sofistas. Citas bibliográficas: La República, de Platón, entre otras obras. Parece que era un tipo importante. Pues bien, nos pasamos la tarde buscando algo que este hombre hubiera escrito y no encontramos nada; nada de nada. Y la mujer se

fue hecha una furia, nos tildó de inútiles, de vagos, de todo nos dijo. Y mire que nos dedicamos con esfuerzo, además teníamos muchos datos...

- Aquí Augusto, cambio.

- ¿Encontraste algo, Augusto? Cambio.

- No sé si es lo que el Señor busca, pero algo encontré: Tenemos una ypsilon verde loro de tamaño regular en la sección A-4 sin reclamar desde hace dos siglos y una colección de símbolos cuneiformes que están juntando polvo desde tiempos inmemoriales en la sección F, que, dicho sea de paso, nos vendría bárbaro que el señor se los lleve porque ocupan bastante espacio. Cambio.

- ¿Le sirve algo de eso, señor?

- No, no creo que sea lo que estoy buscando.

- No le va, Augusto, lo que encontraste no le va. Cambio.

- ¿Seguro que no le interesan las cuneiformes? Aquí hay una nota que las describe como de interés arqueológico para la historia etrusca. Cambio.

- No, Augusto, el señor acá me hace señas de que no, con la cabeza. Cambio.

- ¿Seguro que no hay nada más?

- Augusto, ¿podrías cerciorarte de que no te quede ninguna letra por ahí, por favor? Cambio.

- Seguro estoy. Recuerdo que una vez tuvimos una letra un poco rebelde, que no se estaba quieta. La plapla, creo que se llamaba. Una vez encontré unos patines también perdidos que teníamos en el depósito, y se nos escapó. ¿Será esa la que busca? Cambio.

- Dígale que no, esa letra la conozco, y no tiene nada que ver con la letra ausente, se debería tratar de algo más... solemne, no sé.

- No, Augusto. No es la plapla lo que busca. Una letra patinadora, habrase visto. Y voy a tener que informar que se están escapando las letras, Augusto, no lo voy a poder dejar así nomás... Cambio.

- Está bien. Hacé como te parezca. Pero que el señor no se vaya sin firmar el K-124. Cambio y fuera.

- Bueno, señor, lamento que no hayamos encontrado su letra. Ahora le voy a pedir que me llene con sus datos este formulario. Por si llega a aparecer, ¿me comprende? A ver si un día cae aquí una letra solemne de origen milenario que va a terminar con la incomprensión universal, la barbarie y las guerras y uno no sabe a quién hacérsela llegar.

(Seud.: Dedalus)

La Cara Oscura de Eleguá

Aun en el juego corren crispados, los dientes apretados, cual si estuviesen en faena. Somos más ligeros, pues corremos sonrientes, como danzando, flotando en el aire, sin reñir con él. Cuando nos persiguen, otra es la suerte: la caza se prolonga y la risa nos abandona; ellos, en cambio, ríen... Nosotros, ansiando volar para librarnos; ellos, aplicados a la dura empresa de cazarnos. Casi siempre nos atrapan, que tienen perros, mosquetones y paciencia.

Jean-Baptiste du Casse, otrora capitán negrero, hoy gobernador de la parte francesa de Santo Domingo y caudillo de bucaneros, dice que le pertenezco.

– Excelencia, el mulato del que os he hablado. Claro de piel, oscuro de intenciones, mas parla buen francés y castellano, así como varios hablares africanos.

Así me presentó el gobernador a Jean-Bernard Desjeans, barón de Pointis, almirante de un rey pálido que se precia de alumbrar el orbe. El barón vino desde la metrópoli a comandar la flota: siete barcos corsarios de las islas con mil hombres, contando los esclavizados; una escuadra de trece galeones de guerra y seis bajeles de transporte con tres mil soldados. Su buena estrella le dio licencia de burlar el cerco inglés en Brest.

Llegamos al continente a principios de abril, algunos días después nos llevaron hasta la selva que ciñe la Fortaleza de San Luís de Bocachica, primer objetivo militar y llave de entrada por el levante al barrio de Getsemaní. Yo, que con mis lenguas domino más allá de estas sombras, avanzo sin la pesada carga de mis pares, mediando palabras y destinos. Mi orisha es Eleguá. Nos llaman “les nègres de du Casse”. Comenzaremos el asalto por tierra. Vendrán los bucaneros detrás, mientras las fuerzas del barón acometerán desde los navíos. Nos darán anclotes y sogas, machetes y cuchillos, abrirán los grillos, excepto a mí, que no sufro esas cadenas, y dará comienzo el infierno para el que nos tienen destinados.

Negro sí come negro. Desde las troneras de la muralla, prietos con armas de fuego tiran sobre nosotros. Un hombre avanza delante de mí. Una bala lo arranca hacia atrás, mas el ímpetu de su huida lo estira hacia adelante, como si su cuerpo se debatiera entre la bala y un destino que ya lo alcanzara. No evito el choque: caemos los dos, yo muerto de miedo y mojado en su sangre; él, muerto de su muerte y empapado en mi vergüenza.

Del lado del mar truenan los cañones de los navíos y los del fuerte responden; algunos intentan retroceder, mas los bucaneros salen del bosque gritando y tirando sobre quienes no avanzan. También los franceses caen, pues a la muerte nadie la manda: ella escoge solita, según sus conveniencias. Tres o cuatro horas tras iniciado el combate, sigo en el suelo aguardando la oscuridad bajo un cadáver que ya frecuentan las moscas. Unos bucaneros me descubren indemne, se mofan, me castigan.

El barón, excedido por las numerosas pérdidas, quiere parlamentar y designa por emisario al coronel Marolles, capitán del Saint-Michel, quien moriría en combate pocos días después. Como Marolles habla castellano cual vieja vaca francesa, me nombra su intérprete.

Sancho Jimeno de Orozco y Urnieta, gobernador de San Luís, manda una guarnición de prietos. Vizcaíno de origen y altanero de condición, resiste atrincherado en el interior del fuerte con el puñado de soldados que le restan.

- Oye, negrito, me espeta, ve y dile a tu amo que no puedo ceder lo que no es mío, ni me rindo ni pido gracia.

En el fuerte, la situación de los defensores empeora; los afustes de cedro podrido claudicaban uno a uno, dejando inútiles los vetustos cañones de San Luís. Sancho Jimeno ofrece la rendición para evitar sacrificios inútiles. Días después corren versiones diversas sobre la entrevista entre Don Sancho y Jean-Bernard Desjeans. Cuenta la primera que, una vez en posesión de la espada del vencido, el barón se la habría devuelto en un gesto de nobleza, diciéndole que un caballero de su talante no podía quedar desarmado. Sostiene la segunda que Don Sancho, altivo hasta el final, habría roto su arma antes de cederla al francés. La verdad, yo estaba allí, es que Don Sancho cambió cortésmente su espada por un salvoconducto que le garantizara cierta libertad.

Duele la devoción con la que algunos, a quienes no llamo hermanos, participan en querellas que no les corresponden. ¡Ingenuos! Confían en la promesa de manumisión que nos hicieron al embarcarnos encadenados en Santo Domingo. La libertad no se regala: hay que ganársela con engaño o con mordisco propio.

Al día siguiente de la costosa toma del fuerte de San Luís, los bucaneros de du Casse y los esclavizados sobrevivientes, de nuevo encadenados, recibieron orden de marcha hacia el interior con la misión de rodear las defensas de la plaza; el barón y sus tropas continuarían el asedio desde el mar. Se dirigieron hacia el sur, evitando la ciénaga hasta encontrarse frente al convento fortificado de Nuestra Señora de la Popa, patrona de la ciudad, asentado en la cima de un monte árido y poblado de cactus belicosos, ricinos tercos y mimosas provocadoras.

El convento agustino se rinde casi sin combatir. Ocupado el lugar, me envían a interrogar a los prisioneros; sólo recurro al yoruba. Monjes y oficiales han desertado de la guarnición. Caerán después los fuertes de San Felipe de Barajas y de San Lorenzo. Como Eleguá hace siervos a los hombres que aceptan dueño, en sus vecindades los franceses reclutan muchos esclavizados españoles y los usan en los ataques a las fortalezas de los antiguos amos y al barrio de Getsemaní. La ciudad pierde así su última protección, quedando cercada por tierra y sin posibilidad de aprovisionamiento. La víctima agoniza matando y dividiendo a sus verdugos extenuados. Du Casse quiere que los suyos sigan la pelea; sabe que los corsarios ganan llegando hasta el pillaje que nadie controla, por eso propone al barón honores y reivindica los tesoros para sus bucaneros. El barón, cansado de los mosquitos que agotan piel y paciencia, y de los aguaceros seguidos por un sol que hasta las piedras mortifica, prefiere disminuir gloria y fortuna. Siguiendo al pie de la letra la táctica que desde el inicio del sitio le inspiró Francis Drake, el barón, buen comerciante, escoge negociar con el gobernador enemigo.

La escaramuza final se resuelve entre descaradas ofertas, desdentadas sonrisas, falaces halagos y torvas amenazas. Solaza a los españoles que, a diferencia de otros esclavizados, empleo yo su lengua sin alterar las erres en eles, sin omitir eses ni des. Ignoran que mi gente cocina el idioma como los alimentos: lo trituran, le quitan espinas y asperezas. En unas generaciones, sus hijos heredarán, como los nuestros, un hablar de sílabas blandas, un discurso que se funde en la boca de quien lo pronuncia, todo empequeñecido hasta alcanzar el tamaño de la ternura. Entonces ellos serán también nosotros, nosotros seremos ellos y habremos modulado su lengua con nuestro ritmo; tocarán el bongó y bailarán el candombe, los asistirán mucamas, fumarán la cachimba, cultivarán el ñame, temerán al zombi y al bilongo, llamarán muleques a sus niños y convivirán, mal que bien, con mandingas, congos, lucumíes y carabalíes...

Don Diego de los Ríos y Quesada, gobernador de la plaza, viste uniforme de aparato y, a caballo, franquea la puerta de la media luna; apenas disimula bajo máscara de dignidad el alivio que a hombre venal da un buen comercio, encabezando a sus funcionarios y a casi tres mil españoles en armas. El 6 de

mayo de 1697, el pabellón francés ondea en Cartagena de Indias. Algunos soldados se refugian en la sombra de las murallas, mientras otros buscan amparo en un ron oscuro; esperan la noche y sus promesas. Escapo, deambulo por callejuelas durante horas y me detengo frente a un palacio siniestro cuando cae la tarde. Desde el parque contiguo, un negro viejo perora a solas en lengua angola. Me acerco respondiendo a un conjuro. Una mulata, luciendo un luminoso peinado, interrumpe el caudal de injurias:

- Ay papá Santiago, usté va a termina to' chamuscao, to' encogio como el Luís de Andrea. Si seño, no siga de porfiao desafiando a la Santa Inquisición, ¡que de santa no tiene un carajo! yo sé, pero que quema, quema.

El anciano sale de trance y yo entro en él, como hipnotizado por las luces del tocado de la liberta. Caminamos los tres hasta Getsemaní; entran los dos en una cabaña miserable. Con un gesto, el anciano me invita a seguir. Ella deshace su peinado, empezando por retirar la jaulita de tul donde palpitan los cocuyos; luego extrae, delicadamente, los insectos para depositarlos en un tronco de caña de azúcar. Allí, los animalitos soportan el encierro devorando, filosóficamente, los muros de su prisión. Me sonrío con sus ojos-miel y desaparece tras el cuero tendido que separa los dos cuartos de la habitación. La sigo en silencio, mientras el viejo comienza un pregón interminable a Oshún, diosa del amor, de las aguas mansas y de la belleza.

(Seud.: Lucas Carpentier Delmar)

Continuidad de los sueños

Primero fue un refucilo, espasmódico y brillante, que acarició las sábanas bordadas y se perdió entre las sombras del cuarto. Después vino el trueno que sacudió el ventanal, moviendo las hojas de vidrio como si fueran de papel.

Le siguió la música tintineante de la lluvia, con compases lentos mientras te ibas desnudando, (sedosa, enigmática) al ritmo de las gotas que, con el transcurso de los besos, (vos acostada, todavía con el corpiño puesto, yo con el deseo cargado en los huesos) se hicieron insistentes, repiqueteando en el techo, más y más

gotas, más y más lluvia hasta ese rugido final de tormenta que nos envolvió entre los estertores del orgasmo.

Yo me levanté despacio-la ropa desprolijamente ordenada en el piso, el folclore de lo clandestino disperso en las paredes- y sin decir nada (creo que apenas te miré), me vestí a las apuradas y miré el reloj: seis de la mañana, y dije en voz alta: ¡Maldición!, una palabra que solo puede escucharse en los doblajes de series animadas, una palabra que jamás uso ni usé pero que en aquella circunstancia me pareció la adecuada, y que repetí cuando abrí los ojos y supe que toda esa secuencia había sido un sueño.

El teléfono siguió insistiendo con esa melodía tediosa, transcrita de alguna pianola en desuso, y no fue hasta un par de minutos después que se me antojó levantarme y silenciarlo.

Quedé un rato en silencio, sentado a los pies de la cama mientras María Antonieta, mi gata indócil, me miraba de arriba abajo. ¿De qué parte del cerebro provienen los sueños eróticos? ¿Cómo es que logran infiltrarse entre los pliegues del inconsciente y llegar a nosotros?

Y tal vez la pregunta menos relevante desde el enfoque psicológico: Cómo mierda llegó hasta allí mi jefa, vicepresidenta de una multinacional y a la que, con suerte, me la crucé dos o tres veces en cinco años, en pasillos o en esas reuniones donde se junta “*al team*” y aparecen algunos jerarcas para felicitarnos por el “esfuerzo que hacen para que esta compañía crezca día a día”.

La ducha no pudo responder ninguna de estas dudas; las mañanas suelen ser así, improductivas, llenas de apremios, sin espacio para recelos intelectuales.

El subte detonado de gente, y una inoportuna cagada de perro que se alojó en la suela de mi zapato izquierdo lograron que todas estas disquisiciones pasaran a un segundo plano ni bien pisé la oficina.

Me esperaba el equipo reunido con cara de preocupación. Sorteé la pregunta capciosa de Rodrigo (¿Che, alguien pisó mierda?) con bastante hidalguía y me

enrosqué enseguida en el proyecto que nos venía juntando desde hacía meses: el tan mentado *software* para administrar sueldos, pagos y proveedores. Lo que de entrada pareció un laburo fácil, fue vetado una y otra vez por presidencia, argumentado errores de seguridad (esto era verdad y fue solucionado rápidamente) y de diseño, donde nos topamos con la exacerbada sensibilidad de la comisión de socios que no veían en los caracteres y los colores lo que “la compañía quería transmitir”.

Después de consultar con seis o siete diseñadores gráficos (finalmente fue un francés quien “tocó el alma” de los de arriba y acertó con los dibujitos y unos estúpidos tonos pastel) y haber gastado un dineral que bien podría haber sido nuestro bono navideño, teníamos el asunto casi liquidado. Faltaban los últimos retoques y la reunión programada tenía ese objetivo.

Pero irrumpió de pronto Mingo, nuestro jubilado/seguridad.

—Silvera, te llaman de presidencia. (En presencia de empleados era Silvera, a solas era Gustavo)

—¿Ahora? Nos falta todavía un toquecito y lo cerramos...

Se quedó unos segundos en el umbral, mirándome. Graciela entendió al toque y me pasó la notebook.

—Andá, va a estar todo bien... ¡Suerte, Gus! Tramitate un bonito, ya que estás...

Solos en el ascensor, subiendo al piso veinticinco, Mingo fue más directo:

—No sé si tiene que ver con el programita ese, me parece que es otra cosa, porque pidieron por vos, exclusivamente.

—¿Cómo exclusivamente?

—Sí, me dijeron: que suba Silvera, nada más.

—Bueno, pero yo dirijo el programa, qué sé yo... Viste como es el presidente, medio machista, no sé...

Cuando se abrió la puerta, Mingo soltó una despedida apocalíptica:

—Gustavito, hoy el presi no vino. Es lo único que puedo decirte.

Y antes que pudiera ensayar una respuesta, me saludó (¿hubo un dejo de ironía o me pareció?), y desapareció pisos abajo.

La oficina de presidencia era enorme, casi como un departamento de cuatro ambientes, con ventanales donde el Río de la Plata le moja a uno los zapatos. Golpeé tímidamente la presuntuosa doble puerta de madera tallada y una voz, entre sensual y melódica dijo: Pase.

Como un colegial asustado en la dirección de la escuela, con la *notebook* bajo el regazo, entré.

No había socios, ni presidente, ni comisión directiva. Estaba ella. Sentada en su imponente escritorio. La vicepresidente de la compañía, Ángeles Gancedo. Equipada como lo hacen los que están en la cima de la pirámide social: perfume francés como para provocar un derrame tóxico, falda bien apretada que marcaba esos glúteos de gimnasio y una blusa entallada, con las tetas al alcance de cualquier mano.

Tragué saliva. Para mí cualquier mujer mayor de cincuenta años era una imagen cercana a lo parenteral; pero aquella dama, así vestida, con ese gesto al decirme *Sientesé, por favor*, me puso los pelos de punta.

Bueno, no precisamente los pelos, pero ese es otro cantar.

Me senté, algo turbado y desplegué la computadora para empezar a exponer el avance y desarrollo del bendito programa, pero ni siquiera alcancé a encenderla, porque ella vino hasta donde estaba sentado y la cerró de un golpazo.

Se me congeló la sangre. Chau proyecto, chau aguinaldo, adiós vacaciones.

—¿Por qué te fuiste? —disparó a quemarropa, con el rostro serio.

Yo miré para abajo, algo confundido. Fingiendo demencia, respondí.

—¿Cómo?

Ella siguió con la vista clavada en mí, inquisidora, una mano apoyada en la tapa de la *notebook* la otra en su cintura. Mientras tanto, mis ojos se iban desviando peligrosamente hacia su escote, y su perfume bajando hasta mi entrepierna.

El silencio, (¿acaso tenía alguna contestación coherente?) lejos de amedrentarla, la enfureció.

—¡Hombres!

Liberó sus manos (aproveché para volver a abrir la computadora) y pegó un pequeño rodeo antes de sentarse, otra vez, en su escritorio.

Hubo otro silencio, más trágico que el anterior, y siguió:

—Te pregunté, por si no escuchaste, por qué te fuiste esta mañana a las apuradas, dejándome sola y casi desnuda en esa habitación. Y, por favor, dame una explicación coherente, no me pongas más nerviosa de lo que estoy.

No pude articular nada razonable, solo atiné a teclear casi como un acto de defensa, y buscar desesperadamente el archivo del programa mientras sentía, como una guadaña, la pose perversa de su mirada. Transpiré como nunca lo había hecho, las gotas me nublaban la vista y caían desconsoladas sobre el teclado; seguía sin poder hablar, y conste que soy un tipo medianamente locuaz, siempre con alguna pavada para decir.

—Está bien, no querés hablar... perfecto... a ver, mostrame ese programita de mierda, ya que te hacés el pelotudo. Claro... ayer: diosa, te como cruda, sentate acá arriba, vení... ahora sos un corderito, un nene que va a tomar la primera comunión. Pero la culpa es mía, eh... la culpa es mía que me enrosco con un pendejo, y encima...

No recuerdo cómo siguió aquel monólogo. Fijé la vista en el río, ese charco marrón donde flotaban, intrépidos, dos o tres veleros. Divisé algunos dementes desafiar al frío haciendo *kitesurf*; más allá, el puente de la mujer asomaba su nariz

puntiaguda al cielo y algunos oficinistas apuraban el paso con los auriculares puestos.

La abstracción duró lo suficiente para recuperar el color y dejar de transpirar. No fue poco.

—Está bien... No insisto... a ver, Silvera, muéstreme ese programa de una buena vez.

Disfónico, con el pánico pisándome los talones, me acerqué al escritorio.

—Acá, acá. Siéntese acá. No lo voy a morder.

Ese giro dramático abandonando el voseo, me desacomodó. No obstante, abanderado en eso de hacerme el boludo, me acerqué y como un profesional de informática, desarrollé de punta a punta el contenido del *software*.

Ella mantuvo una actitud distante, casi profesional, intercalando monosílabos o expresiones del tipo “Hmmm... está bien”, o “Ajá”, y de tanto en tanto, para hacerme entender que me seguía, alguna acotación con la rúbrica de dirigente: “Supongo que esto se puede aplicar a todos las secciones, ¿verdad? “

Esos infinitos veinte minutos de exposición terminaron con una despedida acorde a los puestos en la empresa:

—Vaya, nomás Silvera. Mañana tráigame todo resuelto y en la semana lo ponemos a funcionar. Lo felicito.

Salí un poco a las apuradas y evité cualquier tipo de explicación al equipo que me esperaba con ansias y temor. Despejé los miedos, felicité a todos en nombre de la empresa y la señora vicepresidenta, y al toque, pretextando un molestar (fingido en lo corporal pero real en lo psicológico), me fui derecho a casa.

Pasé el resto de la tarde espiando el teléfono celular, y mirando series. Nada como una panzada de Netflix cuando uno quiere poner la mente en blanco. Sin

llamadas, ni mensajes y con una sopa recalentada del día anterior como cena, me fui a dormir.

Parecía una caja blindada, con metal por los cuatro costados, pero un espejo sobre una de las paredes delataba a un ascensor, de esos modernos que suben ciento cincuenta pisos en segundos. Una prisión encantada, hermética, y adentro solo vos y yo. Yo estaba desnudo, vaya a saber dónde tiré la ropa. Vos no. Tenías una pose dominante, con una pollera de cuero, botas y un corsé. Nos besamos como si fuera la víspera del fin del mundo y después, al oído, me dijiste que tenía veinte segundos, “veinte segundos para chuparme toda y hacerme acabar”. Entonces me arrodillé y encontré lo que te hizo explotar, justo antes de que las puertas se abrieran y el sonido de la alarma del celular me sacara a las trompadas de ese Edén jugoso, exquisito.

Desperté empapado, en todo sentido. María Antonieta ya me esperaba en el living, parada frente a su plato vacío de comida.

—Vos pensarás que estoy loco, ya sé... Te juro que no sé lo que está pasando... La vieja está buena, sí, pero no entiendo que es lo que hace en mis sueños... yo no la autoricé a estar ahí, ¿entendés?

El diálogo esta vez no resultó. La gata estaba hambrienta, y cuando eso pasa no responde a ninguna de mis preguntas, así que opté por llenar su cacharro con esas bolitas marrones que, al parecer, es alimento selecto para gatos adultos, y me metí en la ducha.

De todas maneras, reflexioné después, con el café con leche en la mano: pueden ser rachas, el estrés tiene esas vueltas medio locas: si no son los sueños, es la columna; si no es la columna son los cólicos, o los granitos en la cara. Es así. Ya se ocuparía mi psicólogo a su debido tiempo. ¡Salga un complejo de Edipo para la mesa tres!

Llegué al trabajo con un poco de miedo, que se fue disipando con el trabajo ajedrecístico y agotador de la implementación del programa. Hubo un mail general

prometiéndolo el consabido bono, hubo festejos, algún champagne que se descorchó en Sistemas y un sobrecito para cada uno de nosotros con un jugoso cheque para cobrar.

Con el equipo arreglamos brindar en uno de los boliches del microcentro después del trabajo. Allí, entre pintas de cerveza, rabas y papas cubiertas de cheddar, festejamos, nos pusimos en pedo, planeamos nuestras vacaciones.

Al llegar a casa, tambaleando, abrí el sobre para ver el monto del cheque (secretamente había reservado un pasaje a Madrid para el mes entrante): mucho mejor de lo que esperaba. Al sacar el cheque del sobre cayó al piso un pequeño papel: era una nota. Estaba doblado en dos. Lo abrí.

“Todavía mojada, sin poder recuperarme. Y eso que odio los ascensores. No puedo dejar de pensar en vos, me cuesta llegar a casa; a tal punto estoy perdida que mi marido está empezando a desconfiar. Siento que me siguen. Será mejor que dejemos de vernos hasta nuevo aviso.”

Como siempre que la vida me sorprende, busqué apoyo en María Antonieta; pero, como todas las tardes, estaba dormitando en su almohadón. Apenas dignó a levantar la vista, pestañear, y seguir en su infinita siesta.

Busqué en Google “episodios paranormales”, en Instagram a un par de astrólogos que no me dieron bolilla y me quisieron cobrar una fortuna, y para la consulta con el analista faltaban casi quince días. Estaba solo en este mundo, desamparado, aislado de la realidad por sueños caprichosos. Nada de esto podía charlarlo con mis amigos, que siempre criticaron (con algo de razón) mi inestabilidad emocional. Además, vamos, ¿quién iba a creermelo semejante descalabro?

Me costó dormir; por las dudas me masturbé un par de veces para que la liberación del inconsciente me agarrara cansado y falto de ganas, leí dos o tres páginas de un libro (desinteresadamente, solo porque quería acostarme con la compañera que me lo prestó) que resultó ser un bodrio increíble, y al cabo de dos o tres vueltas entre las sábanas, el sueño llegó.

Los vasos de whisky estaban vacíos; todavía flotaba, inerte, un solitario hielo en uno de estos. Fumabas, nunca te había visto fumar, pero me explicaste que de vez en cuando, que cuando estabas nerviosa, que no era lo normal. Sonaba de fondo la trompeta de Miles Davis, con sordina, acompañada por un piano y un rumor de batería. Hubo besos en ese sillón, que era mi sillón; mientras una gata, que era mi gata, nos observaba en un living desprovisto de muebles pero que era, por cierto, mi living. Después vino un sexo suave, lento, de cuerpos desamparados; sin las estridencias de los primeros encuentros, pero con la generosidad que concede la tolerancia. En el mismo sofá (que era mi sofá) me contaste de tu marido, de sus vínculos con el narcotráfico, de tu vida atrapada entre billetes de dólar, juntas de directorio y soledad.

Lloraste, y esa debilidad rompió algo, no sé; de pronto me invadió una ignorada nobleza y te propuse, entre las últimas caricias, escapar juntos.

Volviste a besarme y me dijiste que sí, varias veces, y mientras esperaba desde el limbo la sombría melodía del teléfono llamando a levantarme, alguien destrozó la puerta de entrada a patadas, y lo último que llegué a ver fue mi teléfono sobre la mesa de luz, apagado, apagado para siempre.

(Seud.: Javier Lamarca)

Las cartas del ruiseñor

La carta cayó del cielo como una pluma azul, aterrizando sobre el barro fresco de la plaza mientras Amalia corría descalza bajo la lluvia. Once años cargaba en los huesos, y una angustia que no sabía nombrar. Su padre había dejado de hablar esa mañana. Don Hilario, el último cartero de San Roque, se había quedado mudo frente a su bolsa de cuero, acariciando sobres amarillentos que jamás entregaría, con los ojos vacíos como pozos secos.

Amalia recogió el papel mojado. La tinta no se había corrido. Palabras diminutas, perfectas, azules como alas de mariposa nocturna: "Las palabras no mueren si alguien las recuerda."

No entendía. Nadie en San Roque entendería. El pueblo había olvidado leer hacía tanto tiempo que los libros eran solo ladrillos de papel, las bibliotecas depósitos de humedad, y las escuelas pantallas grises donde los niños copiaban símbolos sin significado. Amalia misma escribía su nombre cada día en la pizarra digital, trazando las letras como quien dibuja jaulas vacías. Sentía que algo se moría dentro de ella cada vez que copiaba esos signos huecos, como si estuviera enterrando pedazos de sí misma en una tumba de vidrio.

Su madre había muerto cuando ella tenía seis años. Lo único que recordaba era su voz leyendo cuentos al atardecer, aunque no comprendía entonces que eso era leer. Creía que su madre inventaba las historias, que las sacaba de algún lugar mágico dentro de su pecho. Cuando murió, Don Hilario guardó todos los libros en el ático y nunca más pronunció una palabra sobre ellos. Como si el silencio pudiera protegerlos del dolor.

Pero algo en esas palabras de la carta le quemaba la palma de la mano.

El canto había comenzado tres noches atrás. Un sonido que no venía del bosque de niebla ni del río que atravesaba el valle, sino del tejado de la Biblioteca Municipal, esa construcción de piedra que se alzaba en la colina como un muerto sentado, con las ventanas tapadas y las puertas selladas con cintas amarillas. Los viejos decían que ahí dentro el aire olía a tinta podrida y que las palabras sin leer se convertían en polvo venenoso. Decían que el último bibliotecario, Don Servando, había enloquecido tratando de salvar los libros y que una madrugada simplemente desapareció entre las estanterías, dejando solo su chaqueta de cuero colgada en el respaldo de una silla.

Amalia había escuchado el canto desde su habitación. Una melodía que parecía escrita, si es que los sonidos podían tener letra. Y esa noche, mientras la lluvia arreciaba y su padre murmuraba nombres de calles que ya no existían, lo vio: era un ruiseñor.

Pero no un ave común. Sus plumas tenían el color del humo mezclado con tinta, un azul ceniza que brillaba como si hubiera bebido luz de luna. Sus ojos eran negros y profundos, como puntos al final de frases infinitas. Cuando abrió el pico, en lugar de trino salió una voz susurrante, antigua.

—Alguien tiene que recordar.

El pájaro dejó caer un sobre en el saliente de la ventana y desapareció entre la cortina de agua. Amalia lo abrió con manos temblorosas. Dentro había un fragmento de historia: "Había una vez un pueblo que olvidó su nombre, y un niño que lo recordó al cantar."

Las palabras le dolieron en el pecho, como si algo dormido se removiera en sus costillas. Esa noche no pudo dormir. Se quedó mirando el techo, sintiendo que algo estaba a punto de romperse, algo que había estado contenido durante mucho tiempo.

A la mañana siguiente, más sobres aparecieron por todo San Roque. Uno flotaba en el barril de agua del panadero. Otro estaba enrollado dentro de un panal de miel. La maestra encontró uno cosido en el dobladillo de su falda. Cada carta contenía un fragmento distinto: versos rotos, recetas antiguas, confesiones de amor, nombres olvidados.

Don Eusebio, el panadero que llevaba treinta años amasando en silencio, leyó su carta y de pronto se puso a recitar: "El pan de cada día es un milagro pequeño, una resurrección de la harina." Lloró sin saber por qué. Sus manos, curtidas por décadas de harina y calor, temblaban sobre el papel como si sostuvieran algo sagrado. La maestra Remedios, que había enseñado durante dos décadas sin creer en lo que hacía, leyó la suya y escribió su nombre completo en el pizarrón de tiza viejo que guardaba en el sótano. Lo escribió despacio, saboreando cada letra como si redescubriera su propia existencia. Por primera vez en años, sonrió.

El anciano Tobías, que había perdido la vista en las minas, juró haber visto colores cuando alguien le leyó su carta en voz alta. Describió un azul que no existe en la naturaleza, un rojo que olía a canela, un verde que sonaba como campanas. La gente pensó que deliraba, pero él insistía: las palabras le habían devuelto algo que creía perdido para siempre.

El pueblo comenzaba a despertar, pero no todos querían abrir los ojos.

El Alcalde, un hombre de traje gris y corbata más gris aún, convocó una reunión de emergencia. Su voz era plana, manufacturada, como la de las pantallas de la Alcaldía.

—Estas cartas son un virus semántico. Alteran el comportamiento, generan emociones innecesarias. He ordenado su incineración inmediata. Mi Despacho ha sido claro: la estabilidad requiere uniformidad. Las palabras sin control son peligrosas.

Hubo murmullos en la sala. Algunos asentían con miedo, otros con la cabeza gacha. Pero Don Eusebio se puso de pie, con harina todavía en el delantal.

—¿Y qué tiene de malo recordar? —preguntó con voz quebrada.

El Alcalde lo miró con ojos fríos.

—El pasado es un territorio inhabitable. Solo el presente regulado garantiza el orden.

Amalia estaba escondida bajo la ventana del salón municipal cuando escuchó las palabras. Un frío le atravesó la espalda. Esa misma noche, decidió seguir al ruiseñor.

La biblioteca la esperaba en la oscuridad, herida y majestuosa. Amalia entró por una rendija en la puerta lateral, arrastrándose entre tablas podridas. El olor a papel viejo la golpeó como una ola: dulce y amargo a la vez, como la miel fermentada. Adentro, el silencio era tan denso que podía palparse. Pero no era un silencio vacío. Era un silencio lleno de respiraciones contenidas.

Los libros se movían.

En las estanterías cubiertas de telarañas, los lomos palpitaban como pechos diminutos. Las páginas se abrían y cerraban solas, como si bostezaran después de un sueño interminable. Del polvo surgían hilos luminosos que formaban palabras suspendidas en el aire: amor, fuego, resistencia, memoria, canto. Las letras flotaban como luciérnagas, dejando estelas de luz dorada que se desvanecían lentamente.

El ruiseñor estaba posado sobre un atril, en el centro de la sala, rodeado de libros abiertos. A su alrededor, las páginas formaban un remolino lento, girando en espiral como hojas en otoño. Cuando Amalia se acercó, el ave inclinó la cabeza.

—Hemos aprendido a escribir con el canto —dijo, o quizás lo dijeron los libros a través de él—, porque nadie sabe leer con los ojos.

—¿Quién eres? —susurró Amalia, sintiendo que las rodillas le temblaban.

—Soy todos los que fueron olvidados. Cada libro que nadie abrió. Cada carta que jamás se entregó. Tu padre tiene una bolsa llena de mí. Cada sobre no entregado es una palabra que no encontró oído, una voz que murió en el camino.

Amalia sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Recordó la bolsa de cuero de Don Hilario, los sobres amarillentos, las direcciones de personas que tal vez ya no existían. Recordó cómo su padre acariciaba esos sobres cada noche, como si fueran reliquias de un mundo perdido.

—¿Por qué él dejó de hablar?

—Porque las palabras no entregadas se pudren dentro. Se convierten en piedras que pesan en el estómago, en espinas que crecen en la garganta. Pero tú puedes sembrarlas de nuevo. Tú puedes darles voz.

El ruiseñor alzó vuelo y se posó en el hombro de Amalia. Pesaba menos que una brisa, pero su calor era el de mil hogueras diminutas. Ella sintió algo que no había sentido desde que su madre murió: esperanza.

—Lee. Entrega. Recuerda. Y, sobre todo: comparte. Las palabras solo viven cuando viajan de boca en boca, de corazón en corazón.

Durante los días siguientes, las cartas siguieron apareciendo como una plaga hermosa. Brotaban de las grietas de las paredes, caían de las ramas de los árboles, emergían entre las sábanas al despertar. San Roque comenzó a transformarse. Los ancianos recordaban canciones de cuna y las cantaban en las esquinas. Los jóvenes escribían nombres en las paredes con carbón y tiza, nombres de personas que habían existido, de lugares que habían sido. Los niños inventaban historias en lugar de copiar símbolos, y sus risas sonaban diferentes, más profundas, más reales.

Pero el Alcalde actuó rápido. Una mañana, los policías llegaron con lanzallamas y órdenes de arrasar la biblioteca. Traían uniformes negros y máscaras que les cubrían la mitad del rostro. Parecían sombras más que hombres. La multitud se reunió en la colina, dividida entre el terror y el asombro.

Amalia corrió hacia el edificio con el ruiseñor en su hombro. Sentía que el corazón le iba a explotar, pero algo más fuerte que el miedo la empujaba hacia adelante. Cuando los soldados avanzaron con las llamas listas, el ave cantó.

No fue un canto normal. Fue un huracán de sílabas, un tornado de sintaxis, una tormenta de significados. De la garganta del ruiseñor brotaron palabras luminosas que envolvieron la biblioteca como un escudo: resistir, florecer, permanecer, existir, vivir, amar, recordar. Las letras se convirtieron en enredaderas de luz que hicieron retroceder a los policías, que cayeron de rodillas cubriendo sus oídos, como si el canto les doliera físicamente. Las puertas de la biblioteca se abrieron solas, de par en par, y los libros comenzaron a volar.

Miles de ellos. Pájaros de papel con alas de páginas, revoloteando sobre el pueblo, dejando caer frases como semillas. La gente los atrapaba en el aire, los leía, lloraba, reía, gritaba. Cada frase era un descubrimiento, una revelación. "El amor es más fuerte que el olvido." "La memoria es el único país del que nadie puede exiliarnos." "Existir es ser leído por otros."

El Alcalde intentó huir, pero un libro lo golpeó en la cara. Era un diccionario. Se abrió en la página de libertad. Él leyó la definición, y algo se quebró en su expresión. Por un momento, pareció humano.

En medio del caos, Amalia vio que el ruiseñor temblaba. Sus plumas perdían brillo. Se estaba desvaneciendo como tinta en el agua.

—No —susurró ella, tomándolo entre sus manos con ternura infinita.

El ave dejó caer una última carta sobre su palma. Con esfuerzo, Amalia la abrió. Solo había una línea: "Cuando alguien te lea, yo renaceré." Comprendió. No era suficiente leer en silencio. Las palabras necesitaban voz, cuerpo, aliento. Necesitaban volver al aire, circular, multiplicarse.

Amalia se subió a la escalinata de la biblioteca, sosteniendo la carta en alto. Su voz era pequeña al principio, pero fue creciendo, alimentada por algo que no sabía que existía dentro de ella:

"Había una vez un pueblo que olvidó leer. Pero una niña recordó que las palabras son semillas. Y cuando las semillas se siembran en la voz, florecen en la memoria. Y cuando florecen en la memoria, nadie puede arrancarlas. Las palabras no son propiedad de nadie. Son el aire que compartimos, el agua que todos bebemos, la luz que nos permite vernos unos a otros."

Cada palabra que pronunció hizo brotar letras en las paredes de las casas, en los troncos de los árboles, en las piedras del camino. El nombre del pueblo apareció escrito en el arco de la entrada: San Roque, con una R mayúscula que parecía un río fluyendo. Los habitantes empezaron a leer en voz alta, todos al mismo tiempo, creando una sinfonía caótica y hermosa. Cada voz se sumaba a la otra, creando una armonía imposible.

El ruiseñor se disolvió en una nube de letras azules que se dispersaron por el cielo como constelaciones.

Pero su canto no murió.

Esa noche, Amalia regresó a su casa. Don Hilario estaba sentado junto a la bolsa de cuero, con los ojos rojos. Ella le extendió una de las cartas del ruiseñor.

—Papá, ayúdame a entregarlas. Don Hilario tomó el sobre con manos temblorosas. Lo leyó. Y por primera vez en meses, habló:

—Yo conocí estas calles. Conocí estos nombres. Tu madre me hizo prometer que nunca dejaría de entregarlas. Pero cuando ella murió, no pude. Cada carta me dolía demasiado.

—Entonces entreguémoslas juntos —dijo Amalia, tomando la mano áspera de su padre—. Por ella. Por nosotros.

Padre e hija comenzaron a repartir las cartas no entregadas. Cada una encontró a su destinatario, aunque muchos habían muerto o se habían ido. Los vivos las leían en nombre de los ausentes. Las palabras viajaban en el tiempo, construyendo puentes entre lo que fue y lo que podía ser. Don Eusebio recibió una carta de su hermano muerto en la guerra. La maestra Remedios leyó palabras de amor que su madre le había escrito antes de partir. El anciano Tobías escuchó la voz de su esposa fallecida, diciéndole que lo esperaba en algún lugar donde las palabras nunca mueren.

La biblioteca no volvió a cerrarse. Sus puertas permanecieron abiertas día y noche, como pulmones respirando. Las flores de papel crecieron en sus alféizares, y los niños aprendieron a leer sentados en el suelo frío, rodeados de libros que ya no temblaban, sino que respiraban tranquilos, sabiendo que alguien los escuchaba.

Y cada amanecer, cuando Amalia salía con su propia bolsa de cartero, el viento llevaba un eco casi imperceptible, una melodía hecha de sílabas:

Recuerda.

En las noches de luna llena, los habitantes de San Roque juraban ver un destello azul ceniza en el tejado de la biblioteca. Un brillo que podía ser un ave, o quizás solo una palabra que había aprendido a volar.

Amalia nunca dejó de buscar cartas. Las encontraba en los lugares más extraños: dentro de un pan recién horneado, entre las páginas de un calendario viejo, flotando en el río. Cada una contenía un fragmento de algo perdido, algo que alguien necesitaba encontrar.

Y que mientras alguien lea, nadie está verdaderamente solo.

El último cartero del pueblo había vuelto a trabajar. Pero ahora no entregaba solo cartas viejas. Entregaba promesas vivas, memorias que respiraban, palabras que brotaban como flores azules en medio del olvido.

Y en algún lugar, entre la tinta y el canto, el ruiseñor seguía escribiendo.

(Seud. : Árbol de tinta)

Todos quieren muchas cosas

Caminaba por la plaza cargando con su violín. La vi tres o cuatro veces, siempre a las tres de la tarde. Un buen día me lancé.

—Hola, Yamila —le dije.

Era tímida, advertí, de pronto apuraba el paso; mirándome de reojo se apartaba del camino.

—¿Tocás el violín? —le dije.

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije.

Mis zapatos tropezaban, costaba seguirle el tranco.

—¿Y hace mucho le metés?

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije—, el violín, si sabré de eso. Y aparte hay que usar el palito, hay que frotarlo en las cuerdas. ¿Vos tocás con el palito?

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije—, más difícil todavía.

El arte de conversar, yo era bueno en ese juego. Aunque no me era sencillo fingirme un hombre de mundo. Yamila era un libro abierto, sabía sobre muchas cosas. Entendí que era momento de jugarme a todo o nada.

—Yo también toco —inventé.

—¿Sí? —me dijo.

—Sí —le dije—, pero no con un violín. El violín me queda chico. Prefiero meterle al otro, al más grande, ¿cómo es?

Yamila enarcó las cejas.

—¿Conocés de lo que hablo?

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije—, violonchelo, así le dicen. Complicado, ya sabrás.

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije—, complicado y peligroso. Hay riesgo de volverse loco. Algunos le dan con los dedos, vos fijate a lo que llegan.

Hice un gesto ilustrativo que no supo valorar. La alcancé y seguí diciendo:

—Años tocando esa cosa. Décadas, te diría.

–Sí –me dijo.

–Sí –le dije–.Pero en fin, cuando uno es músico...

Bajó la cabeza intrigada. Miraba una llave en la mano. Ahí nomás arremetí:

–Si querés alguna vez te toco una pieza solemne.

Contra toda previsión, supongo que ruborizada, echó a andar cual liebre en fuga Yamila y su estuche negro. Pronto entró en aquella casa perdiéndose tras la puerta.

–¡Cuando quieras! –grité fuerte, justo al oírse el portazo.

Con mi mano de chelista empecé a peinarme el jopo. Ya contaba con un plan, tan solo debía esforzarme.

Profesor de violonchelo, así decía el cartel. “*Profesor J. Godín. Profesor de violonchelo, cosmetólogo, tatuajes*”. Más allá en trazo de brocha: “*Godín, repuestos y autopartes. Herrería, tarotismo, masajes, carpintería*”. Y arriba había más carteles: “*Pedicura, terapeuta, director de danzas escénicas*”, todos ellos apuntaban a un pasillo cubierto de agua.

–¿Vive alguien? –grité al fondo.

Golpeé las manos tres veces.

–¡Pase nomás!

Me hice al hecho: calculé siete zancadas, quizá fuera un poco más, la distancia allí interpuesta entre el deseo y su concreción. Dudé un poco, hay que decirlo. Y es que en medio estaba el charco y el hedor entre las moscas, ahí el manto de agua turbia donde fui a hundir los tobillos. Raro, pensaba yo, no había llovido en meses. Pero no iba a echarme atrás, vamos, me daba aliento, no era un charco tan profundo, solo había que cruzarlo conteniendo el resto de aire.

Zapateando aquella mugre descorrí al fin la cortina.

–Hola –dije.

–Buenas tardes.

–¿Usted es el profesor?

Ubicado en su banqueta, más bien encastrado en ella, se inclinaba un gordo en cueros ante un tatuaje pasado de moda: un ancla en el hombro de un joven.

—Soy Godín —dijo Godín.

—Mucho gusto, yo soy yo.

Le hablaba a la espalda peluda.

—¿Viene a tatuarse?

—No es eso.

—¿Viene a hacerse maquillar?

El joven soltó una risita, luego un gemido quejoso.

—Vengo por clases de *cello*.

El motor de las agujas se detuvo de inmediato. Godín largó la herramienta.

—Nadie toma clases de *cello* —dijo volteando su panza.

—Lo sé —dije—, quién quisiera.

—Usted quiere —señaló; el ombligo me apuntaba justo en medio de las cejas—, usted vino hasta mi puerta buscando clases de *cello*.

—Es posible —concedí, y miré hacia la cortina.

—¿Y entonces?

—Entonces nada: necesito cuanto antes convertirme en un chelista.

Godín rio al cielorrasso, le faltaban varias muelas. Dijo, como recordando:

—Todos necesitan algo.

—Sí —le dije.

—Sí —me dijo—, la demanda es infinita. Esto no se acaba nunca.

Me quedé pensando en eso.

—¿No me cree? —siguió diciendo— vea este joven sino. Mírelo.

—Lo estoy mirando.

—Mírelo bien, ¿qué necesita?

Me acerqué hasta su cliente con el ancla a medio hacer.

—Un tatuaje —respondí.

Godín meneó la cabeza.

—No es eso, ¿qué necesita? Vamos, piense, no es difícil.

—No lo sé —miré al muchacho— ¿qué querés? decíme vos.

El joven alzó la vista, parecía confundido. Dijo en tono suplicante:

–Necesito convertirme cuanto antes en pirata.

–Ahora le toca el tatuaje –empezó a explicar Godín–, luego algún diente de oro, una que otra cicatriz... Pide una pata de palo pero no atiende ese rubro.

–¿Y el garfio? –consultó el otro.

–Nada de amputaciones –Godín abrió una libreta–. Aunque puedo conseguirle... acá está, quizá algún parche. Y el loro, eso va al hombro. Y también el aguardiente.

–¿Qué es eso?

–No tengo idea. Pero puedo conseguirlo.

El muchacho miró al piso, no parecía convencido.

–Consígalo –dijo igual.

–Estupenda decisión.

Godín alisó su barba y volvió a ocupar asiento.

–¿Y qué hay de mis clases de *cello*?

–Usted espere –me indicó–. Y deje de hablar como idiota, detesto las afectaciones.

–Chelo –dije.

–Así me gusta.

El motor de las agujas reanudó el zumbido eléctrico. Debí hacerme de paciencia, supe que se tardaría: la barba del tatuador se enredaba en la herramienta.

–Oiga –dije–, no hay apuro; si quiere paso más tarde.

–Ya termino –dijo él–, aguante, no sea cargoso.

Fui a sentarme en un rincón, no encontré mejor idea. Hallé sitio sobre un tronco donde descansaba un hacha. Me puse a mirar los vestuarios, las máquinas, las herramientas. Entre frascos y cuchillos descubrí unos cuantos libros, una pila interminable de libros de autoficción. No supe qué hacía ahí, Godín no inspiraba confianza.

–Listo –dijo tras un rato–, ahí lo tiene, vea qué bien.

El tatuaje era terrible, siquiera con voluntad podía adivinarse un ancla. Sin embargo, cosa rara, el muchacho estudió el hombro con ojos de admiración.

—Gracias, maestro, es perfecto. Paso mañana, ¿está bien?

—Pase nomás, traiga alpiste.

—¿Para el loro?

—Qué pregunta.

Los dos se estrecharon la mano más allá de lo esperable. Quedé viendo en mi rincón el saludo a puño firme. El ancla sangraba un poco, el codo goteaba a pulso.

—Chau —me dijo aquel cliente.

Por mi parte alcé la mano.

Quedé viendo su partida, qué sujeto más extraño. El barro hasta las rodillas, las moscas sobre la espalda, ese cuadro me traía cierta angustia de domingo. Un alma desesperada, de eso mismo estoy hablando. Parecía un hombre triste, un hombre sin pizca de orgullo.

—¿Qué mira? —dijo Godín. Limpiaba ahora sus agujas con esponja y querosén.

—El muchacho —respondí—, parecía un hombre triste.

—Un hombre sin pizca de orgullo —dijo y meneó la cabeza—. Esto no se acaba nunca.

—No le entiendo.

—No me entiende.

Se estaba burlando de mí, temblaba brillante su panza. Otra vez reía al techo Godín y su boca abierta.

—Oiga —dije—, ya está bien.

—No se enoje —dijo él—, venga, no perdamos tiempo.

De pronto apartó un tabique (ahí no se andaban con puertas) y quitando un mantel viejo descubrió un hueco en la chapa. No logré ver demasiado, el lugar estaba oscuro. Nunca hubiera imaginado que allí había una escalera.

—Suba —dijo—, sígame.

—¿Me dará clases de chelo?

Godín no contestaría.

Fui tanteando las paredes siguiendo la carcajada.

El chelo es un instrumento muy difícil de tocar, las cuerdas son cables de acero y el arco resulta intratable. Y suelen tener el peso de una máquina a vapor. El mío era más pesado, de puro hierro fundido.

—Lo ensamblé con estas manos —solía jactarse el maestro—, son restos de algún encargo, cien por ciento fundición.

—Qué acabado —decía yo.

—Y nada de huecos tramposos. Acá no se pijotea.

Las clases eran odiosas, fui un alumno muy sufrido. Godín era demandante, quería sacarme bueno. Creo que lo consiguió, y lo digo humildemente, al cumplirse el primer año ya tocaba alguna pieza: los primeros tres compases de una obra en si bemol. Era una obra compleja, nunca llegué a comprenderla eso que su ejecución constaba de esa sola nota.

—Excelente, profesor —yo hablaba y peinaba mi jopo—, Yamila podrá comprobar que ahora somos almas gemelas.

—Mansoganso —decía él—, no se apure que no hay premio.

—¿A qué se refiere con eso?

—Las mentiras traen mentiras, esto no se acaba nunca. Y mire que debe dos cuotas. Tres contando el mes pasado.

Insistía con aquello de su fuente de trabajo. Parecía divertirse, mostraba sus muelas faltantes.

—Los deseos inventados se pagan como condena.

—Qué me importa —decía yo. Para entonces no escuchaba.

Ya frotaba mis dos manos, mis dos patitas de mosca. Ahora sí, me repetía. El amor estaba a tiro.

Esperé en aquella plaza por tres días de vigilia, por tres días y tres noches montando guardia junto al instrumento. Pero al fin apareció, tenía que suceder, la vi veniral encuentro balanceando cierto bulto. Raro estuche, pensé entonces. Y enseguida fui a lo nuestro:

—Bendita la coincidencia —disparé desde mi banco—, qué justo nos encontramos.

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije—, el destino, debe ser. ¿Quisieras oír a un chelista?

—Sí —me dijo, y sonrió.

Pero yo no sonreí, o más bien dejé de hacerlo. Mi mano se aferró al arco buscando partirlo en pedazos.

—¿Es tuyo? —quise saber.

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije—. Qué alegría, ¿no es verdad? Los hijos, digo. La vida.

—Sí —me dijo.

—Sí —le dije— Tan chiquitos.

—Sí.

—Qué cosa.

La conquista naufragaba, ya puede verse el desastre. Pensé en todos mis esfuerzos, en el tiempo y el dinero invertidos para nada. Un hijo, qué inconveniente. Pero no me rendiría, no soy de esos que se dejan arrastrar por el fracaso.

—Yo también soy un buen padre —lo dije alzando la pera—, creo que un padre ejemplar.

—¿Sí? —me dijo.

—Sí —le dije—, eso es lo que dicen todos.

El bebé empezó a llorar. No pude agregar demasiado.

—¡Nos vemos! —grité a destiempo, aunque ya estaban muy lejos Yamila y su cría maldita.

¿Qué hacía yo en esa plaza? Eso pensé en el instante.

Arrojé mi chelo al piso destrozando las baldosas. Qué terrible maldición, creí que no habría consuelo. Me sentía un pobre diablo, quizá finalmente lo fuera, un hombre sin pizca de orgullo que nunca ha sabido de triunfos. Ahora odiaba la castidad, la plaza a las tres de la tarde, y claro que odiaba la música, los bebés recién nacidos, las deudas, el charco inmundo.

Posiblemente llorando—quién sabría precisarlo—, llegué a los tumbos hasta mi casa hecho un despojo de frustraciones.

Apenas abrí la puerta disqué el número indicado.

—Necesito ya otro encargo.

—Lo sé —contestó Godín.

—¿Lo sabe?

—Qué quiere ahora.

—Ser padre —dije sin vueltas—. ¿No dispone de un cliente que ande buscando ser hijo?

Godín se quedó pensando.

—De eso no me queda nada. Pero no se desanime, creo que tiene solución.

—¿En serio?

—Le saldrá caro: conozco cierta clienta que quisiera ser mamá.

No supe qué responder. Godín dijo:

—No se apure. Piénselo y venga mañana.

Después colgó sin despedirse. Por mi parte hice lo mismo, también colgué el tubo sin más, la línea hacía ruidos extraños.

Qué dilema, y qué ansiedad. Me quedé junto al teléfono rumiando de pie la propuesta. Pero no soy bueno en eso, en pensar largo y tendido asuntos de suma importancia. Suficiente, dije al cabo, lo echaría a cara o cruz. Así mismo procedí: tiré una moneda al aire, la moneda de la suerte, que voló tras el sillón ocultando el veredicto.

El destino, pensé yo, no haría tiempo a confirmarlo. Para entonces ya corría directo al pasillo inundado.

Llegué y encontré al maestro sentado frente a un papel. Era raro verlo de anteojos.

—¡Me está entrando todo el barro!

—Lo siento —dije—, es urgente.

—Espere su turno —me dijo—, primero le toca al muchacho.

Detrás de él había un hombre, otro cliente en espera. Observaba atentamente el trabajo del maestro.

—Macanudo, vea qué bien —Godín hablaba al cliente—, ya puede llevarlo armadito, corregido y aumentado.

—Excelente —dijo el otro, y ofreció su mano libre en señal de gratitud.

Empuñando sus papeles salió leyendo en voz baja.

—¿Qué quería? —pregunté.

Godín levantó los hombros:

—Fingir mejor que los otros.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo ve: se le dio por macanear que podía ser escritor.

—Escritor —me sonreí.

—No soy quién para juzgarlos. Estos pagan lo que sea.

—¿Cuánto? —quise averiguar.

El maestro echó un suspiro, dejó a un lado los anteojos.

—Qué se le antoja esta vez.

—Ya lo hablamos, ¿no se acuerda?

—Ya lo hablamos —miró al techo—. Todos quieren muchas cosas.

—Sí —le dije—, no se burle.

—No me burlo —se reía—, pero usted no aprende más. Y su deuda se acrecienta. ¿Sabe cuánto está debiendo?

—Sí —le dije—, demasiado. No entiendo qué le divierte.

Godín me ofreció una rebaja, todo a cuenta de otro encargo. El trueno de una tormenta se oyó al estrechar su diestra.

—Está hecho —dije serio.

–Está hecho –replicó.

Luego inquirió sobre el chelo. Le dije que estaba en la plaza.

–Tráigalo –dijo tajante–, lo ensamblé con estas manos.

–Por supuesto –dije yo.

Y ahí se largó a llover.

Nos casamos por iglesia. Nos tatuamos los anillos.

–¡Duele! –decía yo.

–Tranquilo –decía Godín–, no se mueva que es peor.

Los hijos llegaron pronto, mi esposa los tuvo enseguida. Les di a todos mi apellido y también les di mi nombre. Cosas que hacemos los padres, yo las cumplo a rajatabla: los abrigo cuando hay frío, los castigo cuando puedo, les enseño de la vida inventándome virtudes.

–No corran –les digo–, no escupan.

Mi esposa me da la razón.

–Háganle caso a su padre –les dice y les tira la oreja–, no corran, no coman tierra.

Pero no estoy satisfecho, para qué voy a mentir. Ser padre es tarea difícil. Se lo dije una vez a Yamila.

–Ser padre es tarea difícil.

–Sí –me dijo.

–Sí –le dije.

Y eso es todo, mi derrota. Nunca más he vuelto a verla. Lo nuestro está terminado.

Pero no vaya a creerse que me he perdido gran cosa, más bien todo lo contrario. No es honesta, me enteré. Lo sé de primera mano, de boca del propio Godín.

–Acá debe una fortuna.

–¿Sí? –le dije.

–Sí –me dijo.

Después agregó lo de siempre:

–Todos quieren muchas cosas, esto no se acaba nunca.

–Sí –le dije–, qué terrible. Y el tiempo transcurre a prisa.

Las moscas, el barro inmundo, todo eso me recuerda que aun debo esforzarme otro poco. Y es que siempre hay una vuelta, ya vendrá la solución. Godín estará de acuerdo. El charco sigue creciendo y un balde solo no alcanza.

Seud.: Silvestre Sinarro

Piso 13

Nota preliminar: Este texto fue reconstruido a partir de tres fuentes: un documento de WhatsApp recuperado del celular de Agustina Verón (lastseen: 23/04/2019, 14:47), el informe pericial 4402/2019 del Cuerpo de Investigaciones Judiciales, y mi propia visita al Palacio Barolo el 7 de mayo de ese año. La reconstrucción es necesariamente imperfecta.

Agustina a Tomás, 23/04/19, 09:15: *che te acordás que te conté del laburo de relevamiento en el barolo? encontré algo re turbio*

Tomás a Agustina, 09:17: *turbio cómo*

Agustina, 09:22: *hay un piso que no existe. tipo, está pero no está. medí todo y hay 3 metros de diferencia entre el 12 y el 14*

te mando foto de los planos originales [archivo: planos_barolo_1922.jpg - no disponible]

Tomás, 09:25: *capaz es cámara técnica o algo así*

Agustina, 09:28: *eso pensé. pero busqué en todos los diarios de la época y Palanti habló del piso 13 en la inauguración. lo describió como "el punto de inflexión de la estructura simbólica". literal esas palabras*

ahora no hay piso 13

Del Informe Pericial 4402/2019 (extracto):

"El relevamiento dimensional del edificio ubicado en Av. Hipólito Yrigoyen 1370 arroja las siguientes inconsistencias: la altura total del inmueble (100,32m) excede en 2,87m la suma de alturas de entresijos registrables (97,45m). Esta discrepancia no puede atribuirse a espesores de losas ni cámaras técnicas convencionales.

En el sector noreste del nivel 12, a 4,20m del muro exterior, se identificó mediante georradar una cavidad de aproximadamente 180m² con altura estimada de 2,5 a 3m. No se encontró acceso visible desde ningún nivel.

Nota: Durante la inspección del 24/04/2019, el equipo de relevamiento reportó 'ruidos metálicos' provenientes del área señalada. No se pudo determinar origen."

Agustina a Tomás, 23/04/19, 11:43: *che encontré la entrada*

Tomás, 11:44: ???

Agustina, 11:47: *estaba en el pasillo del 12, donde termina. hay como un panel que se corre. adentro hay una escalera*

Tomás, 11:48: *agus no subas sola a lugares raros en edificios viejos*

Agustina, 11:51: *ya subí*

Tomás, 11:51: *LA CONCHA DE TU MADRE*

Lo que sigue es mi reconstrucción de lo que Agustina encontró, basada en lo que me contó después y en lo que vi yo mismo dos semanas más tarde.

El espacio entre el piso 12 y el 14 no es una cámara técnica. Es un salón. Enorme, vacío, con el hormigón desnudo y una única estructura en el centro: una columna de hierro forjado que sube hasta el techo, donde hay una abertura circular. La columna tiene una escalera caracol incorporada.

Lo inquietante no es el espacio en sí. Es que está limpio. Sin polvo, sin telarañas, sin ninguno de los signos de abandono que uno esperaría de un lugar cerrado durante casi cien años.

Y en el piso, escritas con tiza blanca, hay listas.

Agustina, 23/04/19, 12:03: *tomás me estoy cagando*

Tomás, 12:03: *qué pasa*

Agustina, 12:04: *hay nombres en el piso. un montón. con fechas*

Tomás, 12:05: ??

Agustina, 12:08: *esperá que te saco foto* [archivo: IMG_4402.jpg - no disponible]

se ve?

Tomás, 12:09: *no me llegó la foto*

Agustina, 12:12: *qué raro. te mando por mail*

igual te digo algunos: "Luis Barolo, 1923" "Mario Palanti, 1924" "Alfonsina Storni, 1938"

Tomás, 12:14: *alfonsinastorni la poeta?*

Agustina, 12:15: *sí. se suicidó en el 38*

hay como cincuenta nombres más. todos tienen fecha. algunos los conozco

cortázar está. dice "1938"

Tomás, 12:17: *qué dice de cortázar?*

Agustina, 12:18: *"Julio Cortázar, 1938"*

Pero cortázar no murió en el 38. murió en el 84

Tomás a Agustina, 12:22: *agus las fechas no son de muerte*

Agustina, 12:23: *cómo sabés*

Tomás, 12:24: *porque storni se suicidó en mar del plata en octubre del 38. si estuvo en el barolo en el 38 no puede ser su muerte*

son fechas de cuándo estuvieron ahí

Agustina, 12:28: *pero entonces por qué barolo y palanti tienen 23 y 24? o sea, el edificio se inauguró en el 23*

por qué volvería palanti en el 24?

Tomás, 12:30: *no sé. salí de ahí*

Agustina, 12:33: *hay más. hay nombres recientes*

"Daniela Suárez, 2007" "Marcelo Fabián, 2011"

"Agustina Verón, 2019"

Cuando Agustina me llamó esa tarde, estaba en Retiro, esperando el tren a Tigre. No era un día especial: martes 23 de abril, otoño, llovizna intermitente. Hablamos diecisiete minutos. Tengo el registro de llamadas.

Me contó todo: el espacio oculto, los nombres, la fecha junto al suyo. Le pregunté si había subido por la escalera caracol. Me dijo que no. Que cuando vio su nombre se fue directo.

Le pregunté cómo había cerrado el panel desde afuera. Hubo una pausa larga.

"No lo cerré", me dijo. "Quedó abierto."

Le dije que íbamos a la policía. Me dijo que esperara, que primero quería entender. Que iba a volver al día siguiente con una cámara mejor.

Fue la última vez que hablé con ella.

Del Informe Policial 2384/2019:

"El día 24/04/2019, a las 16:40hs, el encargado del edificio sito en Hipólito Yrigoyen 1370 alertó a esta dependencia sobre la presencia de una persona en estado de alteración en el piso 12. Al arribar el móvil policial, la testigo (identificada como Agustina Verón, 29 años, DNI 35.442.881) se encontraba en el pasillo en aparente estado de shock.

La testigo manifestó haber 'visto algo' pero no pudo precisar qué. Negó consumo de sustancias. Negó intento de suicidio. Al preguntársele por qué se encontraba en el edificio, respondió: 'Vine a borrar mi nombre.'

No se encontraron elementos de escritura en su poder.

La testigo fue trasladada al Hospital Ramos Mejía para evaluación psiquiátrica. Alta voluntaria a las 22:15hs."

Yo fui al Barolo el 7 de mayo, dos semanas después. Agustina no me atendía el teléfono. Sus viejos me dijeron que estaba bien, que necesitaba descansar, que había tenido "un episodio".

Encontré el panel. Estaba cerrado, pero cedió con un poco de presión. La escalera metálica seguía ahí. Subí.

El salón estaba igual a como Agustina lo había descrito. La columna de hierro en el centro, la escalera caracol, la abertura en el techo. Y en el piso, las listas de nombres.

Encontré a Barolo. Encontré a Palanti. Encontré a Storni, a Cortázar. Encontré los nombres recientes que Agustina había mencionado.

Busqué "Agustina Verón, 2019".

No estaba.

En su lugar, con la misma tiza blanca, decía:

Agustina Verón, 2019 [borrado]

Tomás Reyes, 2019

Salí del edificio a las 19:30. Tomé el subte línea A hasta Plaza de Mayo, después caminé hasta mi departamento en San Telmo. Pedí comida, vi dos capítulos de algo en Netflix, me dormí pasada la medianoche.

No volví al Barolo. No llamé a Agustina. No hablé con nadie sobre lo que vi.

¿Por qué estoy escribiendo esto ahora? Porque es octubre de 2024 y hace cinco meses que tengo un zumbido en el oído izquierdo que ningún médico puede explicar. Porque anoche soñé con una escalera caracol que sube hasta una oscuridad que respira.

Porque esta mañana, revisando fotos viejas en mi celular, encontré una que no recordaba haber sacado: el salón del piso 13, tomada desde arriba, desde la abertura del techo.

En la foto se ve todo: la columna, el piso de hormigón, los nombres en tiza. Y en el centro exacto, mirando hacia arriba, hay una persona.

Soy yo.

Pero yo nunca subí por esa escalera.

Nota final: El Palacio Barolo, diseñado por Mario Palanti e inaugurado en 1923, fue el edificio más alto de Sudamérica hasta 1930. Su estructura simboliza la *Divina Comedia* de Dante: los sótanos representan el Infierno, los pisos intermedios el Purgatorio, y la cúpula con su faro el Paraíso. En 1997 fue declarado Monumento Histórico Nacional.

Oficialmente, el edificio tiene 21 pisos contando desde planta baja. Por superstición, no hay piso 13.

Mario Palanti murió en Milán en 1949. Julio Cortázar murió en París en 1984.
Alfonsina Storni se suicidó en Mar del Plata en 1938.

Agustina Verón figura como empleada activa del área de Patrimonio Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Su último día de trabajo registrado es el 23 de abril de 2019. No hay licencia médica ni renuncia formal.

Yo sigo viviendo en San Telmo. Sigo trabajando. El zumbido continúa.

Hace tres días, el algoritmo de Google Photos me sugirió compartir "recuerdos" de hace cinco años. Entre las fotos había una del interior del Barolo que no recuerdo haber sacado.

En ella, escrito con tiza blanca en el piso de hormigón, se lee:

Tomás Reyes, 2019 — 2024

Hoy es 23 de octubre de 2024.

(Seud.: Dano)

La lámpara de Atenea

Dicen que la ciudad aprendió a escuchar a los dioses cuando se quedó sin voz. Yo, Filón, copista de pergaminos y mal poeta a ratos, aprendí a escuchar a los hombres el año en que se cerraron las puertas de Atenas y la peste nos barrió como si fuéramos polvo en el mármol del ágora. Fue el segundo verano de la guerra contra Esparta, cuando Pericles aún vivía y los barcos traían trigo y rumores a la vez. Entonces no sabía que una lámpara de aceite, una tablilla ennegrecida y una muchacha con ojos de obsidiana iban a cambiar mi destino.

Mi taller olía a tinta, cola de pez y piel raspada. Pasaba las mañanas copiando discursos y versos que apenas entendía, y por las tardes bajaba al puerto con los muchachos del Pireo a escuchar a los marineros. Traían historias de Sicilia, de

Siracusa y Gela; hablaban de corintios que tejían alianzas como redes, de espartanos que medían el mundo a zancadas. Atenas se soñaba a sí misma eterna y luminosa, pero dentro de las murallas el aire se volvía espeso, el agua escasa y el ruido de los carros se mezclaba con una tos que no perdonaba a nadie.

La conocí un mediodía de julio, cuando el sol convertía las tejas en brasas. Entró en el taller con una túnica sencilla y el cabello recogido sin adornos. Llevaba bajo el brazo un cilindro de arcilla sellado con pez y una firmeza en la mirada que hubiera hecho callar a un sofista.

—Busco a Filón —dijo, sin vacilar—. Me han dicho que no solo copias, sino que entiendes lo que copias.

—A veces —respondí—; la mayor parte del tiempo finjo.

Sonrió de medio lado, como quien reconoce un arma familiar en manos ajenas. Depositó el cilindro sobre la mesa y, con un cuchillo, rompió el sello. Dentro, envuelta en lino, había una tablilla de cera ennegrecida, con letras apretadas como hormigas.

—Mi padre la escribió antes de enfermar —explicó—. Era meteco, de Mileto, y trabajaba para los trierarcas registrando pesos y rutas. Me llamo Tais. Necesito que la leas.

Soplé el polvo de la cera. Las letras, trazadas con punzón, decían lo que nadie en Atenas quería oír: que en la contabilidad de los graneros del Pireo había más huecos que grano; que las flotas traían trigo a nombre del demos, pero éste se desviaba a manos de unos pocos. Había nombres: comerciantes de Anfípolis, un estratega de sonrisa ancha y un par de escribas de puerto. Y había una fecha: la víspera de las Dionisias. La tablilla terminaba con una frase que no supe si era advertencia o ruego: “Lo que se roba del vientre del pueblo, la peste lo reclama”.

—¿Por qué vienes a mí? —pregunté, con el pulso encabritado.

—Porque los nombres que has leído no te temen —contestó—. Y porque sé que Pericles, si se lo ponen por escrito, no entregará la ciudad a los buitres. Pero nadie quiere escribirlo. Tú puedes.

Me quedé mirando la lámpara que colgaba sobre la mesa. La llama parecía hundirse en el aceite como una abeja en miel. En el patio, un aprendiz golpeaba un marco de pergamino. Más allá, se oía el graznido de las gaviotas y, al fondo, los gemidos de un enfermo. Atenas no necesitaba más desgracias; ya teníamos suficientes. Y, sin embargo, algo en aquella muchacha —tal vez la línea terca de la mandíbula, tal vez el acento de la Jonia— me hizo asentir.

—Volverás al caer la tarde —dije—. Haré una copia clara. Y buscaré a alguien que sepa moverla en las sombras.

El hombre que “sabía moverse” se llamaba Cleón, pero no el demagogo que luego haría y desharía en la Asamblea, sino un viejo esclavo liberado que servía de correo a quien pudiera pagarle en piezas de cobre o en vino fuerte. Lo encontré en el mercado de pescados, discutiendo el precio de una corvina como si fuera un tratado de paz. Le conté lo justo.

—Papelitos que muerden —gruñó, escupiendo una espina—. ¿Quieres que llegue a Pericles?

—Quiero que llegue a su círculo, que alguien con voz limpia lo lea antes de que quienes tienen las manos manchadas lo tapen.

Cleón se encogió de hombros.

—Las voces limpias no duran mucho en verano —dijo—. Pero conozco a un tal Anaxágoras, que fue maestro del maestro. Está desterrado, sí, pero tiene discípulos que entran y salen como la brisa. Déjame a mí.

Le di la tablilla copiada y una pequeña lámpara de barro.

—Para el camino — dije.

—Para no perder el mío —contestó él, con ironía.

Regresé al taller con la lengua seca. Tais llegó al anochecer, cuando la sombra de la Acrópolis se alargaba sobre los tejados como una mano suave. Le dije lo que había hecho. No me dio las gracias ni me reprochó nada; solo se sentó en un banco, extenuada.

—Mi padre murió ayer —dijo, sin drama—. Me mudo a tu taller hasta que esto acabe.

—¿A mi taller?

—A tu sombra, si lo prefieres. Si el estratega que has leído decide que sabe sumar, vendrá por mí. Y si no, vendrán otros. Tú tienes pared y puerta.

No hubo modo de discutirlo. Le preparé un camastro junto a la despensa. Esa noche escuchamos, desde cuartos diferentes, la respiración del otro y el rumor contrito de la ciudad. Afuera, perros, toses, lamentos. Adentro, silencio.

Los días siguientes fueron densos como el aceite frío. El calor enseñoreaba la piedra; el puerto apestaba a redes y a miedo. Las mujeres colgaban tiras de lana en más de un santuario, pidiendo a Asclepio que mirara hacia nosotros; los sacerdotes, agotados de dar respuestas, empezaban a evitar preguntas. El rumor de la tablilla creció sin que supiéramos cómo. Cleón no volvió. En su lugar apareció un muchacho con la cabeza rapada y el manto corto de los aprendices de filosofía. Traía en los ojos fiebre y una carta doblada con delicadeza.

“Las palabras pesan —decía—. Quien quiera aligerarlas, pierde la ciudad. Venid mañana al anochecer, sin escolta, a la casa de Díotima, cerca del Iliso. Llevad la tablilla original.”

Firmaba con una inicial, A., y un pequeño dibujo: una lámpara. Tais puso la carta junto a la lámpara real y la comparación me pareció una señal que no entendía. Ella, en cambio, frunció el ceño.

—Es una trampa muy bella o una ayuda todavía más peligrosa —dijo—. Si vamos, quizás no volvamos. Si no vamos, la ciudad seguirá enferma.

—Podemos quemar la tablilla —propuse, de pronto.

—Puedes —me corrigió—. Yo no.

Fui a la fuente pública a llenar tinajas. El agua, que venía de larga distancia, sabía a albañales y salvación. Una anciana me ofreció higos; los rechacé por miedo a llevarle nada de mí. El sol caía, rojos los pórticos, doradas las estatuas de los héroes. Atenas seguía hermosísima incluso en la fiebre, como una mujer que se arregla para que no la vean llorar. Cuando volví, Tais estaba encendiendo la lámpara con una serenidad que me sobresaltó.

—Vamos.

La casa de Díotima, me habían dicho, era a la vez escuela y santuario, un lugar donde las mujeres instruidas enseñaban a otras a hablar con el espíritu y con el mundo; un sitio liminar, como la orilla del río. Llegamos por caminos laterales, evitando la arteria principal donde la muralla proyectaba sombra y miedo. El Iliso corría bajo un puente sencillo, y la casa se alzaba detrás de unos olivos. Una joven nos abrió como si nos esperaras desde años atrás. Nos condujo a una sala amplia, con alfombras gastadas y tapices donde figuras danzaban con antorchas. Allí, junto a una mesa baja, un hombre delgado, con barba cana y ojos que parecían mirar el pasado, nos saludó con un gesto mínimo.

—Soy Hipódamo —dijo—. Arquitecto de ciudades. En tiempos mejores trazaba puertos y plazas. Ahora, solo recibo mensajes.

No llevaba el signo de la lámpara, pero no hacía falta. Su voz era un plano.

—¿Dónde está A.? —pregunté.

—En muchos sitios y en ninguno —respondió—. A veces la carta es más segura que la mano. ¿Trajisteis la tablilla?

Tais la sacó envuelta. Hipódamo la leyó con un repaso de artesano. Asintió una vez, dos, tres.

—Esto en la Asamblea sería una tea —dijo—. No hay madera más seca que una multitud que olvida comer. Pero las teas también incendian casas. Hay que prender la justa.

—¿Cuál? —preguntó Tais, seca.

—Una audiencia breve con quien escucha lo que no conviene —respondió el arquitecto—. Mañana, al amanecer, a los pies de Atenea Polias. No con Pericles; con Aspasia. Ella dice rumor y rumor la oye.

El nombre flotó un instante en el centro de la sala como una brasa. Aspasia, la extranjera de Mileto, amiga y amante del primer ciudadano, oradora sin derechos pero con una lengua que enderezaba discursos. Tais apretó los labios. Yo traté de imaginar mi torpe voz hablando ante ella y ante la diosa. Me temblaron los dedos.

Nos quedamos aquella noche en la casa, por indicación de las mujeres. Olía a hierbas y a pan reciente; dormí mal, como un soldado en la vigilia. Antes del alba, salimos por un portillo y tomamos un camino entre huertos. Atenas parecía contener la respiración. En la Acrópolis, los gallos de piedra, dorados por el primer sol, eran aún sombras. Subimos despacio. En la escalinata, un par de hombres armados nos miraron con esa mezcla de tedio y autoridad que mata sin sangre. Tais les mostró la tablilla. Uno hizo un gesto. Pasamos.

Ante el pórtico, nuestras sandalias sonaban a sacrilegio. El templo abría su entraña al cielo. Allí, junto a una columna, una mujer que no era sacerdotisa pero

podría haberlo sido, nos esperaba. Su túnica era de un azul extraído de flores; su mirada, un cuchillo sin empuñadura.

—Sois los que traen hambre en palabras —dijo, sin preámbulos.

—Traemos la medida del hambre —contestó Tais.

Aspasia escuchó sin interrumpir, pasando la yema del dedo por la laca de la tablilla, como quien acaricia un mapa. Al final, habló muy quedo:

—Pericles no ignora que la riqueza se derrama más fácilmente sobre quienes ya están mojados —dijo—. Pero la guerra ha multiplicado la fiebre y la fiebre es excusa. Podemos airear esto en la Asamblea, sí. Tendremos una tarde de llamas. Y al amanecer siguiente, la ciudad volverá a cerrarse como una ostra.

—Entonces, ¿qué? —se me escapó—. ¿Guardamos la tablilla como un amuleto? ¿La ponemos bajo la almohada y esperamos que Asclepio sueñe?

La sonrisa de Aspasia fue un látigo contento.

—Eres poeta, aunque no lo confieses —dijo—. No. El papel no cura. Cura la mano que mueve el recipiente. Si el grano entra por un canal sucio, cambiad el canal.

—Eso es puerto, no palabra —replicó Tais, con una chispa de la Jonia en la boca.

—Es ciudad —dijo Aspasia—. Si queréis salvarla con discursos, uniréis otra tablilla dañada a este montón. Si queréis salvarla con actos, buscaremos la llave del granero que no abre con voces.

Se volvió hacia la puerta lateral. Un hombre esperaba como si no esperara nunca. Llevaba las manos curtidas y un gesto de quien conoce cada madero del Pireo.

—Este es Mnesicles —dijo ella—. Supervisó obras en el Propileo y sabe por dónde respira el puerto. Vuestro papel ha encendido su lámpara. Id con él.

No hubo ceremonia. Bajamos de nuevo entre mármoles y polvo. El sol ya hería las estatuas; la ciudad despertaba envuelta en un paño de fiebre. En el camino, Mnesicles habló lo justo:

—Los graneros del Estado están junto a la muralla interna —dijo—. Las tablillas dicen una cosa, los carros otra. El desvío no se hace a la vista, sino con la noche pegada a la espalda. Los carros llegan con menos peso del que declaran y ese menos se guarda en depósitos no escritos. Para cortar, no basta con acusar; hay que poner pan delante del demos y dejar a los acusados sin respiro.

—¿Cómo se pone pan delante del demos sin pan? —pregunté, literal.

—Con barcos —dijo—. Hay tres amarrados en el muelle sur que, a estas horas, deberían estar descargando. No lo hacen porque acaso alguien les paga para que no lo hagan. Si soltamos sus amarras y los ponemos en la rampa pública, los lotes se repartirán al lado mismo de la Asamblea. Haced que el rumor llegue antes que nosotros.

—Eso es... un golpe —musitó Tais.

—Es una cuña en un madero podrido —corrigió Mnesicles—. ¿Tenéis miedo? Tendréis más si el miedo come también vuestra comida.

No discutimos. Por primera vez desde que comenzó la peste, sentí un hilo de aire frío llegando a los pulmones.

(Seud.: Cornelia)

Her Confession: el susurro de las diosas

En las primeras horas del mundo, cuando los dioses aún caminaban entre mortales y las estrellas eran oráculos que se leían con los ojos cerrados, nacieron los aromas. No como simples huellas olfativas, sino como portales sagrados. Cada gota encerraba un fragmento de eternidad. Un gesto. Un deseo. Un susurro.

En la Grecia antigua, entre columnas de mármol que besaban el cielo y templos bañados por el sol del Egeo, las mujeres no caminaban: flotaban. Sus pasos parecían versos perdidos de alguna epopeya divina. Llevaban sobre la piel

esencias que no solo perfumaban el cuerpo, sino que hablaban el idioma de las diosas. Afrodita misma, dicen algunos, ungía con jazmines y rosas las muñecas de sus sacerdotisas. El perfume era rito, protección, confesión y arma.

Cruzando el mar hacia Roma, entre los laberintos de jardines ocultos y fuentes que cantaban secretos al atardecer, las matronas y cortesanas perfeccionaron el arte de seducir sin tocar. Vestían seda, sí, pero también mirra, nardo, almizcle. El perfume era un conjuro líquido que dejaba huellas sin pasos, memorias sin tiempo. No necesitaban decir su nombre: bastaba con el aroma que flotaba tras su sombra.

Y aunque los siglos pasaron, y las piedras de aquellos templos comenzaron a desmoronarse, una verdad resistió intacta: el perfume no muere. Solo se transforma. Cambia de frasco, de forma, de boca. Pero sigue susurrando en la piel de quienes saben escucharlo.

Her Confession nace de esa herencia. No como una simple fragancia, sino como un eco ancestral. El frasco, inspirado en el busto de una musa antigua, no es un envase: es un relicario. Y dentro de él no habita solo el aroma de flores nocturnas y especias doradas, sino una historia que aún arde en los huesos del mundo.

"I must confess, the impact you leave on me is like no other..." —susurra su inscripción, como un secreto murmurado en la oreja de alguien que ya conocemos de antes.

Este perfume no está hecho para la multitud. No es un producto. Es un encuentro. Una confesión silenciosa entre dos almas que se reconocen sin haber cruzado palabra. Una mujer, al rociarlo, no se viste de aroma: se recuerda. Recuerda quién fue. Quién es. Y quién será, incluso cuando ya no esté.

No habla solo de flores, no. Habla de un atardecer vivido en otra vida. De un beso que no se dio, pero quedó flotando en el aire. De una certeza sin testigos. De un destino que ya fue escrito, pero sigue abriéndose como los pétalos del jazmín al caer la noche.

Y es que, como en los tiempos antiguos, cuando una gota de esencia en el cuello era una oración secreta, hoy estas fragancias no se compran. Se encuentran. Se eligen mutuamente.

Porque quien abre este frasco no está buscando un olor. Está despertando una memoria.

Y al hacerlo, revive una historia que nunca fue del todo olvidada.

Una historia tan bella, tan eterna,
como la flor que se abre en la oscuridad solo para quien sabe mirar.

(Seud.: Black Queen)